

INTERFERENCIA DE VOCES, HISTORIA E

IDEOLOGÍA EN

***CONVERSACIÓN EN LA
CATEDRAL***

DE MARIO VARGAS LLOSA

TESIS DE MAESTRÍA PRESENTADA EN JUNIO DE 1996.

UNIVERSITÉ D'OTTAWA / UNIVERSITY OF OTTAWA

DIRECTOR DE TESIS: PROF. J. GUILLERMO RENART

ESTUDIANTE: JULIO GONZÁLEZ RUIZ. # 1148644

© Julio Gonzalez Ruiz, Ottawa, Canada, 1996.



National Library
of Canada

Acquisitions and
Bibliographic Services Branch

395 Wellington Street
Ottawa, Ontario
K1A 0N4

Bibliothèque nationale
du Canada

Direction des acquisitions et
des services bibliographiques

395, rue Wellington
Ottawa (Ontario)
K1A 0N4

Your file / votre référence

Our file / notre référence

The author has granted an irrevocable non-exclusive licence allowing the National Library of Canada to reproduce, loan, distribute or sell copies of his/her thesis by any means and in any form or format, making this thesis available to interested persons.

L'auteur a accordé une licence irrévocable et non exclusive permettant à la Bibliothèque nationale du Canada de reproduire, prêter, distribuer ou vendre des copies de sa thèse de quelque manière et sous quelque forme que ce soit pour mettre des exemplaires de cette thèse à la disposition des personnes intéressées.

The author retains ownership of the copyright in his/her thesis. Neither the thesis nor substantial extracts from it may be printed or otherwise reproduced without his/her permission.

L'auteur conserve la propriété du droit d'auteur qui protège sa thèse. Ni la thèse ni des extraits substantiels de celle-ci ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans son autorisation.

ISBN 0-612-19966-5

Canada



UNIVERSITÉ D'OTTAWA
UNIVERSITY OF OTTAWA

Dissertation Abstract

"Interferencia de voces, historia e ideología en Conversación en La Catedral (1969) de Mario Vargas Llosa"

by Julio González-Ruiz

Dissertation Supervisor: J. Guillermo Renart

According to modern criticism, one of the most interesting aspects of *Conversación en la Catedral* (1969), is the use of narrative techniques, although very few critics have analyzed this aspect in detail. A central technique in the narrative semiosis of the novel is the interference—in some parts of the novel—of the voices of the characters on the voice of the narrator, and—in other parts—the partial or total avoidance of such an interference. This thesis attempts to fill the gap in the existing critical approaches by studying these interferences or avoidance, and also its contribution to the ideological expression that the narrator-implied author projects in the novel, as well as the reference to the historical reality of Perú (1948-56).

Therefore, after chapter one, which offers a general introduction to this study, chapter II analyses the external reference of the novel, such as expressed by the real discourse—the historical one—through a review of the general situation in Peru during the "Ochenio Odriista". Furthermore, chapter III offers a view of the development of the most representative characters, with emphasis on the characteristics which reveal their psychology, as well as those which show their axiological traits and their ideology, given that these characters are used as primary vehicles of reference to the historical discourse studied in the previous chapter. The narratological analysis begins in chapter IV by means of a detailed examination of the representative passages in the novel, making reference to the interference or its avoidance, and its contribution to the expression of the narrator's ideology; therefore, the study focuses on the phraseological and perceptual stances of the narrator, and their interaction between them and

with other relevant textual aspects (of language, style, content, etc.). The conclusions show the relationship between the ideological stance of the narrator-implied author, as reflected in the interference of voices -or elusion- (chapter IV), and the representative characters according to the general idea provided by the study of their life experiences (chap. III), as well as with Perú during the "Ochenio Odriista" period (chapter II).

The main conclusion of my study supports the proposed thesis: the interference of the voices, or its avoidance, effectively contributes to the expression of the text ideology, which in turn does not limit itself to the textual diegesis, but rather projects itself to the real world of the Perú Odriista.

A mis padres, María y Antonio;
A Celia; y a mi "Ciudad del
Paraiso," por el tiempo robado y
en el anhelo del reencuentro.

Y también a Rogelio Miñana.

AGRADECIMIENTOS

DESEO EXPRESAR MI AGRADECIMIENTO a la *School of Graduate Studies* de la Universidad de Ottawa por el apoyo económico que me ha posibilitado la realización de esta maestría. Al personal administrativo y académico del Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas debo un apoyo profesional y humano impagable. Me es especialmente grato agradecer sus atenciones y disponibilidad a Ana María Bianchi, Christine Sabourin, Nancy Chicoine-Desnoyers, y a los profesores Juana Muñoz Liceras, José María Ruano y Fernando de Diego. Mi familia y amigos han sabido ofrecerme desde España un gran apoyo a lo largo de estos diez meses de estancia en Ottawa. Agradezco, asimismo, muy especialmente el respaldo y afecto recibidos de mis compañeros de Programa durante todo este tiempo. Al tribunal de mi tesis, Profesora Juana Muñoz Liceras y Profesor José M. Ruano de la Haza, reconozco su paciencia y amabilidad por la lectura de mi trabajo, y agradezco sus observaciones, que ayudarán con toda seguridad a dejarlo menos imperfecto. Ringrazio anche il Prof. Leonard Sbrocchi che ancora una volta è stato così gentile ad accettare la presidenza di questo tribunale di tesi. Asimismo, no puedo dejar hoy de expresar mi gratitud al Departamento de Filología Española II de la Universidad de Málaga y en especial a mi maestro, Antonio M. Garrido Moraga. *Last but not least*, me siento en grata deuda con mi director de tesis, el profesor J. Guillermo Renart, por su trato cordial, apoyo permanente y dirección cuidadosa. Sin su generosidad y consejo continuos no me hubiese sido posible dar término a este proyecto.

ÍNDICE

CAP. I. INTRODUCCIÓN	1
CAP. II. EL "OCHENIO ODRIISTA"	6
CAP. III. LOS PERSONAJES PRINCIPALES DE CONVERSACIÓN	23
III.1. DON FERMÍN ZAVALA	23
III.2. CAYO BERMÚDEZ	27
III.3. SANTIAGO ZAVALA	32
III.4. AMALIA	35
CAP. IV. INTERFERENCIA DE VOCES E IDEOLOGÍA	39
IV.1. DON FERMÍN ZAVALA	
IV.1.1. COMENTARIO I	42
IV.1.2. COMENTARIO II	55
IV.2. CAYO BERMÚDEZ	
IV.2.1. COMENTARIO I	62
IV.2.2. COMENTARIO II	71
IV.3. SANTIAGO ZAVALA	
IV.3.1. COMENTARIO I	79
IV.3.2. COMENTARIO II	89
IV.4. AMALIA	
IV.4.1. COMENTARIO I	100
IV.4.2. COMENTARIO II	110
CAP. V. CONCLUSIONES	117
BIBLIOGRAFÍA CITADA	125

I. INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

UN FENÓMENO CENTRAL de la semiosis narrativa de *Conversación en La Catedral* (1969) de Mario Vargas Llosa es la interferencia de las voces de los personajes en la voz del narrador o la elusión total o parcial de la misma; la crítica de la obra, sin embargo, no ha dedicado mayor atención a este fenómeno. Las formas de dicha interferencia, diferentes y coherentes para cada personaje, permiten al narrador-autor implícito de la novela mostrar diversas actitudes axiológicas y afectivas hacia cada uno de ellos y, en definitiva, construir la expresión de su postura ideológica ante el mundo representado. Tal efecto parece volverse más eficaz mediante la interacción semiótica de dicha interferencia — fenómeno esencialmente de postura frásica y de postura perceptual (según la terminología de Lanser, *The Narrative*, 1981) — con otros fenómenos textuales, tales como la selección de rasgos del contenido para la caracterización de los personajes y la expresión de la ideología de los mismos, así como también la combinación de rasgos de diversas posturas frásicas (por ejemplo, del estilo indirecto libre con la narrativización; Genette, "Discours," 1972). El objetivo de esta tesis es, pues, examinar dicha interferencia o elusión de la misma en su interacción con los otros fenómenos señalados, así como de los efectos que tiene en la expresión de la ideología del texto. Además de los estudios narratológicos ya mencionados, me serviré principalmente de: Renart ("Problemas," "Bases" e "Ilusión"), Vitoux ("Le jeu") y Uspensky (*A Poetics*).

Considero que la obra que constituye el objeto de mi estudio *Conversación en La Catedral* no se limita a presentar un mundo puramente imaginario, sino que hace clara y amplia referencia — referencia analógica, como también metonímica y sinecdóquica — al período de la dictadura del

dictadura del general Manuel Odría en Perú, durante el denominado "ochenio" (1948-1956). La ideología del texto — la de su narrador-autor implícito — se extiende, a mi entender, al Perú real de ese período. Este presupuesto determinará las partes y la estructura de mi trabajo.

Tras este primer capítulo de introducción general al trabajo, el capítulo II explora el referente externo de la obra según lo revela el discurso "real" — el histórico — mediante una reseña de la situación general de Perú durante el "ochenio odríista." El capítulo III examina los principales vehículos de la mencionada referencia (analógica, metonímica y sinecdóquica), es decir, ciertos personajes representativos, ofreciendo un panorama de las trayectorias vitales de los mismos, con énfasis en sus características psicológicas, axiológicas e ideológicas. En el capítulo IV se aborda el análisis narratológico mediante un estudio detenido, en pasajes representativos, de la interferencia, o su elusión, de las voces de los personajes en la voz del narrador, y su contribución a la expresión de la ideología de éste. En la conclusión se hace un examen de la relación de la postura ideológica del narrador-autor implícito, revelada en la interferencia de voces, o su elusión, tanto con los personajes representativos considerados en su trayectoria vital (cap. III), como con el Perú del "ochenio odríista"(cap. II).

LA TERCERA NOVELA DE VARGAS LLOSA fue recibida por la crítica con una gran expectación. El éxito rotundo de sus dos anteriores obras, *La ciudad y los perros* y *La casa verde*, convertían a *Conversación en La Catedral* en todo un desafío para su autor. El reto fue aceptado y superado exitosamente por el escritor de Arequipa. La crítica se rendía ya desde un principio ante la evidencia de una novela que venía a satisfacer en grado máximo el más ambicioso proyecto de Vargas Llosa: el de la novela total. *Conversación* ha sido explicada desde esta perspectiva por autores como Díez ("*Conversación*," 219 y "*Relectura*," 225), Loyola ("*Vargas Llosa*," 333) y Enkvist (*Las técnicas narrativas*, 142 y 158). La obra ha sido también clasificada como novela política por Loyola ("*Vargas Llosa*," 334) y por Carlos ("*Conversación*," 405 y 402); Moreno Turner expresa ciertas reticencias hacia la etiqueta de "novela

política" ("*Conversación*," 175), mientras que Díez se limita a situar a *Conversación* en el género típicamente latinoamericano de las novelas "sobre la dictadura" ("Relectura," 223). W. Luchting, en su ya clásica introducción a la vida y obra de Vargas Llosa (*Mario Vargas Llosa, desarticulador de realidades*) dedica a *Conversación* un apartado en que ofrece un resumen de su argumento, un sumario repaso al contenido de cada capítulo y una descripción básica del carácter de los principales personajes de la obra ("*Conversación*," 121-41).

Los aspectos de nuestra novela que han recibido mayor atención por parte de la crítica son fundamentalmente cuatro: las circunstancias en que se gestó *Conversación*, la estructura de la obra, los personajes y, sobre todo, las técnicas narrativas empleadas por Vargas Llosa. La "prehistoria" de *Conversación* (sus modelos literarios, las circunstancias históricas que inspiraron a Vargas Llosa, el proceso de escritura mismo de la novela) son pormenorizados por Armas Marcelo ("*Víctor Hugo*," 289-94 y 303) y por Oviedo ("*Conversación*," 204-09). La compleja estructura de la obra, en segundo lugar, ha sido objeto de la atención de diversos autores. Matilla Rivas ("*Conversación*," 69 ss.) analiza capítulo a capítulo la configuración estructural de la novela en su parte I. Díez ("*Conversación*," 203 ss.) se centra en la concepción circular de la historia y en el tratamiento de lo subjetivo. Loyola ("*Vargas Llosa*," 338), por su parte, concluye de sus análisis que la compleja estructura formal de la novela sirve a Vargas Llosa en su intento de recrear la realidad de forma total. Para Gallagher ("*Vargas Llosa*," 359-60 y 365), en sintonía con lo apuntado por Loyola, el entramado formal de la novela ayuda a crear la "multivocidad" (365) que la caracteriza. Los personajes principales de *Conversación*, en tercer lugar, son comentados exhaustivamente por Oviedo ("*Mario Vargas Llosa*," 209-34), Armas Marcelo ("*Víctor Hugo*," 296-300) y por Kerr ("*The Janus Mask*," 18-31), quien realiza un estudio de los protagonistas con personalidad dual de las tres primeras obras del escritor peruano.

Por último, las técnicas narrativas es el aspecto que más ha interesado a la crítica de la novela y es también, sin duda, el de más relevancia a este

estudio. Matilla Rivas ("*Conversación*," 69 ss.) se ocupa de los tiempos de la narración y de la estructuración de las conversaciones; asimismo, hace algunos comentarios pertinentes sobre los personajes y sobre determinados componentes sociales y políticos de la novela. Moreno Turner ("*Conversación*," 173), por su parte, pone énfasis en la funcionalidad del espacio narrativo y en la objetividad con que los protagonistas de la obra son presentados por el narrador. Este último presupuesto de Moreno Turner (ibíd., 177) quedará parcialmente refutado a la vista de los comentarios de las posturas frásica y perceptual que realizaremos más abajo sobre algunos fragmentos escogidos de *Conversación*, en que observaremos cómo, juntamente con la indudable objetividad de la narración, se entrelaza una compleja superposición de voces que revelan la ideología y subjetividad del propio narrador-autor implícito. Enkvist (*Las técnicas*) aplica los conceptos teóricos propuestos por el Vargas Llosa crítico en sus estudios sobre la obra de García Márquez (*Historia de un deicidio*) y el *Tirant lo Blanc* (*Carta de batalla*) a la producción creativa del propio escritor peruano. Su análisis de *Conversación* la lleva a considerar como técnicas narrativas más importantes de la novela las de los vasos comunicantes, las mudas y las alusiones anticipatorias ("*Conversación*," 125-58). Oviedo ("*Conversación*," 255) hace hincapié, de otro lado, en la estructuración de los diálogos (técnicas de ruptura, saltos temporales...) y en las "ondas dialógicas" provocadas por el complejo montaje de las conversaciones (ibíd., 251 ss.). Armas Marcelo ("*Víctor Hugo*," 301-02) y Díez ("*Relectura*," 215 ss.) destacan el importante papel desempeñado en la obra por el empleo del fragmentarismo como principal técnica narrativa. Morales ("*Algunos aspectos*," 64-67) va más allá al enfocar este mismo rasgo de fragmentarismo y simultaneidad desde la perspectiva del estilo (del lenguaje) de la obra. Según Morales,

en perfecta armonía con la estructura y las técnicas complicadas y difíciles, el estilo muestra unos aspectos de complicación y confusión barrocas. La mezcla y confusión son elementos normales de este estilo tanto como lo son del punto de vista narrativo, de los métodos de presentación o del orden compositivo. Narración, discurso directo,

discurso indirecto — pongamos por caso — se mezclan, sin transición de ninguna clase en el mismo párrafo y hasta en la misma oración. (ibíd., 65)

Ejemplos de esta (con) fusión de estilos en el discurso son analizados por John M. Lipski en el estudio de mayor relevancia para nuestro trabajo: "Narrative Textures in *Conversación en La Catedral*." Lipski subraya en su artículo la interacción entre el lenguaje y las estructuras textuales de la novela ("Narrative Textures," 66). En confirmación de lo señalado por Morales, Lipski afirma que la principal técnica narrativa de *Conversación* (y, además, "a central cohesive force" de la misma; ibíd., 70) es

the interchanging, often with vertiginous rapidity, of narrators and narrative point of view, in such a manner as to create the impression of simultaneous texts, each proffered by a different narrator. ("Narrative Textures," 69)

Es precisamente este aspecto fundamental de la novela, el juego de interferencias entre la voz del narrador y las de los personajes, el objeto del presente estudio.

II. EL "OCHENIO ODRIISTA"

CAPÍTULO II

"EL OCHENIO ODRIISTA"

EN OCTUBRE DE 1948, y mediante golpe de estado, sube al poder el general Manuel A. Odría. El gobierno del hasta entonces presidente José Luis Bustamante y Rivero (1945-48) se había caracterizado por una gran confusión política y económica que provocó un descontento general en el país, fomentado en gran medida por la oposición de la oligarquía. Ésta no comulgaba con la política establecida por Bustamante de supresión y reforma de las directrices generales que habían regido el Perú desde 1931. La política económica y laboral, el desarrollo de la acción sindical, y, sobre todo, la legalización y estrecha colaboración del gobierno bustamantino con el APRA¹, fueron, en líneas generales, los factores que decidieron a los grandes clanes oligarcas a no dudar en usar sus armas y arrostrar el gobierno del Frente Nacional del presidente Bustamante.

Durante el gobierno de José Luis Bustamante, familias tan representativas de la oligarquía limeña como la de los Aspíllaga o la de los Miró Quesada desarrollaron una enérgica y manifiesta labor de oposición a través de la prensa, controlada durante el Antiguo Régimen por los intereses

¹ Partido fundado en 1924, cuya ideología estaba inspirada en el marxismo, aunque alejada notablemente del comunismo oficial.

de la oligarquía.² Los Aspíllaga, que pugnaron firmemente por la destitución de Bustamante, eran importantes accionistas de *La Prensa*,³ que había pasado en 1945 a pertenecer a un grupo, cuya cabeza visible era Pedro Beltrán, que continuó con la misma orientación hacendaria del diario, bastión desde el que se llevó a cabo una fuerte campaña de crítica y desacreditación de la política del presidente de gobierno José Luis Bustamante. Por su parte, los Miró Quesada — cuyo poder económico, a diferencia de la gran mayoría de las familias oligarcas, se basaba casi exclusivamente en su periódico *El Comercio*, desde el que siempre dirigieron campañas editoriales contra los gobiernos que buscaban alianzas o establecían relaciones cordiales con el APRA — hicieron otro tanto al colaborar en el fomento de la inestabilidad durante el período presidencial de Bustamante. También los Prado, familia oligarca por excelencia, contaban con su propio periódico, *La Crónica*, adquirido en 1942.

Aunque los Aspíllaga fueron los principales organizadores del golpe militar que habría de poner al general Manuel A. Odría al frente del país el 27 de octubre de 1948, los Miró Quesada, a través de *El Comercio*,⁴

² "Para la oligarquía los usos de la prensa eran tanto tácticos como estratégicos. Tácticamente, la prensa podía emplearse para 'desestabilizar' los regímenes hostiles y apuntalar los favorables" (Gilbert, *La oligarquía*, 232).

³ Periódico que siempre se había erigido en "el principal portavoz periodístico de los intereses exportadores en general y de los hacendados de la costa en particular" (ibíd., 230). A este respecto sería conveniente recordar que bajo la presidencia de Bustamante se redujeron notablemente las exportaciones, que se vieron desfavorecidas en relación a la importación, más protegida por las regulaciones del cambio.

⁴ "El periódico ocupaba un lugar dentro de los asuntos nacionales que debe ser comparado con el de *The New York Times* en los Estados Unidos ... Las raíces de la influencia de *El Comercio* yacen en su larga tradición, en el enorme prestigio social de los Miró Quesada, en la ampliamente reconocida "independencia" económica de la familia, y en el tono imperturbable y de implacable nacionalismo del periódico" (ibíd., 217).

contribuyeron a acelerar la crisis que estaba sufriendo el país y que desembocaría en el alzamiento militar del general Odría. Los Prado, por su lado, y al igual que los otros oligarcas, contribuyeron a la causa financiando en gran parte el golpe militar que les conduciría a su período dorado.

CON EL APOYO Y LA BENDICIÓN unánimes de la oligarquía peruana, la presidencia de Odría se extenderá desde 1948 a 1956, período bautizado como "ochenio odriista."⁵ Nada más tomar el poder, el general se propone un cambio radical en la política que su predecesor había llevado a cabo. Como anteriores gobiernos militares en Perú apoyados por la oligarquía, el nuevo gobierno manifiesta las siguientes características:

1. Gobierno de dictadura.
2. Política de liberalismo económico.
3. Establecimiento de fuertes lazos con la oligarquía.
4. Abolición del APRA.
5. Eliminación del sindicalismo.

1. El gobierno de dictadura, como tal, adopta una serie de medidas de "Seguridad Interior"⁶ que comprenden desde el control de los medios de

⁵ Para una breve introducción sobre el presidente Manuel A. Odría y su mandato, véase Puente y Valcarcel, *Historia general*, 271-73.; Dent, *Current Biography*, 492-94.; Tauro, *Diccionario enciclopédico*, 430-31.

⁶ "... the July 1949 Law of Internal Security gave to the Government power to adopt whatever means it deemed necessary, free from judicial interference and restraint, to defend public order. Through this law Odría and his governing associates, already immune from legislative checks, freed themselves from the supervision of the courts and effectively nullified the principle of *habeas corpus*" (Pike, *The Modern*, 290-91).

comunicación hasta la supresión de toda oposición política, incluyendo el fraude electoral cuando se convocan elecciones.

El control que se efectúa sobre las noticias publicadas en la prensa nacional es realizado desde las agencias de prensa, dirigidas y controladas, a su vez, desde el gobierno. Éste no sólo tenía el control sobre los más importantes diarios nacionales a través de su alianza con la oligarquía y de su política dictatorial, sino que además — y en base a ésta — vedaba todo tipo de publicación opuesta al régimen establecido. Este es el caso de *La Tribuna*, periódico del partido aprista que fue proscrito durante el mandato de Odría, como ya lo había sido desde 1931, durante los regímenes anteriores, con la salvedad de la presidencia de Bustamante, en que el APRA integró la coalición de gobierno hasta prácticamente el final del mandato presidencial en que se rompieron las relaciones.

La "limpieza" política efectuada por Odría estaba dirigida especialmente a la erradicación de apristas y comunistas.⁷ La oligarquía se sentía claramente amenazada por el programa del partido aprista, que gozaba de una gran acogida entre la clase proletaria y, de manera especial, en las zonas de empresas exportadoras azucareras, algodonerías y mineras. También se produjeron levantamientos y protestas estudiantiles contra la dictadura y en adhesión al aprismo en universidades como la de San Marcos,⁸ en el

7 "... he [Odría] declared 'outrages have been perpetrated in the name of freedom and democracy.' And , Odría added, 'Party politics poison the hearts of people and sicken their minds.' ... Odría issued decrees on November 2 confirming the outlawing of APRA as a political party and, additionally, banning the Communist Party" (Szulc, *Twilight*, 182-83).

8 "The rector of San Marcos University in Lima was an Aprista and so were many of the faculty" (ibíd.,174).

centro de Lima, y la de Arequipa, que fueron sofocados por la policía y guardia de asalto gubernamentales. Los organismos estudiantiles gestados en estas universidades fueron, asimismo, perseguidos y desintegrados, encarcelando a sus dirigentes.

Las elecciones fraudulentas es otra de las características del gobierno dictatorial. Normalmente se coacciona y soborna al electorado y se consigue el control y fraude de las votaciones mediante corrupción de las mesas electorales y compra del jurado electoral.⁹ A los dos años de producirse el alzamiento militar de octubre de 1948 y para obtener el pleno reconocimiento de los Estados Unidos, la oligarquía y el pueblo peruano, Odría convoca elecciones generales de acuerdo con las normas constitucionales, pero el general Ernesto Montagne, líder de la oposición y su único oponente, fue encarcelado hasta finalizadas las elecciones sin motivos claramente justificados. Manuel A. Odría habría de gobernar Perú durante los seis años siguientes, en el período de 1950 a 1956.

2. La política de liberalismo económico — que ha dado en ser llamado "liberalismo criollo" (cfr. Borricaud, "La clase dirigente," 149 y 155-56) — era auspiciada por este tipo de regímenes, bajo los que tenía gran auge la actividad exportadora, de acuerdo con los intereses de la oligarquía. Ésta se vio grandemente favorecida durante la presidencia de Odría con la nueva política económica, recuperándose del período de Bustamante, que se

⁹ "La *to.ma de mesas* est alors remplacée par l'*anforazo*, c'est a dire par la substitution des urnes, rendue d'autant plus facile que, jusqu'en 1956 inclusivement, le dépouillement n'est pas effectué sur le lieu du vote et en présence des candidats ou de leurs représentants (*personeros*), mais au chef-lieu du département" (Bourricaud, *Pouvoir*, 251).

caracterizó por medidas que favorecían la importación sobre los intereses exportadores, privados, así, de divisas.

3. Los sólidos vínculos del gobierno con la oligarquía se explican al ser ésta la que se encargó de conducir al general Odría al poder con todas las garantías, sirviéndose para ello de la autoridad que le confería su estatus y, lo más importante, de su fuerte pujanza económica (cfr. Gilbert, *La oligarquía*, 86). La oligarquía intervendrá en los planes políticos y decisiones del gobierno, trabajando estrechamente con los gabinetes ministeriales para velar por sus intereses y obtener concesiones y licitaciones gubernamentales que redundarán en el incremento de su riqueza y poder.

4. Al poco de tomar el poder Odría en 1948, el líder del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), Víctor Raúl Haya de la Torre, máximo exponente del partido desde su fundación, se vio obligado a solicitar asilo en la Embajada de Colombia en Lima, donde habría de permanecer enclaustrado por problemas de negociaciones entre Colombia y Perú hasta 1954, en que se le permitió abandonar el país. Otras figuras representativas del partido corrieron parecida suerte. Fue, sin duda, durante el mandato de Odría cuando se trató con mayor dureza al partido. Efectivamente,

the military regime, in its obsession with APRA, ordered wholesale arrests of persons identified with the party. By November 14 Odría was able to announce that at least one thousand Apristas were in prison. The previous day his policemen had arrested Ramón Prialé, APRA's secretary -general... (Szulc, *Twilight*,183)

5. Por último, — dentro de la caracterización que del gobierno de dictadura venimos haciendo — la actividad sindical, que había florecido en el período de 1945-48, fue prácticamente eliminada también durante el "ochenio odriista." Los organizadores de sindicatos son equiparados por el gobierno a la oposición política y tratados con gran dureza, a pesar de que son también usados por el régimen para servir a sus propios fines. Durante la presidencia de Odría se aprobaron Decretos Leyes y Decretos Supremos que favorecían a los empleados y obreros y que parecen haber constituido una táctica del gobierno contra el APRA y la labor de los sindicatos; así, el seguro social obligatorio, el salario dominical y "la participación de los empleados y obreros en las utilidades obtenidas por las empresas,"(cfr. Puente Candamo y Valcárcel, *Historia general*, vol. III, 273) si bien esto último no se llevó a la práctica. Se creó la red de Hospitales Obreros en el país y se edificó e instaló el Hospital del Seguro del Empleado, además de la gran obra de construcción de viviendas populares.

EL FINAL DE LA PRESIDENCIA DE ODRÍA está marcado por el inicio de una etapa de crisis en la economía peruana. La guerra de Corea, que tanto había contribuido al principio de su mandato al auge de la actividad exportadora de Perú, llegó a su fin, y con ella las óptimas condiciones del mercado internacional.¹⁰ El presidente Odría, sin embargo, se obstinó en continuar

¹⁰ "Faced with an unfavourable trade balance that amounted to \$70 million in 1953 alone and with government revenue declining, Odría resorted more and more to the printing of paper money. Inflation became a serious problem: by 1956, the final year of the *ochenio*, the cost of living was 92.6 per cent. higher than when Odría had seized the presidency from Bustamante." (Pike, *The Modern*, 293)

con su política de grandes obras públicas, ansioso de mantenerse en el poder, pero fue perdiendo el apoyo de los oligarcas, que comenzaron a conspirar contra el régimen. Así, lo que había comenzado como idilio, terminó en enfrentamientos directos de la oligarquía y algunos sectores militares con el gobierno odriista. En cuanto al ejército,

while Odria was able to withstand increasing challenges from army opponents until his decision to retire in 1956, it is clear that senior commanders as well as their traditionally more militant junior colleagues increasingly sought to disassociate the armed forces from the caudillo. In February, the army commander at Iquitos, typified this when he "pronounced" against the government ... The Army's decision not to support the dissident general's movement did not signify its lack of sympathy with his objectives. By 1956 few military men were willing to back the discredited Odria beyond the limits of the presidential term to which he was elected without opposition in 1950. (Masterson, "Caudillismo," 488)

A finales de diciembre de 1955 se produjo un levantamiento popular en Arequipa, exigiendo la vuelta al sistema democrático y la destitución del Ministro de Gobierno Alejandro Esparza Zañartu. Esta exigencia era explicable; en efecto, "the hated Esparza had been the principal agent in carrying out the administration's programme of political repression that frequently had degenerated into out-and-out terrorism" (Pike, *The Modern*, 293). El presidente no tuvo más remedio que convocar elecciones libres pocos meses más tarde.

EN LOS COMICIOS DE 1956 dos oligarcas se presentan como candidatos favoritos: Manuel Prado, que ya había sido presidente de gobierno desde 1939 a 1945 y que ahora volvía de su exilio en París, y Hernando de Lavalle, candidato de los independientes, de aquellos que diferían de la política de Prado, y que contaba con el apoyo de los pequeños partidos minoritarios (cfr. Alisky, *Historical Dictionary*, 53). Los dos buscaron la alianza con el APRA a fin de obtener el voto de sus militantes, así como del gran número de sus simpatizantes. El partido de Haya de la Torre presentaba ahora un programa más inclinado a la derecha y una gran disposición de acercamiento a la oligarquía.

Fue la habilidad de Prado la que triunfó finalmente, puesto que estableció un pacto con el APRA, según el cual el partido sería legalizado si obtenía su apoyo electoral. Con este pacto Prado venció a sus oponentes en las elecciones del 56 y se inició la época — de tintes más conservadores — bautizada como "la Convivencia" por el acuerdo sellado entre Prado y el APRA (véase Bourricaud, *Pouvoir*, 235-56). El compromiso no daba derecho a la expresa participación del partido aprista en las decisiones del gobierno, pero la libertad de que gozaba le permitiría volver a la política y reactivar el movimiento sindical, que alcanzó un gran auge después de la represión a que había sido sometido durante el ochenio de Odría, aunque los dirigentes del partido evitaron en lo posible tocar los intereses de la oligarquía para no ponerla en su contra, desarrollando una política de acción muy restringida. *La Tribuna*, el periódico del partido, se puso de nuevo en circulación.

EN 1963 SE CONVOCAN DE NUEVO ELECCIONES, tras el conato del año anterior, pero con los mismos candidatos. A las de 1962 se había presentado Haya de la Torre por vez primera desde que lo hiciera en 1931, y apoyado, esta vez, por una parte importante de la oligarquía. Manuel A. Odría se presentó también, respaldado esencialmente por la oligarquía que fue más favorecida durante su mandato presidencial. Belaúnde Terry, el tercero de los líderes políticos más relevantes que se presentaban a elecciones, había sido, hasta hacía dos años, decano de la Facultad de Arquitectura, así como el fundador de Acción Popular¹¹, partido con el que más tarde llegaría a alcanzar la Presidencia con una campaña basada en el enfrentamiento a la política dictatorial de Odría, que en el pasado le había impedido presentarse a las elecciones presidenciales.

Haya de la Torre obtuvo un gran número de votos, pero no todos los necesarios para salir electo y decidió, finalmente, pactar con el UNO (Unión Nacional Odrriista), partido liderado por el que fuera presidente de Perú en el período de 1948 a 1956. Los militares, que no veían con buenos ojos el acuerdo fraguado entre el APRA y Odría, dieron un golpe de estado, alegando — aun sin ser convincentes — fraude electoral. La Junta militar detentó el poder del país durante un año, al cabo del cual se convocaron las elecciones

¹¹ La idea de la creación del Partido de Acción Popular le surgió a Belaúnde durante su campaña electoral de 1956 como líder del Frente de Juventudes Democráticas, para la que desarrolló un programa de visitas a pueblos y aldeas que siempre habían sido marginados. En una de estas visitas, al ver la construcción de una iglesia por parte del pueblo, pensó en fundar el partido y darle ese nombre (Ortega, *Manual de historia*, 438). Para más información sobre Belaúnde y Acción Popular, cfr. Bourricaud, *Pouvoir*, 203-34.

de 1963 en que habría de salir electo Belaúnde. Sin embargo, su labor de gobierno sería impedida por la coalición que formaba la oposición: apristas y odríistas, que constituyeron la mayoría parlamentaria y detentaron, en la práctica, el primer poder del Estado.

SERÍA, POR OTRA PARTE, INTERESANTE — desde una perspectiva diferente a la histórico-política que hemos visto hasta aquí — considerar, siquiera superficial y muy sucintamente, las características y la dinámica del grupo dominante de la sociedad peruana durante la época que nos ocupa, la oligarquía, tanto en las relaciones internas de sus miembros como en sus relaciones con otros grupos sociales.

En su estudio de 1982 sobre la oligarquía peruana, Dennis L. Gilbert sugiere la siguiente definición de ésta:

La oligarquía es un grupo de familias de élite en la cumbre de la burguesía peruana que controla ciertos recursos estratégicos (las haciendas de la costa y las minas orientadas hacia la producción para la exportación, los bancos comerciales y los periódicos), está ampliamente vinculada por lazos de parentesco y afinidad (matrimonio) con el estrato más prestigioso de la clase alta limeña con la cual está íntimamente identificada, y ha edificado un poder sustancialmente político y económico sobre estas bases (*La oligarquía*, 221-22).

Esta oligarquía, a pesar de estar integrada por grandes capitalistas, que aprecian más que nada el poder, no constituye un núcleo cerrado, sino que se

muestra perfectamente permeable y accesible a los recién llegados si éstos se apoyan sobre las influencias social y política, unidas a su riqueza y capacidad de producir dinero. Así, como apunta Jorge Bravo Bresani, podemos encontrar dentro de este grupo "comerciantes e industriales enriquecidos sea por su propio esfuerzo, sea por su falta de escrúpulos; políticos que saben, llegado el momento, cambiar influencias contra dinero; ... blancos y "cholos"; extranjeros y peruanos; ..." ("Mito y realidad," 87). Las relaciones sociales se subordinan, en suma, a las relaciones económicas.

En la investigación que Gilbert refleja en su libro *La oligarquía peruana* sobre las familias oligarcas limeñas por excelencia, éste explica el proceso de selección de las treinta familias oligárquicas pertenecientes a la élite, realizado por un grupo de siete jueces, vinculados unos a la oligarquía, y siendo otros antioligárquicos. La primera lista de nombres que se obtuvo, contaba con 53 familias diferentes — seleccionadas por su fuerte participación en la producción exportadora, la banca y la publicación de periódicos —, de las que veintitrés de ellas se suprimieron al ser nombradas por sólo uno de los siete jueces encuestados (222-25).

La élite oligarca, por su parte, presenta algunas características bastante significativas: (I) la importancia que para ellos tiene el núcleo familiar, y la jerarquía que existe dentro de éste; (II) los vínculos que mantiene este grupo con la capa social más alta de la sociedad limeña; (III) la capacidad de, según Imaz, "movilidad horizontal" o habilidad para poner en funcionamiento el aparato de las influencias y relaciones informales dentro del mismo grupo (cfr. Gilbert, *La oligarquía*, 243); (y IV) su influencia en el terreno político.

(I) Señala Bourricaud ("Notas," 29-30), en efecto, que todas las familias tienen su jefe, elegido siguiendo el principio de la primogenitura o por consenso familiar, de acuerdo con la posición y el poder que posea y el provecho que de él puedan obtener, y que detenta la autoridad en el seno del clan familiar. Así, no todos los miembros de una familia tienen la misma categoría, poder o reputación. El favor que éstos obtengan del jefe familiar dependerá de la posición en que se encuentren con respecto a él. En efecto, dentro de familias poderosas se puede dar el caso que existan allegados que no se vean muy beneficiados de la riqueza y el estatus de aquellas. Pero, en general, los caudillos de familias oligarcas buscarán siempre el esplendor del nombre de su linaje.

(II) Aparte de la importancia que para la oligarquía tienen las relaciones de consanguinidad y de su sentido de unión familiar, no deja de ser significativo el hecho de que en la definición que Gilbert da sobre oligarquía, incluya — como ya se ha visto antes —, además de los vínculos por matrimonio dentro de este mismo grupo, los que se establecen entre la oligarquía y el estrato más alto de la clase social limeña. Efectivamente, la oligarquía se ha identificado con la capa superior de la alta sociedad, como se demuestra en la prueba que aporta D. L. Gilbert de que veintiocho de las treinta familias cuentan con una representación en el Club Nacional, el club de hombres más prestigioso y selecto de Lima (*La oligarquía*, 53-56). De otro lado, veinte de las treinta familias estarían, además, incluidas en la lista de "Familias del Círculo Social Superior," confeccionada por el investigador americano tras pedir, independientemente, a dos jueces, pertenecientes a

familias bastante célebres, que precisaran qué familias integraban el círculo social más prestigioso. Para ello, los criterios a tener en cuenta podían ser: familias a las que durante las últimas tres décadas fuera muy probable se las invitase a las reuniones más exclusivas; familias cuyas invitaciones fuesen más apreciadas; y familias cuyos hijos fuesen considerados los mejores partidos matrimoniales. Los dos jueces dieron, en total, ochenta y ocho nombres de familias. Estos nombres fueron posteriormente evaluados por otros dos jueces más, de posición social bastante alta, que sólo eliminaron dos nombres. El resto de familias quedaba dentro del "Círculo Social Superior" (ibíd., 240-41).

En suma, podríamos convenir que — como muy bien señala Gilbert — las relaciones de parentesco y matrimonio que se han analizado,

constituyen el armazón del mundo social de la oligarquía. Este es un mundo cuyas manifestaciones exteriores son determinados colegios, clubs privados, barrios y lugares de descanso exclusivos, obras de caridad predilectas y las iglesias parroquiales acostumbradas. Detrás de estas instituciones yace un reino íntimo de relaciones de grupo primario, una comunidad muy tradicional en el pináculo de la sociedad peruana (ibíd., 242).

(III) Por otra parte, el hecho de que las familias más poderosas e importantes de la oligarquía limeña estén prácticamente en su total mayoría representadas en el Club Nacional y formen parte, además, del Círculo Social Superior — como ya se ha visto —, implicaría que las relaciones de poder

muy fácilmente se establecerían en base a las relaciones sociales. Los mundos político y económico tendrían, de esta forma, una relación directa con el mundo social. Así, parecería acertada la opinión de J. Bravo Bresani acerca del Club Nacional, al que señala como "una especie de conservatorio de la vieja casta dominante o bien la 'cumbre' donde los verdaderos 'decision makers' pactaban y pactan sus acuerdos" ("Mito y realidad," 76). En efecto, Bravo Bresani considera al Club Nacional como el más importante de los "lobbies" limeños en que "se entremezclan los capitanes y los servidores de los diversos grupos económicos privados, internacionales, nacionales y regionales, así como los más importantes burócratas públicos" (ibíd., 76-77).

(IV) El último punto de las características que atribuíamos a la élite oligarca se refiere a la influencia de ésta en el terreno político. Este influjo en el poder político se llevaría a cabo a través del control económico. Bourricaud señala, al respecto, el carácter manipulador de la oligarquía siempre en provecho de sus propios intereses,

si elle [l'oligarchie] a renoncé à gouverner directement, a réussi pour l'essentiel à inspirer et à imposer les solutions conformes à ses préférences et à ses intérêts. Aussi l'oligarchie donne-t-elle l'image d'une élite manipulatrice, cynique, préoccupée seulement de la défense de ses intérêts. Si elle s'abstient de jouer un rôle politique à visage découvert, c'est d'abord parce qu'elle n'a pas de principes ... Elle ne s'intéresse qu'aux affaires des quelques familles qui la composent, elle est indifférente à tout le reste; et aux valeurs patriotiques elle substitue des valeurs privées comme 'le sport, la

santé', et les divers agréments que les gens riches et bien élevés peuvent tirer d'un emploi judicieux de leurs ressources. (*Pouvoir*, 36)

Bourricaud se cubre las espaldas para esta visión crítica, auxiliándose de textos de escritores tanto de ideología de izquierdas como de derechas, y cita como ejemplos a Hugo Neira y a José de la Riva Agüero, respectivamente (cfr. *ibíd.*, 36-37).

Finalmente, teniendo en cuenta que ya hemos abordado las relaciones de la oligarquía con la clase inmediata superior — el estrato más alto de la sociedad — cabría considerar brevemente las relaciones que este grupo mantiene dentro de la escala social con sus vecinos de abajo, las clases medias. Éstas son definidas y analizadas por Bourricaud en el capítulo segundo de *Pouvoir*,

Dans un pays comme le Pérou, où l'oligarchie apparaît si nettement séparée, la classe moyenne a toute chance de se définir par son exclusion de l'élite, soit qu'elle s'en trouve exclue contre son gré, soit qu'elle-même se refuse à entrer (43).

Carlos A. Astiz, por su parte, defiende la existencia de una clase media, que serviría de separación entre los dos extremos de la jerarquía social, y está de acuerdo con la definición que Bourricaud da sobre las clases medias. Para Astiz, además, determinadas profesiones y niveles de ingresos implicarían una pertenencia a la clase media peruana, que, señala el autor, constituye entre el 18 y 20 por ciento de la población económicamente activa y recibe

entre el 40 y 45 por ciento de los ingresos nacionales. En cuanto a las relaciones de esta clase con la clase superior, se manifiesta una, prácticamente, generalizada aceptación y adopción, por parte de los miembros de la clase media, de los valores sociales, económicos y políticos legados por la clase alta. (cfr. *Pressure Groups*, 65-70).

Bravo Bresani, a este respecto, sitúa a la oligarquía dentro de la capa más alta de la clase media, aunque — añade — aquella "se diferencia de su matriz al identificarse con intereses poderosos y foráneos" ("Mito y realidad," 87). Bresani denuncia — en términos muy afines a los de la postura de Carlos A. Astiz — la falta de concienciación y el conformismo de las clases medias, que permiten la subsistencia de una oligarquía que se encuentra libre de obstáculos. Este grupo se vería, así, favorecido por la frustración generalizada que acusan en Perú los grupos en emergencia (cfr. *ibíd.*, 87-88).

III. LOS PERSONAJES PRINCIPALES DE
CONVERSACIÓN

CAPÍTULO III

LOS PERSONAJES PRINCIPALES DE *CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL*

EL OBJETO DE ESTE CAPÍTULO es trazar una somera caracterización de los personajes principales de *Conversación en La Catedral*: don Fermín Zavala, Cayo Bermúdez, Santiago Zavala y Amalia. El comentario de su psicología, axiología e ideología remitirá a la función de los personajes y a la interacción de todos ellos dentro de la novela. Con ello, se pretende establecer las bases del análisis narratológico que se desarrollará en el siguiente capítulo, en el cual se observará cómo las posturas frásica y perceptual del narrador-autor implícito vienen determinadas por el carácter de los personajes y por el grado de comunión ideológica y axiológica entre uno y otros.

DON FERMÍN ZAVALA

Empresario, hombre de negocios y representante de la oligarquía limeña. Es el cabeza de familia de los Zavala. Está casado con Doña Zoila y tienen tres hijos: el Chispas, La Teté y Santiago. Tiene su domicilio en una casa del lujoso barrio de Miraflores, chófer particular y una villa de verano

en la bahía de Ancón, lugar exquisito de vacaciones pocos kilómetros al norte de Lima, donde descansaban familias tan prestigiosas como los Prado. Es miembro del Club Nacional (287, 423), el club de hombres más exclusivo de Lima y en el que están representadas la mayoría de las más prestigiosas familias oligarcas y de la aristocracia limeña, así como de clubs tan selectos como el Regatas Lima o el Terrazas Club. No es de cuna aristocrática, pero, a diferencia de su hermano Clodomiro — al que Zoila desprecia y él ignora por el desinterés que aquel siempre mostró en ascender dentro de la escala social y por no haber pasado de ser un simple empleado de sucursales bancarias de provincias durante toda su vida (294-95) —, Don Fermín Zavala ha creado su propio imperio económico. Sus negocios le han hecho llegar a ser lo que es y a poseer cuanto tiene desde la nada, proporcionándole el poder económico y material que lo incorpora a la clase alta, estableciendo, así, lazos íntimos con ella.

Mantiene con el gobierno de Odría estrechos vínculos de colaboración. El capital de Don Fermín, como el de otros muchos miembros de la oligarquía, ha sido clave a la hora de alentar, dar apoyo y consolidar el alzamiento militar que en octubre de 1948 coloca al general Manuel A. Odría en el poder. Del gobierno, y a cambio, recibe este oligarca favores personales, así como la seguridad de obtener las concesiones y licitaciones que hacen prósperas sus empresas y sus actividades financieras. Así, el general Odría, nada más alcanzar la Presidencia, le ofrece a Don Fermín la senaduría por Lima, intentando demostrar con este gesto su agradecimiento por la colaboración que éste le había prestado (185). Como relata Cayo Bermúdez,

mano derecha del general, "el Presidente tenía la esperanza de que usted fuera el vocero de la mayoría en el Parlamento, don Fermín" (184). Sin embargo, Zavala la rechaza, así como también el ofrecimiento de una embajada por parte de Cayo Bermúdez. En lugar de por los cargos políticos y diplomáticos, el oligarca se verá favorecido por los contratos que recibe del gobierno — y que Cayo Bermúdez, al que se estudiará más adelante, se encarga de obtenerle del Ministerio de Fomento — : una de sus empresas se encarga de las obras de construcción de la carretera de Pacasmayo (288). Don Fermín traspasa, además, la licitación de la Panamericana a sus socios norteamericanos, al encontrarse todas sus empresas desbordadas de trabajo y serle imposible atender otras demandas (288, 293). También intercederá ante el Ministerio de Gobierno en pro de solicitudes de amigos desatendidas hasta entonces, como en el caso del expediente de un denuncia de tierras en Bagua, presentado por un grupo de ingenieros amigos suyos (299). Lo hará, igualmente, ante los ruegos de Amalia, antigua sirvienta en casa de los Zavala, en relación a las detenciones políticas sufridas por su compañero sentimental, Trinidad López (98, 104). También para sacar a su hijo Santiago de la Prefectura, detenido por conspiración contra el régimen, y evitar que le fuese aplicada la "Ley de Seguridad Interior" (208).

En el trato que mantiene con su esposa e hijos — y entre ellos, de manera especial, el que dedica a Santiago, el benjamín — y con sus subordinados — como Amalia, la sirvienta, y Ambrosio, su chófer —, don Fermín es un hombre serio, pero de carácter afable. A diferencia de su esposa,

Doña Zoila, no es dominante; sabe ser comprensivo y demostrar una gran sensibilidad.

Es con Santiago con el que don Fermín Zavala mantiene una relación más intensa, por ser éste su hijo más pequeño y en el que tiene depositadas sus ilusiones. Así, y a pesar de que no le hace muy feliz la idea, consiente en que su hijo curse sus estudios universitarios en la Universidad de San Marcos, a la que asisten las clases populares, los cholos, en lugar de en la Universidad Católica, privada y religiosa, a la que iban todos los jóvenes de familias bien (35). Asimismo, se muestra comprensivo — a pesar del gran dolor que le causa — cuando Santiago decide abandonar el hogar e independizarse, prescindiendo, por completo, de la ayuda familiar. A partir de entonces, y no obstante el poco contacto que Santiago mantendrá con su familia en el futuro, don Fermín estará siempre presto al diálogo con su hijo, así como a dispensarle cualquier tipo de ayuda, y a mantener en todo momento en pie la invitación a que vuelva al hogar. Similar actitud mostrará don Fermín — contrastando, de nuevo, con su esposa y algunos de los miembros de su familia — cuando Santiago se case con Ana, una joven enfermera, de familia sencilla y muy modesta, aunque este hecho será el causante de la ruptura casi total de relaciones entre Santiago y su familia durante años y hasta la muerte de su padre, en que volverán a reconciliarse.

También gustaba a don Fermín Zavala dispensar un trato cordial a sus empleados. En el caso de Amalia — a quien nos referiremos en último lugar dentro de este capítulo —, Don Fermín continuó ayudándola después de ser despedida por su esposa. Le proporcionó trabajo, repetidas veces, en empresas

de su propiedad, y la ayudó en varias ocasiones en asuntos relacionados con la administración de justicia y el régimen político (98-99, 104). El caso de Ambrosio es más complejo, puesto que con él llegó a establecer un contacto más íntimo, de diálogo y confidencias, que llegó, incluso, al mantenimiento de relaciones sexuales (628-30). Este hecho provocará en Santiago, al enterarse, un gran choque emocional y una actitud de rechazo moral, que agravarán — como ya veremos más tarde, al analizar a este personaje — el estado psíquico del hijo menor de don Fermín.

En un nivel diferente, don Fermín Zavala también dispensará ayuda económica y favores a Hortensia (464, 466, 468) — la cantante que fuera amante de Cayo Bermúdez — al ser abandonada en la indigencia por su protector cuando éste es depuesto de su cargo y se marcha al exilio. El buen comportamiento de Don Fermín con la Musa acabará tornándose en una relación de chantaje, por parte de ésta, que será el desencadenante indirecto de su asesinato.

CAYO BERMÚDEZ

Hijo de prestamista, crece y pasa la primera mitad de su vida en Chíncha, ciudad del departamento de Ica, en el centro del Perú. Al enriquecerse su padre en el ejercicio de la logrería — con el consecuente ascenso de la familia en la escala social —, Cayo, único hijo, ingresa en el

colegio militar José Pardo, donde intima con Espina, el que habría de ser años más tarde Ministro de Gobierno al inicio del mandato de Odría.

Tras el casamiento de Cayo con una india de la clase social más baja, éste cae en desgracia de su familia y es desheredado por su padre, que desde ese momento reniega de él. A partir de entonces habrá de renunciar a los ambiciosos planes de futuro que para él habían sido concebidos, viéndose obligado a abandonar sus estudios, así como a trabajar para sostener su nuevo hogar (71).

Al ser llamado a Lima por el Ministro de Gobierno del recién instaurado gobierno de Odría, coronel Espina, que le ofrece la Dirección de Gobierno y el que sea su mano derecha, Cayo Bermúdez revela su carácter extremadamente individualista e independiente. En efecto, desde el inicio se muestra reacio a acompañar al teniente que el Ministro Espina envía para darle las noticias y que debe conducirlo a Lima (57-58). Una vez en el Ministerio, durante la entrevista con el que fuera su antiguo compañero de clases y amigo íntimo, adoptará igual actitud (67-69).

Sus ambiciones de poder, desvanecidas y frustradas al ser desheredado por su padre, se ven finalmente cumplidas y satisfechas en su nombramiento de Director de Gobierno. Por este cargo dejará su antiguo trabajo de representante en Chincha de unas firmas agrícolas, y abandonará definitivamente su ciudad y a su mujer. Es esta misma ambición la que hace que muy pronto se destaque dentro del círculo del gobierno, aunque, en un principio, su labor le había sido presentada por Espina como "un cargo oscuro, pero importante para la seguridad del régimen" (69). Así, poco a poco

y con gran astucia — aunque él se finge ingenuo y leal — va eclipsando a su superior, el coronel Espina, tomando decisiones muy importantes sin siquiera consultarle (131), y obteniendo para sí los laureles del éxito, además de las simpatías del Presidente Odría (146), que lo hace su hombre de confianza y su consejero (179), hasta que Espina, finalmente, es destituido de su cargo.

Hombre sobrio, claro, directo a la hora de actuar, cruel, astuto, calculador y maquiavélico, Cayo Bermúdez revelará estas características así en sus decisiones como en sus hechos. Efectivamente, nada más tomar posesión de su cargo se propone velar por la estabilidad del nuevo régimen y se crea la "Ley de Seguridad Interior", pues como el mismo Cayo dice "la vida del régimen depende de la seguridad" (144). Así, lo demuestra cuando quiere hacerse, a toda costa, con una copia del fichero político completo de la seguridad militar, aunque para ello tenga que sobornar, uno de sus métodos de actuación más comunes (143-44). Logra del Presidente la concesión de un "fondo de seguridad" (306-07) del que Cayo Bermúdez dispone personal y libremente para llevar a cabo su trabajo y asegurar la tranquilidad del régimen, comprando información tanto dentro del país como en el extranjero, pues, en palabras del mismo Bermúdez: "la tranquilidad no sólo es cuestión de palo, doctor, también de soles" (312). Con dinero y cargos políticos, además de por su excelente capacidad de estrategia, consigue, en efecto, controlar y sofocar los levantamientos que se producen contra el régimen (281, 442-44).

En el primer año y medio de presidencia del general Odría, Cayo Bermúdez efectuó, asimismo, una exhaustiva "limpieza" de apristas y comunistas (179), y ejerció una dura campaña de censura en los medios de comunicación (253-54), aboliendo y persiguiendo — con métodos violentos que él mismo había autorizado (139) —, también, la publicación de *La Tribuna*, periódico del organismo aprista (136, 138), así como de pasquines y cualesquiera otras publicaciones contra el régimen odriista. En 1950 se convocarán elecciones y Cayo Bermúdez convencerá a Odría de que consienta en el encarcelamiento de su único oponente, Montagne (179), a pesar de que las elecciones estaban ya compradas por el gobierno.

La figura de Bermúdez representará, además, el puente — como ya se ha apuntado al tratar la figura de don Fermín Zavala — entre los oligarcas y el gobierno. La oligarquía, que fue — como ya se ha visto — decisiva en el alzamiento militar que condujo al general Odría al poder en octubre de 1948 por su aporte económico para financiar el levantamiento, tiene, por supuesto, voz y voto en los asuntos gubernamentales, además de la seguridad de que sus intereses se van a ver respetados y aun favorecidos por el gobierno. La relación entre don Fermín Zavala — oligarca limeño y una de las figuras que más contribuyeron a financiar el levantamiento del veintisiete de octubre, como ya se ha señalado — y Cayo Bermúdez es un claro exponente de los vínculos entre la oligarquía y el gobierno del general Odría. Es Bermúdez, de hecho, el encargado de tramitar las peticiones y concesiones en los Ministerios; aunque, al mismo tiempo, no deja de estar alerta porque es consciente del poder de la oligarquía, que en cualquier

momento, y auxiliada por los militares, puede conspirar contra el gobierno actual movida por nuevos intereses, y brindar su apoyo al que pueda ser el próximo presidente de gobierno (215, 429-30).

Después de seis años en el poder, se convoca en Arequipa una huelga general, apoyada de una manifestación, pidiendo la destitución de Bermúdez de su cargo de Ministro de gobierno o su propia renuncia. Por su parte, los integrantes de la Coalición — en su mayoría oligarcas — y el Ejército están de acuerdo en que Cayo Bermúdez sea depuesto para intentar salvar el régimen: "el país está cansado de los abusos de Bermúdez" (511). Tan importante e imprescindible es la labor que Cayo Bermúdez prestará al régimen odriista que incluso se llega a identificar su destitución con la decadencia y el final de la presidencia de Odría (341).

En el plano privado, Cayo Bermúdez se revela como un ser frío y sin escrúpulos al abandonar para siempre a su mujer en Chíncha. En Lima comprará los servicios de Hortensia, cantante de club nocturno, más conocida como "La Musa," que pasará a ser su amante y la anfitriona de las fiestas y reuniones que celebra Cayo para sus "amigos" del Ministerio y de la Coalición. Asimismo, Hortensia y la amante de ésta, Queta, — también contratada por Cayo — alimentarán las fantasías y perversiones de Bermúdez, especialmente su faceta de "voyeur" (361 y 550-51). Fiel a las mismas actitudes que lo habían llevado a abandonar a su mujer, deja a ambas en la calle cuando tras su deposición huye al exilio.

SANTIAGO ZAVALA

Hijo de los señores de Zavala, don Fermín y doña Zoila. Siendo el más pequeño de una de las familias oligarcas más poderosa de Lima, pasa su infancia y adolescencia en el barrio limeño de Miraflores, en contacto directo con familias que, como la suya, pertenecen al estrato más alto de la escala social y representan el *modus vivendi* de la aristocracia y la oligarquía.

Terminados sus estudios en la escuela secundaria, decide ingresar en la Universidad de San Marcos, "porque no le gustan los curas, y porque quiere ir donde va el pueblo" (33) en lugar de en la Universidad Católica, donde cursan sus estudios académicos "los muchachos bien" (33), es decir, los jóvenes de su misma clase social. Este primer enfrentamiento de Santiago — alias, "flaco" — con su propia familia, iniciará un largo proceso de separación y distinción entre ambas partes. En efecto, el menor de los Zavala desaprueba el apoyo que su familia había prestado — como ya se ha explicado al referirnos a don Fermín Zavala — a la revolución de Odría (35), y empieza a alejarse de los de su clase.

Al entrar en San Marcos, Santiago conoce a Aída, de la que poco más tarde se enamoraría, y a Jacobo, otro joven mirafloresino con el que se sintió rápidamente identificado por estar "en rebelión contra su piel, contra su clase, contra sí mismo, contra el Perú" (83); dos jóvenes, pues, que como él estaban en contra de la dictadura de Odría. Los tres, junto con otros

estudiantes, forman un "círculo de estudios" con fines políticos y entran en contacto con el Partido Comunista Peruano (128, 155-62). Finalmente, sus sentimientos hacia Aída se verán frustrados (127), así como su ideología socialista, que no termina de cuajar en él, falta de convicción (162). Son momentos de una gran crisis vital para Santiago, que se esfuerza por encontrar unos ideales en que depositar su fe y que le den la satisfacción que ansía. Esta búsqueda se prolongará en las siguientes etapas de su vida.

El grupo marxista a que pertenecen Santiago y sus compañeros acabará siendo detenido en una redada de la policía de Cayo Bermúdez, pero Santiago será puesto en libertad de inmediato gracias a las influencias de su padre — a las que más arriba se hacía referencia al hilo de la relación recíproca que se establece en el Perú de la época entre gobierno y oligarquía, manifestada en los vínculos de colaboración entre Cayo Bermúdez y don Fermín Zavala, respectivamente —. De vuelta en casa, y a pesar del apoyo y el cariño que recibe de su familia, el menor de los Zavala se da cuenta que necesita independizarse — "no puedo seguir viviendo de una manera y pensando de otra" (215) —, coge algunos ahorros y se escapa del hogar familiar.

Santiago comienza a trabajar para *La Crónica*, uno de los diarios más importantes de Lima, como simple refuerzo en la sección de locales, (223) y abandona sus estudios universitarios. A partir de este momento su vida emprende un giro radical, que vendrá marcado, especialmente, por unas condiciones de vida muy diferentes de las que había llevado hasta el momento bajo el techo de los Zavala. Sus compañeros de profesión,

bohemos, alcohólicos, frequentadores asiduos de cabarets y bulines, le iniciarán en el descubrimiento de una Lima desconocida hasta entonces para el joven Santiago, llamado por ellos "Zavalita." De entre todos sus colegas, Santiago mantendrá una relación más estrecha y especial con Carlitos.

Tras el homicidio de "la Musa," la amante de Cayo Bermúdez, Santiago es enviado a cubrir la noticia y, posteriormente, acompaña a su jefe, en la investigación de los hechos que *La Crónica* está realizando, para entrevistar a Queta, prostituta, amante y amiga inseparable de la asesinada Hortensia. En el curso de la entrevista, Santiago se entera, por casualidad, de la relación íntima que su padre, don Fermín, mantenía con Ambrosio, su chófer — que ya ha sido mencionada al comentar el trato que tenía don Fermín con sus subordinados —, así como de la reputación de que aquél goza en Lima, además de la posibilidad de que su padre podría estar implicado en el asunto del asesinato de Hortensia, como Queta piensa. El mito que Santiago había construido a lo largo de su infancia y adolescencia sobre la figura de su padre se derrumba en ese momento (396), acentuando profundamente la crisis ideológica y de búsqueda de valores que había comenzado a atenazar a Santiago en sus primeros años universitarios, cuando formaba parte del "círculo de estudios" mencionado anteriormente.

Más tarde y al ser enviado a Trujillo por su diario para la cobertura de una exclusiva, Santiago tiene un accidente en el transcurso del viaje. De esta forma conoce a Ana, la enfermera encargada de atenderle en el hospital, que desde el inicio muestra un gran interés por Santiago. Así, éste, al ser dado de alta y aun sin mucha convicción, comienza a salir con Ana porque ve en ella

una chica sencilla que puede darle el afecto y la compañía que necesita, aunque años más tarde se cuestione su vida de casado (620). Por su parte, en la reacción de la familia Zavala al conocer a la esposa de Santiago prevaleció el rechazo, basado éste en una cuestión de diferencia de clases (603).

En definitiva, desde el inicio hasta el final, Santiago Zavala se revelará — a lo largo de su adolescencia y, posteriormente, en su madurez — como un ser atormentado, frustrado e infeliz, planteándose constantemente las posibles causas que han podido motivar la crisis de Perú, así como las de su infelicidad y frustración personal, o las de sus colegas y amigos.

AMALIA

Sirvienta en el domicilio de la familia Zavala y amante de Ambrosio, el chófer de color de Don Fermín. De carácter introvertido, sensible, romántica, bastante ingenua e ignorante de la vida — a veces, hasta la exageración —, características que la hacen muy vulnerable en el Perú de la época.

Al ser expulsada por doña Zoila, la señora de la casa, tras el episodio de la "yobimbina" — en que el pequeño de la familia, Santiago, junto con su amigo "Popeye" Arévalo intentan drogarla para aprovecharse de ella —, encuentra trabajo como envasadora en un laboratorio de una de las empresas

de Don Fermín, y por mediación de éste, que se apiada de ella (91). Al poco tiempo conoce a Trinidad López, joven apuesto que la corteja y la enamora. Amalia se va a vivir con Trinidad y deja su trabajo en el laboratorio a petición de él, poco después queda embarazada y comienzan las dificultades tanto a nivel de pareja como económicas (99). Trinidad es encarcelado tras una huelga, convocada por los sindicatos, de la empresa textil donde trabajaba. A raíz de esta detención y una vez libre — gracias a la intercesión que Amalia solicita de Don Fermín Zavala y a las óptimas relaciones que, como ya hemos visto, tiene éste en el gobierno —, Trinidad comienza a mentir constantemente, se queda sin trabajo y se obsesiona con una enfermedad ficticia que lo consume poco a poco y que, además, va minando la relación de la pareja. Trinidad precipita el fatal desenlace: desaparece tras ser detenido, y a los pocos días Amalia descubre que ha sido abandonado casi moribundo, o quizás ya muerto, a la puerta de un hospital, tras ser torturado por la policía secreta del régimen con el fin de obtener de él información sobre un partido en el que nunca fue militante y del que nada sabía. Al día siguiente Amalia pierde también a su hijo en el parto y decide abandonar su trabajo en el laboratorio y abandonarse (106).

Amalia se encuentra un día, tiempo después y por casualidad, con Ambrosio. Éste la informa que en San Miguel, Hortensia, amante de Cayo Bermúdez y ex-cantante de cabaret, necesita una sirvienta más. Amalia comienza a trabajar en San Miguel (219), donde se siente muy bien, desde el inicio, al servicio de su nueva señora — quizás por su incapacidad para comprender bien qué pasa en esa casa — y entre Ambrosio y ella se vuelve a

reanudar la relación que tuvieron tiempo atrás, cuando también Amalia servía en casa de los Zavala. Con el tiempo, sin embargo, Cayo Bermúdez es destituido de su cargo de Ministro y se exilia en Brasil sin despedirse, siquiera, de Hortensia. Ésta se ve obligada a marcharse de San Miguel y reducir considerablemente su nivel de vida. Amalia es la única de las tres sirvientas que la sigue fielmente (458), a sabiendas de que la señora tendría problemas para pagarle su sueldo. Esta fidelidad se debía, especialmente, a la idea que tenía Amalia de que su patrona siempre la había tratado muy bien y al hecho que se sentía querida y respetada por ella, a diferencia de cuando servía para doña Zoila, señora de Zavala.

Mientras tanto, Amalia queda encinta de Ambrosio, — aunque sin darse cuenta hasta que su tía se lo hace notar a los cuatro meses de embarazo (468-69) — y la relación se hace más fría entre ellos. Por esa época, Hortensia se halla sumida en una grave crisis depresiva, ha perdido uno tras otro sus trabajos en los clubs nocturnos donde cantaba y se crea una gran adicción a las drogas, que la conduce de nuevo a cambiarse a un apartamento aún más pequeño que el anterior. Amalia da a luz una niña, Amalita Hortensia, y cuando vuelve se entera que su señora ha sido asesinada y que la policía anda buscándola para interrogarla (478-79). Se asusta, se va a casa de su tía, donde la localiza Ambrosio, que vuelve a aparecer en su vida, y se la lleva a Pullcallpa, un pueblecito retirado, en las montañas, donde pretenden comenzar una nueva vida, de familia, los tres juntos.

En Pullcallpa (536), Amalia desarrollará su faceta de ama de casa, esposa y madre, dedicándose a las labores propias del hogar y la familia

mientras Ambrosio se asocia con un tipo, Don Hilario, — un estafador que los arruinará completamente — en una empresa de transportes y en una funeraria. Sin embargo, y a pesar de lo duro que les resulta comenzar su vida desde cero en ese pueblo, será el tiempo pasado en Pullcallpa, y hasta prácticamente el final, el más bonito y feliz para la pareja (578). Pasados ya un año y medio desde su llegada al pueblo, siguen sin ver ganancias y Amalia, que se había quedado de nuevo embarazada — sin reparar ni acordarse de que después de su último parto no podía volver a dar a luz —, es ingresada en el hospital en el octavo mes de su embarazo, tiene problemas, pierde el niño, y poco después muere (635).

La hijita de Amalia y Ambrosio, Amalita Hortensia, se quedará en Pullcallpa al cuidado de Doña Lupe (649), la mejor amiga que había tenido la pareja desde su llegada al pueblo. Ambrosio, completamente en la miseria, decidirá regresar a Lima y probar, de nuevo, su suerte.

A LA LUZ DE LA CARACTERIZACIÓN de los personajes trazada en este capítulo se desarrollará en el siguiente capítulo un estudio detenido, en pasajes representativos, de la interferencia de las voces de los personajes en la voz del narrador, y su contribución a la expresión de la ideología de éste.

IV. INTERFERENCIA DE VOCES E IDEOLOGÍA

CAPÍTULO IV

INTERFERENCIA DE VOCES E IDEOLOGÍA

ANTES DE COMENZAR LOS ANÁLISIS NARRATOLÓGICOS de los fragmentos de la novela elegidos (dos por cada uno de los personajes principales), se impone la tarea de explicar brevemente los conceptos teóricos fundamentales de la metodología que empleamos. Los análisis se componen de cuatro estadios, cuyo orden respetamos siempre. En primer lugar se realiza una contextualización del fragmento, señalando el lugar que éste ocupa en la diégesis o historia relatada. En segundo lugar se ofrece un breve resumen de su contenido. Sigue después, el análisis narratológico; éste examina principalmente las posturas frásica y perceptual del narrador, dos aspectos narrativos especialmente relevantes en la interferencia de voces anunciada en el capítulo I de esta tesis como el procedimiento central para la expresión de la postura ideológica del narrador-autor implícito ante el mundo evocado en la novela. En el primer comentario se examina también el estatus del narrador, y se postula que es ese mismo narrador el que tiene a su cargo el relato de todos los fragmentos analizados (y de toda la novela). Por último, se realiza un comentario global del fragmento a la luz de las conclusiones extraídas del análisis narratológico. Es la tercera etapa, la del análisis narratológico, la que requiere la explicación conceptual mencionada

anteriormente (al estudio del estatus del narrador me referiré en el primer comentario, el único lugar en que se aborda explícitamente).

El plano fraseológico o frásico permite distinguir diversas modalidades en la relación que el narrador adopta con respecto a la voz del personaje que produce discurso oral o mental. Tales modalidades pueden denominarse, siguiendo a Lanser (*The Narrative Act*, 1981), posturas frásicas y pueden distinguirse las tres siguientes:

- el discurso reproducido, que incluye reproducción de pensamientos, monólogos interiores, diálogos o monólogos orales, transcripciones de textos escritos u orales... (ibíd., 187-91);
- el estilo indirecto libre, también llamado discurso bivocal o polivocal. Se define como aquella narración en que los pensamientos, palabras o percepciones representadas pertenecen, o parecen pertenecer, al personaje, y la sintaxis a la voz del narrador (ibíd., 186 y 189);
- la narrativización, en la cual el discurso del personaje no deja huellas perceptibles en el discurso del narrador; a esa postura pertenecen los *verba dicendi*: afirmar, decir, exclamar... (ibíd., 187- 88).

La postura perceptual del narrador (i.e., la perspectiva desde la cual presenta juntamente la diégesis y el plano de realidad — perceptible o no — en que enfoca su atención a la misma) consiste básicamente en el concepto de "focalización," acuñado por Gérard Genette en *Figures III* ("Discours," 206-11) y ampliado por el mismo autor en *Nouveau discours du récit* (48-52). Incorporando ideas tratadas por Pierre Vitoux en su artículo de 1982 "Le jeu de la focalisation" (véase también Lanser, *The Narrative Act*, 191 ss.), pueden

distinguirse tres categorías de focalización: (a) externa, (b) interna y (c) focalización-sujeto con objeto externo. J. G. Renart desarrolla una cuarta categoría: (d) la focalización-sujeto [interna] con objeto interno ("Bases narratológicas," 1146-47). En los dos primeros tipos (a) y (b), la focalización es controlada directamente por el narrador, así, el lector implícito recibe directamente la información que aquél le transmite. Sin embargo, en los casos de (c) y (d), la información es mediatizada por el filtro perceptor de un personaje.

Con respecto a los distintos efectos — a constatarse en los análisis narratológicos — de estas posturas, y de otros fenómenos textuales con las que ellas interaccionan, en la expresión de la postura ideológica del narrador-autor implícito, sigo principalmente las observaciones contenidas en trabajos de Renart ("Problemas semióticos," "Bases narratológicas" e "Ilusión de realidad"), así como en mis apuntes de curso ("Teoría de la narrativa").

DON FERMÍN ZAVALA. COMENTARIO I.

—Quisiera hablar contigo un momentito, papá.

—Entra, vas a resfriarte ahí afuera—ya no enojado, Zavalita, contento de verte—. Hay mucha humedad, flaco.

Lo cogió del brazo, lo hizo entrar, volvió al sillón, Santiago se sentó frente a él.

—¿Han estado despiertos hasta ahora?—como si ya te hubiera perdonado, Zavalita, o nunca te hubiera reñido—. El Chispas tiene un buen pretexto para no ir mañana a la oficina.

—Nos acostamos hace rato, papá. Yo estaba desvelado.

—Desvelado con tantas emociones—mirándote con cariño, Zavalita—. Bueno, no es para menos. Ahora tienes que contarme todo con detalles. ¿Te trataron bien, de veras?

—Sí papá, ni me interrogaron siquiera.

—Bueno, menos mal que pasó el susto—hasta con un poquito de orgullo, Zavalita—. Qué querías hablar conmigo, flaco.

—He estado pensando en lo que dijiste y tienes razón, papá—sintiendo que se te secaba la boca de golpe, Zavalita—. Quiero irme de la casa y buscar un trabajo. Algo que me permita seguir estudiando, papá.

Don Fermín no se burló, no se rio. Alzó el vaso, tomó un trago, se limpió la boca.

—Estás enojado con tu padre porque te dio un manazo—agachándose para ponerte una mano en la rodilla, Zavalita, mirándote como diciéndote olvidémonos, amistémonos—. Siendo ya tan grande, siendo ya todo un revolucionario perseguido.

Se enderezó, sacó su cajetilla de Chesterfield, su encendedor.

—No estoy enojado contigo, papá. Pero no puedo seguir viviendo de una manera y pensando de otra. Por favor, trata de entenderme, papá.

—¿No puedes seguir viviendo cómo?—ligeramente herido, Zavalita, de pronto apenado, cansado—. ¿Qué hay aquí que vaya contra tu manera de pensar, flaco?

—No quiero depender de las propinas—sintiendo que te temblaban las manos, la voz, Zavalita—. No quiero que cualquier cosa que haga recaiga sobre ti. Quiero depender de mí mismo, papá.

—No quieres depender de un capitalista—sonriendo afligido, Zavalita, adolorido pero sin rencor—. ¿No quieres vivir con tu padre porque recibe contratos del gobierno? ¿Es por eso?

—No te enojas, papá. No creas que trato de, papá.

—Ya eres grande, ya puedo tener confianza en ti ¿no es cierto?—adelantando una mano hacia tu cara, Zavalita, palmeándote la mejilla—. Te voy a explicar por qué me puse tan furioso. Hay algo que estaba a punto de concretarse en estos días. Militares, senadores, mucha gente influyente. El

teléfono estaba intervenido por mí, no por ti. Algo se filtraría, el cholito de Bermúdez se aprovechó de ti para darme a entender que sospechaba algo, que sabía. Ahora hay que parar todo, empezar desde el principio. Ya ves, tu padre no es un lacayo de Odría ni mucho menos. Lo vamos a sacar, llamaremos a elecciones. ¿Sabrás guardar el secreto, no? Al Chispas no le hubiera contado esto, ya ves que a ti te trato como a un hombrecito, flaco.

—¿La conspiración del general Espina?—dijo Carlitos—. ¿Tu padre estuvo complicado también? Nunca se supo.

—Así que pensabas mandarte mudar y que a tu padre se lo cargara el diablo—diciéndote con los ojos ya pasó, no hablemos más, yo te quiero—. Ya ves que mis relaciones con Odría son precarias, ya ves que no tienes por qué tener escrúpulos.

—No es por eso, papá. Ni siquiera sé si me interesa la política, si soy comunista. Es para poder decidir mejor qué es lo que voy a hacer, qué es lo que quiero ser.

—He estado pensando, ahora en el carro —dándote tiempo a recapacitar, Zavalita, sonriéndote siempre—. ¿Quieres que te mande al extranjero por un tiempo? A México, por ejemplo. Das tus exámenes y en enero te vas a estudiar a México, por uno o dos años. Ya veremos la manera de convencer a tu madre. ¿Qué te parece, flaco?

—No sé, papá, no se me había ocurrido —pensando que te quería comprar, Zavalita, que acababa de inventar eso para ganar tiempo—. Tengo que pensarlo, papá.

—Hasta enero tienes tiempo de sobra —poniéndose de pie, Zavalita, palmeándote en la cara otra vez—. Así verás las cosas mejor, verás que el mundo no es el mundito de San Marcos. ¿De acuerdo, flaco? Y ahora vámonos a la cama, son las cuatro ya.

Bebió su último trago, apagó la luz, subieron juntos la escalera. Frente al dormitorio, don Fermín se inclinó para besarlo: tenías que tener confianza en tu padre, flaco, fueras lo que fueras, hicieras lo que hicieras, tú eras lo que él más quería, flaco. (214-16)

PARA ABORDAR EL ANÁLISIS de este texto, convendría, antes que nada, contextualizar, siquiera brevemente, el pasaje objeto de estudio. El presente fragmento corresponde a la parte final del capítulo décimo y último de la primera parte de *Conversación*. El antecedente argumental de este texto trata de la detención de Santiago Zavala, que, clandestinamente, está reunido con sus compañeros universitarios de la Federación para preparar su adhesión a

la huelga de tranviarios, a pesar de que dicha huelga no iba a ser apoyada por otras universidades, ni siquiera por algún sindicato. En el transcurso de la reunión, la policía irrumpe en la habitación, y los estudiantes son detenidos y conducidos a la Prefectura. Don Fermín Zavala, tras conocer la detención de su hijo, toma cartas en el asunto, se persona en la Prefectura, y gracias a sus relaciones con Cayo Bermúdez (en ese momento Director de Gobierno de Odría), Santiago es liberado de inmediato, sin que le fuese aplicada "la Ley de Seguridad Interior." De vuelta en el hogar — es en este punto donde hay que insertar el fragmento que ocupa nuestro estudio —, Santiago desea hablar con su padre y se reúne con él en su despacho. En la conversación que padre e hijo mantienen, Santiago, y al hilo de su detención, le plantea a don Fermín sus deseos e intenciones de independizarse del hogar familiar, pues siente que al vivir en casa está traicionando su ideología. Don Fermín, que teme perder a su hijo, le revela, por su parte, que ya tampoco él apoya a Odría, y que, además, forma parte de una conspiración, encabezada por el general Espina, en que están implicados militares, senadores y personas importantes para deponer a Odría de la presidencia y convocar nuevas elecciones. A continuación, don Fermín propone a su hijo que considere con detenimiento la posibilidad de marcharse a estudiar a México por uno o dos años y dejar San Marcos.

El narrador de base es extradiegético, y heterodiegético. Ejerce, además, el privilegio cognicional que le es debido normalmente;¹ así, nos muestra

¹ Para los presupuestos teóricos sobre el estatus del narrador sigo a Lanser, *The Narrative Act*, 149-74.

directamente los pensamientos y sensaciones de Santiago — "ya no enojado, Zavalita, contento de verte," "como si ya te hubiera perdonado, Zavalita, o nunca te hubiera reñido," "pensando que te quería comprar, Zavalita, que acababa de inventar eso para ganar tiempo" —, además de la percepción e interpretación que éste tiene de su padre con respecto a la forma en que se comporta durante la conversación que ambos sostienen — "mirándote con cariño, Zavalita," "agachándose para ponerte una mano en la rodilla, Zavalita, mirándote como diciéndote olvidémonos, amistémonos," "diciéndote con los ojos ya pasó, no hablemos más, yo te quiero." Es este mismo narrador básico, con estas mismas características, el que encontraremos en todos los textos de *Conversación en La Catedral* que se han de examinar en este capítulo (es, en realidad, el mismo narrador básico de toda la obra). Como estas características se mantienen en todos los textos, no será, pues, necesario repetir y referirnos a estos mismos puntos en cada uno de los fragmentos objeto de análisis.

Desde el punto de vista frásico, dominan, claramente, el discurso oral reproducido y el estilo indirecto libre, además de unos pocos casos en que tenemos relato de sucesos no verbales. El discurso reproducido oral corresponde, primordialmente, a los dos personajes principales del texto, don Fermín Zavala y su hijo, Santiago, puesto que se trata aquí de un diálogo entre padre e hijo. En el caso de Santiago Zavala, sin embargo, aparte del discurso oral reproducido, se da una importante presencia de monólogo interior, que tiene por objeto reflejar la mediatización que Santiago realiza en la percepción de la figura de su padre, su psicología y axiología. Es un

discurso interior dirigido a sí mismo — apelativamente marcado, en consecuencia, por la abundante presencia del pronombre personal átono "te," del adjetivo posesivo de segunda persona singular "tu," y del vocativo "Zavalita," con el que es nominado por sus colegas del periódico, y que también el mismo Santiago adopta en el monólogo interior — en el que Santiago Zavala hace repaso y análisis de las propias emociones. Algunos ejemplos: "sintiendo que se te secaba la boca de golpe, Zavalita," "sintiendo que te temblaban las manos, la voz, Zavalita;" así como de las reacciones que su padre va experimentando a lo largo de la conversación que ambos mantienen, "ligeramente herido, Zavalita, de pronto apenado, cansado," "sonriendo afligido, Zavalita, adolorido pero sin rencor," "adelantando una mano hacia tu cara, Zavalita, palmeándote la mejilla," "Dándote tiempo a recapacitar, Zavalita, sonriéndote siempre," "poniéndose de pie, Zavalita, palmeándote en la cara otra vez." Paralelamente, en forma de discurso oral del que se recogen varios fragmentos, le cuenta este mismo suceso a su colega del diario, Carlitos. Asimismo, sería conveniente señalar algunos ejemplos (en cursiva) de discurso reproducido inferido de don Fermín — que construye Santiago dentro de su propio discurso a través del lenguaje visual—, inserto en sus reflexiones: "mirándote como diciéndote *olvidémonos, amistémonos,*" "diciéndote con los ojos *ya pasó, no hablemos más, yo te quiero.*" Con respecto al relato de sucesos no verbales hay en el texto sólo algunos breves ejemplos referidos a don Fermín, "lo cogió del brazo, lo hizo entrar, volvió al sillón, Santiago se sentó frente a él," "don Fermín no se burló, no se rio. Alzó el vaso, tomó un trago, se limpió la

boca," "se enderezó, sacó su cajetilla de Chesterfield, su encendedor," "bebió su último trago, apagó la luz, subieron juntos la escalera. Frente al dormitorio, don Fermín se inclinó para besarlo." A este último ejemplo sucedería unas secuencias de discurso reproducido oral de don Fermín, transpuestas al discurso del narrador con mezcla de rasgos de estilo indirecto libre: "tenías que tener confianza en tu padre, flaco, fueras lo que fueras, hicieras lo que hicieras, tú eras lo que él más quería, flaco."

De lo anterior se desprende, pues, que el discurso reproducido mental de Santiago está al servicio del retrato de don Fermín Zavala, como ya se ha visto. El monólogo interior de Santiago revelará, asimismo, los sentimientos de éste, la sensibilidad con que percibe a su padre y la reciprocidad afectiva que hay entre ambos. Se hace, de esta forma, partícipe al lector de la sensibilidad de Santiago, quien — como queda de manifiesto —, a pesar de no compartir y abominar de la ideología y el estilo de vida de su familia, prototipo de la más poderosa oligarquía limeña, responde a los fuertes vínculos familiares que caracterizan a los clanes oligárquicos, y ello se manifiesta de forma especial en la relación que tiene con su padre, para quien Santiago es lo más importante, como el mismo don Fermín manifiesta explícitamente en el texto. Por otra parte, el discurso reproducido oral de padre e hijo es, en este caso, evidente vehículo de expresión de la ideología, psicología y axiología de ambos.

Desde el punto de vista perceptual, tenemos focalizaciones (a), (b) y (d). Al discurso reproducido verbal, es decir, a la conversación que padre e hijo mantienen, corresponde focalización (a), siendo esta postura la dominante a

lo largo del texto. El monólogo interior de Santiago, la focalización interna que tenemos de este personaje, de su proceso mental y reacciones mientras percibe a su padre, presuponen (b), ya que Santiago — como se ha apuntado — funciona en parte como filtro de percepción de la figura de don Fermín Zavala. Finalmente, englobando todo el fragmento objeto de nuestro análisis, habría también focalización (d) porque el suceso que se nos narra no sólo es en buena medida presentado directamente por el narrador sin personajes mediatizadores de la focalización; también se presenta a través del recuerdo de Santiago, que lo recupera y trae al presente para meditarlo en soledad a veces, así como para transmitirlo en cierta ocasión a Carlitos, su amigo y colega de *La Crónica*. Esto último puede observarse en el contexto previo al texto, además de por la alusión que se nos hace a dicha conversación, a mitad de la narración, en un momento en que Carlitos interviene para preguntar a Santiago sobre lo que éste le está contando: "¿La conspiración del general Espina? —dijo Carlitos—. ¿Tu padre estuvo complicado también? Nunca se supo." Así, esta intervención de Carlitos nos devuelve al momento previo a la narración de este suceso, en que Santiago le habla a Carlitos de sus compañeros de la Federación (Cahuide), especialmente de Jacobo y Aída, de la reunión en que preparaban el apoyo a la huelga de tranviarios, y de la detención del grupo.

En suma, el análisis de la postura perceptual revela, por un lado, el empleo de las focalizaciones internas (b) y (d) con respecto a la percepción que Santiago tiene de su padre — de igual forma que el discurso reproducido mental de Santiago, desde el punto de vista frásico, se ponía al servicio del

retrato de don Fermín. Por otro lado, la focalización (a) se usa para el discurso oral y el lenguaje gestual de don Fermín, a través de los cuales el personaje es interpretado por su hijo. La utilización de focalización externa añadida al empleo — en la postura frásica — del discurso reproducido para la figura de don Fermín viene a corroborar el estatus del narrador como objetivo. El narrador evita, así, la interferencia de la voz de este personaje en su discurso, limitándose a transcribirlo sin responsabilizarse de él, máxime cuando dicho discurso revela cualidades poco morales, que el narrador no desea que le sean asociadas.

Al considerar la relación de la postura frásica y la postura perceptual, se nota que ambas presentan a cada personaje de manera muy diferente. La reproducción del discurso interior de Santiago y el estilo indirecto libre aplicado a su fluir mental nos permiten ver al personaje por dentro en toda su verdad; esto sucede con las focalizaciones (b) y (d). Con respecto a don Fermín, de quien no se pasa más allá del discurso oral reproducido y de la descripción de sus gestos (interpretados por Santiago) se nos limita a una pura focalización (a), es decir, puramente externa. Desde antiguo ha observado la crítica narrativa que asistir a la interioridad del personaje es un medio eficaz para la expresión de empatía por parte del narrador y la generación de empatía en el lector implícito, especialmente si los valores de los personajes, que quedan de esta forma expuestos, pueden ser compartidos por el lector (cfr. Booth, *The Rethoric*, 1961); este efecto es corroborado si se

añade — como aquí — el uso del estilo indirecto libre.² Una primera constatación es, pues, el acercamiento axiológico que se produce hacia Santiago por parte del narrador-autor implícito, y el distanciamiento con respecto a don Fermín, a pesar de la relativa cercanía axiológica generada por la presentación de sus mejores sentimientos paternos. Una segunda constatación, sin embargo, es que el narrador usa escasamente el estilo indirecto libre para presentar el discurso de Santiago; con frecuencia lo deja hablar por su cuenta sin transponer su discurso al propio. Esto parece sugerir aquí, como en tantas partes de la novela, una combinación de acercamiento axiológico al personaje (por valores de éste como los que aquí se observan) y de distanciamiento ideológico del mismo (por características como las que acusan su perpetuo estancamiento en la adolescencia mental). Las características de ambos personajes que suscitan esta postura ideológica del narrador — y su expresión mediante el uso observado de las posturas frásica y perceptual — resultarán más evidentes a la luz de algunas puntualizaciones más.

El afecto que don Fermín siente por el benjamín de la familia queda, en efecto, bastante explicitado, tanto en sus hechos — la constante atención que le prodiga, "entra, vas a resfriarte ahí fuera ... hay mucha humedad,flaco. Lo cogió del brazo, lo hizo entrar, volvió al sillón;" los mimos, —

² Como se ha indicado en la introducción a este capítulo, para los efectos de los usos de las posturas frásica y perceptual en la expresión de la postura ideológica del narrador, sigo observaciones contenidas en las publicaciones de Renart allí aludidas, como también en mis apuntes de su seminario graduado ESP 5959, Teoría de la narrativa y la novela de Mario Vargas Llosa. Para varias observaciones sobre los textos que he de comentar aquí, he tenido en cuenta material inédito sobre esos textos de la obra en curso del mismo autor.

"adelantando una mano hacia tu cara, ... palmeándote la mejilla," "palmeándote en la cara otra vez," "don Fermín se inclinó para besarlo;" incluso el uso del apelativo cariñoso "flaco," con el que se le trataba en casa, "tenías que tener confianza en tu padre, flaco, fueras lo que fueras, hicieras lo que hicieras, tú eras lo que él más quería, flaco;" — como en la imagen que el propio Santiago recoge y proyecta de su padre — "ya no enojado, Zavalita, contento de verte," "como si te hubiera perdonado, Zavalita, o nunca te hubiera reñido," "mirándote con cariño, Zavalita," etc. —. La afectividad que don Fermín prodiga a Santiago, e incluso la complicidad que establece con él son bien diferentes del tratamiento que reserva a su primogénito, el Chispas, al que se refiere con ironía — "¿Han estado despiertos hasta ahora? ... El Chispas tiene un buen pretexto para no ir mañana a la oficina" — y desconfianza — " ... Al Chispas no le hubiera contado esto, ya ves que a ti te trato como a un hombrecito, flaco" —, fomentando una relación de intimidad y confianza con su hijo menor, en detrimento de una de igualdad entre hijos y hermanos.

Por otro lado, no deja de ser significativo el hecho que Santiago aprovecha el pretexto de la detención y el enfado que ésta provoca en su padre para plantearle a éste que desea independizarse y ser responsable de sus propios actos, así como para reiterarse en sus convicciones — "no puedo seguir viviendo de una manera y pensando de otra" —, si bien ya desde antes de entrar a la universidad se había mostrado rebelde a la ideología y al sistema de vida que caracterizaba a su familia, prototipo de la oligarquía limeña, eligiendo ingresar en San Marcos en lugar de en la Universidad

Católica (89). Don Fermín, que teme perder a su hijo predilecto, se defiende ante las indirectas de Santiago como puede, y a pesar de ser consciente del verdadero motivo — "no quieres depender de un capitalista" — y de que la situación no va a cambiar, se empeña, sin embargo, en desviar el origen del problema a las relaciones que él mantiene con el gobierno de Odría y que sabe que su hijo desaprobaba desde el inicio. Don Fermín, desesperado, confesará a Santiago su actual desacuerdo con el sistema de gobierno y su implicación en la conspiración que el general Espina, junto con otros oligarcas, políticos y militares, estaba tramando para deponer a Odría — "hay algo que estaba a punto de concretarse en estos días. Militares, senadores, mucha gente influyente ... Ya ves, tu padre no es un lacayo de Odría ni mucho menos. Lo vamos a sacar, llamaremos a elecciones," "ya ves que mis relaciones con Odría son precarias, ya ves que no tiene por qué tener escrúpulos" —, quien no alimentaba ya, suficientemente, los intereses de estos sectores. Queda, pues, reflejado en el citado ejemplo el poder de los clanes oligárquicos y de los sectores militares, cuya fuerza y apoyo se revelan definitivos a la hora de planear un golpe de estado y respaldar al próximo sucesor en la presidencia de gobierno, como ya se señaló en la primera parte del capítulo I. Es elocuente, además, el comentario de Carlitos que el autor nos inserta a la mitad del proceso de recuerdo de Santiago — "¿La conspiración del general Espina? —dijo Carlitos. ¿Tu padre estuvo complicado también? Nunca se supo" — y justo después de la confesión que don Fermín le hace a Santiago. En efecto, no sería sino una crítica alusiva del autor implícito a todo lo que hay de encubierto en política, a esos nombres de figuras muy importantes en

el mundo de los negocios y las finanzas que — como Fermín Zavala, en la obra — llegan a poseer un gran control y a ejercer un gran poder en el mundo político, pero que, una vez salta el escándalo, siguen quedando bien a cubierto y sin ser desenmascarados, especialmente en países latinoamericanos.

El narrador, por su parte, nos introduce — ya en el párrafo inmediatamente anterior a este fragmento — a don Fermín en su despacho, sentado en un cómodo sillón verde y con un vaso de whisky en la mano. Durante la conversación con Santiago, el oligarca continuará sentado en el sillón y bebiendo su licor, y justo después de que Santiago le comente que quiere abandonar el hogar familiar, don Fermín sacará "su cajetilla de Chesterfield." El cómodo sillón de despacho (y, por supuesto, el propio despacho mismo) en que está sentado don Fermín, el vaso de whisky, y la cajetilla de Chesterfield son metonímicamente representativos de la figura de un oligarca en el Perú de la época en que se sitúa la obra de Vargas Llosa. La cajetilla de Chesterfield, además, representa los vínculos que unen al empresario don Fermín Zavala con Estados Unidos, a donde se extiende el radio de acción comercial del oligarca limeño, sin olvidar tampoco que cuenta con acciones en empresas constructoras norteamericanas (293).

Por último, además de la dimensión humana que de don Fermín Zavala se nos traza (su actitud cariñosa, comprensiva, paternalista, y el miedo a perder a su hijo), Santiago también nos presenta, al final, el lado más práctico y agresivo de la figura de su padre; esto es, su faceta de hombre de negocios, acostumbrado a establecer pactos:

—He estado pensando, ahora en el carro —dándote tiempo a recapacitar, Zavalita, sonriéndote siempre—. ¿Quieres que te mande al extranjero por un tiempo? A Mexico, por ejemplo. Das tus exámenes y en enero te vas a estudiar a México, por uno o dos años. Ya veremos la manera de convencer a tu madre. ¿Qué te parece, flaco?

—No sé papá, no se me había ocurrido —pensando que te quería comprar, Zavalita, que acababa de inventar eso para ganar tiempo—.Tengo que pensarlo, papa.

—Hasta enero tienes tiempo de sobra —poniéndose de pie, Zavalita, palmeándote en la cara otra vez—. Así verás las cosas mejor, veras que el mundo no es el mundito de San Marcos. ¿De acuerdo, flaco? ...

En este caso Santiago sentirá que su padre quiere comprarle financiándole un viaje y los estudios en México, con la esperanza que al abandonar San Marcos y Lima durante un par de años le pase la fiebre de rebelión contra la clase a la que pertenece y contra el sistema político dominante en el Perú.

En fin, son las características de los personajes así reveladas las que generan sendas posturas ideológicas del narrador-autor implícito y su expresión mediante las respectivas posturas frásica y perceptual.

DON FERMÍN ZAVALA. COMENTARIO II.

—ESTA mañana estuve con los gringos—dijo, por fin, don Fermín—. Son peores que Santo Tomás. Se les ha dado todas las seguridades pero insisten en tener una entrevista con usted, don Cayo.

—Al fin y al cabo se trata de varios millones—dijo él, con benevolencia—. Se explica esa impaciencia.

—No acabo de entender a los gringos, ¿no le parecen unos añiados?—dijo don Fermín, con el mismo tono casual, casi displicente—. Medio salvajes, además. Ponen los pies sobre la mesa, se quitan el saco donde estén. Y éstos no son unos cualquiera, sino gente bien, me imagino. A veces me dan ganas de regalarles un libro de Carreño.

Él veía por la ventana los tranvías de la Colmena que llegaban y partían, oía los inagotables chistes de los hombres de la mesa vecina.

—El asunto está listo—dijo, de pronto—. Anoche comí con el Ministro de Fomento. El fallo debe aparecer en el Diario oficial el lunes o martes. Dígales a sus amigos que ganaron la licitación, que pueden dormir tranquilos.

—Mis socios, no mis amigos—protestó don Fermín, risueño—. ¿Usted podría ser amigo de gringos? No tenemos mucho en común con esos patanes, don Cayo.

Él no dijo nada. Fumando, esperó que don Fermín alargara la mano hacia el platito de maní, que se llevara el vaso de gin a la boca, bebiera, se secara los labios con la servilleta, y que lo mirara a los ojos.

—¿De veras no quiere esas acciones?—lo vio apartar la vista, interesado de pronto en la silla vacía que tenía al frente—. Ellos insisten en que lo convenza, don Cayo. Y, la verdad, no veo por qué no las acepta.

—Porque soy un ignorante en cosas de negocios — dijo él—. Ya le he contado que en veinte años de comerciante no hice un sólo negocio bueno.

—Acciones al portador, lo más seguro, lo más discreto del mundo —don Fermín le sonreía amistosamente—. Que se pueden vender al doble de su valor en poco tiempo, si no quiere conservarlas. Supongo que no piensa que aceptar esas acciones sería algo indebido.

—Hace tiempo que no sé lo que es debido o indebido—sonrió él—. Sólo lo que me conviene o no.

—Acciones que no le van a costar un medio al Estado, sino a los gringos patanes —sonreía don Fermín—. Usted les hace un servicio, y es lógico que lo retribuyan. Esas acciones significan mucho más que cien mil soles en efectivo, don Cayo.

—Soy modesto, esos cien mil soles me bastan— sonrió él de nuevo, un acceso de tos lo hizo callar un momento—. Que se las den al Ministro de Fomento, que es hombre de negocios. Sólo acepto lo que suena y se cuenta. Mi padre era un usurero, don Fermín, y decía eso. Se lo he heredado.

—Bueno, entre gustos y colores—dijo don Fermín, encogiendo los hombros—. Me encargaré del depósito, el cheque estará listo hoy.

Estuvieron callados hasta que el mozo se acercó a recoger las copas y trajo el menú. Un consomé y una corvina, ordenó don Fermín, y él un churrasco con ensalada. Mientras el mozo ponía la mesa, él oía, raramente, a don Fermín hablar de un sistema para adelgazar comiendo que había aparecido en Selecciones de este mes. (293-94)

EL PRESENTE TEXTO PERTENECE al capítulo quinto de la segunda parte de *Conversación*. Esta parte de la obra de Vargas Llosa se caracteriza por su equilibrio y simetría en la disposición interna de los capítulos. Así, en el capítulo quinto se distinguen tres partes, cada una de las cuales se refieren a Amalia; don Fermín y Cayo Bermúdez; y Santiago y su tío Clodomiro; por este orden. Precisamente, el eje central de cada una de las tres partes en que se divide el capítulo, así como del capítulo en sí mismo, corresponde a los diálogos que se establecen entre don Fermín Zavala y Cayo Bermúdez.

En cuanto a los antecedentes inmediatos a la conversación objeto de nuestro análisis, éstos se sitúan en la primera de las tres conversaciones que don Fermín y Cayo mantienen en el capítulo. En el curso de la misma, Fermín Zavala y Cayo Bermúdez se encuentran para hablar de negocios: Cayo Bermúdez le pregunta al oligarca si su empresa va a solicitar la licitación de las obras de construcción de la Panamericana, que va a salir a concurso, pero don Fermín le comenta que su constructora debe ser ampliada aún y que por el momento ya están bastante desbordados con la construcción de la carretera a Pacasmayo. Conforme avanza la conversación comentan, ligeramente y entre otras cosas, algunos sucesos — que remiten a pasajes

anteriores de la obra — de índole nacional como la amenaza de huelga textil o la noticia del apedreo a la embajada peruana en Buenos Aires (253), que escapó a la atención de la censura gubernamental.

El texto objeto de nuestro análisis corresponde, por su parte, a la conversación central del capítulo, entre don Fermín y Cayo Bermúdez. En ella, Bermúdez le anuncia a don Fermín que ha negociado con el Ministro de Fomento la concesión de la licitación — se entiende que se refiere a la de la Panamericana, que Cayo le había ofrecido, primeramente, a la empresa constructora de don Fermín, pero que éste había rechazado por estar sobrecargados ya con las obras de la carretera a Pacasmayo (288) — para los socios americanos del oligarca, que ha sido aprobada por el Ministro y será anunciada a través de la vía oficial. Don Fermín critica a los americanos, su actitud y su desconfianza en los negocios, y, al mismo tiempo, sirve de intermediario de ellos para convencer a Cayo Bermúdez de las ventajas que tendría aceptar el ofrecimiento de acciones al portador en lugar de los cien mil soles que va a recibir de gratificación por la gestión del contrato de la cesión de obras, pero Cayo no acepta la propuesta de las acciones.

Desde la perspectiva de la postura frásica hay en el texto una gran abundancia de discurso oral reproducido en el diálogo mantenido a lo largo del fragmento entre don Fermín y Cayo Bermúdez. Por su parte, la voz del narrador se hace presente con la narrativización, que asiste los discursos de ambos personajes — "dijo, por fin, don Fermín," "dijo él, con benevolencia," "dijo don Fermín, con el mismo tono casual, casi displicente," "protestó don Fermín, risueño." Incluso al referirse el narrador

a las percepciones sensoriales de Cayo Bermúdez y a la que éste tiene con respecto a la figura de don Fermín Zavala, las presenta de manera narrativizada: "Él veía por la ventana los tranvías de la Colmena que llegaban y partían, oía los inagotables chistes de los hombres de la mesa vecina," "lo vio apartar la vista, interesado de pronto en la silla vacía que tenía al frente," " ... mientras el mozo ponía la mesa, él oía, raramente, a don Fermín hablar de un sistema para adelgazar comiendo que había aparecido en Selecciones de este mes," etc.

En cuanto a los efectos de estos fenómenos explícitos de postura frásica en la expresión de la postura ideológica del fragmento — como ya quedó de manifiesto en el análisis del primer texto —, el tratamiento que desde el punto de vista frásico confiere el narrador-autor implícito, con el uso del discurso reproducido y la narrativización, a los dos personajes, representantes de los poderes políticos y económicos del Perú del "ochenio odriista," demuestra una carencia de valoración axiológica y afectividad hacia ellos, y de manera especial hacia don Fermín Zavala, que es en quien se centra la atención del narrador en su descripción. La omisión del estilo indirecto libre vendría, además, aquí a subrayar que el narrador-autor implícito no comparte los valores que representan esos personajes.

En cuanto a la postura perceptual, se advierte claro predominio de focalización (a), patente en los discursos verbales reproducidos de ambos personajes; hay varios casos de focalización (c), que se observa en las acotaciones ya citadas en las que se opera — desde el punto de vista frásico — la narrativización.

Efectivamente, en dichas acotaciones el objeto de la focalización es completamente externo, sin que se opere una interferencia del discurso interior, por ejemplo, de los personajes con respecto a la situación en que se encuentran o a la percepción que tienen de sus interlocutores respectivos, en el discurso del narrador; esto es, ocurre sólo focalización (c) sin co-ocurrencia de focalización (b) cuyo contenido fuera la reacción del personaje ante el objeto de su percepción. Así, no encontramos en el texto — como ya se ha visto al estudiar la postura frásica — ni discurso interior que reproduzca los pensamientos de los personajes ni tampoco rasgos de estilo indirecto libre que puedan comprender vislumbres y tener connotaciones relevantes de la subjetividad de don Fermín o Cayo Bermúdez y que podrían implicar en el plano de la postura perceptual, focalización interna. Las acotaciones del narrador se refieren casi exclusivamente a las reacciones y gestos externos de los dos personajes mientras conversan. De igual modo, ningún adjetivo o adverbio — que serán señalados a continuación en cursiva — descriptivo de los actos de don Fermín Zavala añadido por el narrador posee el más mínimo indicio de focalización interna, interpretación o contraste de tales gestos con los habitualmente realizados por el personaje: "dijo don Fermín, con el mismo tono *casual*, casi *displicente*," "protestó don Fermín, *risueño*," "don Fermín le sonreía *amistosamente*," "dijo don Fermín *encogiendo* los hombros." Incluso sería mínima e irrelevante la identificación de las reacciones internas que puedan inferirse de los gestos mencionados; la conversación de los personajes queda transcrita objetivamente por el narrador-autor implícito, que nos da a los lectores una visión superficial de

las palabras y hechos ocurridos, tomando distancia de los personajes y la situación que en el texto se nos muestra.

Algunas consideraciones acerca del personaje de don Fermín en cuanto al contenido de su conversación e interacción con Cayo Bermúdez vendrán a confirmar las conclusiones obtenidas desde las perspectivas de los aspectos narratológicos. Efectivamente, este fragmento constituye una clara revelación de la ideología y axiología de don Fermín Zavala en cuanto miembro representativo de su grupo de poder. En primer lugar, asistimos en el texto a una reunión de "negocios" entre Fermín Zavala y Cayo Bermúdez, celebrada en un restaurante de Lima. Este encuentro muy bien podría servir de arquetipo en cuanto a la forma en que se conciertan los negocios entre el gobierno y la clase dominante en el Perú del "ochenio," además de ser representativo de las relaciones establecidas entre ambas partes.

Se trata de un intercambio de apoyo económico y político, de parte del sector oligárquico, por una serie de privilegios concedidos por el gobierno odriista que vendrán a favorecer los intereses comerciales y personales de la oligarquía, premiando, así, su fidelidad y sostén al régimen. En este caso se trata de la concesión a los socios norteamericanos de don Fermín de las contratas para las obras de construcción de la Panamericana. El poderoso empresario limeño se encargará — al serle a su constructora imposible ejecutar dichas obras — de gestionar con el representante del gobierno el que la licitación recaiga sobre sus socios. Cayo Bermúdez convendrá, a su vez, lo

mismo con el Ministro de Fomento, estableciéndose, así, una cadena de intereses y comisiones.

De otro lado, observamos explícitamente en el texto la afinidad de caracteres entre don Fermín Zavala y Cayo Bermúdez: ambos parecen tener muy claros los intereses que se proponen alcanzar. En el caso concreto del rico empresario está claro que su ideología está al servicio del poder y el dinero; así se comprueba en las relaciones que mantiene con el gobierno, del que recibe contratos, como también en la asociación que ha establecido con los estadounidenses, a quienes le une el puro interés lucrativo de los beneficios y comisiones que obtiene a cambio de los acuerdos que él les negocia con el gobierno. La entrega de comisiones y otras estrategias ilícitas están, asimismo, plenamente de acuerdo con la "filosofía" de los negocios de don Fermín. El hecho de que deba sobornar a Cayo Bermúdez no supone para el empresario limeño una quiebra de las reglas del juego, sino su cumplimiento más estricto. De esta forma, su conciencia moral no se resiente de unos actos que son moneda de cambio corriente en las relaciones entre la oligarquía peruana y el gobierno de Odría.

CAYO BERMÚDEZ. COMENTARIO I.

El coronel lo observaba, como midiéndolo o adivinándolo, y la sonrisita cordial que había estado flotando en sus labios se esfumó. Juntó las manos de uñas enceradas, adelantó la cabeza:

—¿Al pan pan y al vino vino, Cayo? —dijo, con súbita energía.

—Ya era hora —Bermúdez aplastó la colilla en el cenicero—. Me estabas cansando con tantas declaraciones de amor.

—Odría necesita gente de confianza —el coronel contaba las sílabas, como si su seguridad y desenvoltura se vieran de pronto amenazadas—. Aquí todos están con nosotros y nadie está con nosotros. «La Prensa» y la Sociedad Agraria sólo quieren que suprimamos el control de cambios y protejamos la libertad de comercio.

—Como ustedes les van a dar gusto, no hay problema—dijo Bermúdez—. ¿No?

—«El Comercio» llama a Odría el salvador de la Patria sólo por odio al Apra—dijo el coronel Espina—. Esos sólo quieren que tengamos a los apristas a la sombra.

—Ya es cosa hecha—dijo Bermúdez—. Tampoco hay problema por ahí ¿no?

—Y la Internacional, la Cerro y demás compañías sólo quieren un gobierno fuerte que les tenga tranquilos a los sindicatos—continuó Espina, sin escucharlo—. Cada uno tira para su lado ¿ves?

—Los exportadores, los antiapristas, los gringos y además el Ejército—dijo Bermúdez—. La platita y la fuerza. No sé de qué se puede quejar Odría. No se puede pedir más.

—El Presidente conoce la mentalidad de estos hijos de puta—dijo el coronel Espina—. Hoy te apoyan, mañana te clavan un puñal en la espalda.

—Como se lo clavaron ustedes a Bustamante—sonrió Bermúdez, pero el coronel no se rio—. Bueno, mientras los tengan contentos, apoyarán al régimen. Después, se conseguirán otro general y los sacarán a ustedes. ¿Siempre no ha sido así en el Perú?

—Esta vez no va a ser así—dijo el coronel Espina—. Nosotros vamos a guardarnos las espaldas.

—Me parece muy bien—dijo Bermúdez, ahogando un bostezo—. Pero yo qué pito toco en todo esto.

—Le he hablado al Presidente de ti —el coronel Espina consideró un momento el efecto de sus palabras, pero Bermúdez no había cambiado de expresión; el codo en el brazo del sillón, la cara sobre la palma abierta, escuchaba inmóvil—. Estábamos barajando nombres para la Dirección de Gobierno y el tuyo se me vino a la boca y lo solté. ¿Hice una estupidez?

Calló, un gesto de contrariedad o fatiga o duda o pesar, torció su boca y achicó sus ojos. Permaneció unos segundos con una expresión ausente y luego

buscó la cara de Bermúdez: estaba allí, idéntica, absolutamente quieta, esperando.

—Un cargo oscuro, pero importante para la seguridad del régimen—añadió el coronel—. ¿Hice una estupidez? Ahí necesitas alguien que sea como tu otro yo, me advirtieron, tu brazo derecho. Y tu nombre se me vino a la boca y lo solté. Sin pensar. Ya ves, te hablo francamente. ¿Hice una estupidez? Bermúdez había sacado otro cigarrillo, lo había encendido. Chupó encogiendo un poco la boca, se mordió apenas el labio inferior. Miró la brasa, el humo, la ventana, los muladares de los techos limeños.

—Yo sé que si quieres tú eres mi hombre—dijo el coronel Espina.

—Ya veo que tienes confianza en tu viejo condiscípulo—dijo, al fin, Bermúdez, tan bajo que el coronel avanzó la cabeza—. Haber elegido a este provinciano frustrado y sin experiencia para ser tu brazo derecho, es todo un honor, Serrano.

—Déjate de ironías—Espina dio un golpecito en la mesa—. Dime si aceptas o no.

—Una cosa así no se decide tan rápido—dijo Bermúdez—. Dame unos días para darle vueltas.

—No te doy ni media hora, vas a contestarme ahora mismo —dijo Espina—. El Presidente me espera a las seis en Palacio. Si aceptas, vienes conmigo para que te lo presente. Si no, puedes regresarte a Chincha.

—Las funciones de Director de Gobierno me las imagino—dijo Bermúdez—. En cambio, no me imagino el sueldo.

—Un sueldo básico y unos gastos de representación; —dijo el coronel Espina—. Unos cinco o seis mil soles, calculo. Ya sé que no es mucho.

—Es bastante para vivir modestamente —sonrió apenas Bermúdez—. Como yo soy un hombre modesto, me alcanzaría.

—Ni una palabra más, entonces—dijo el coronel Espina—. Pero todavía no me has contestado. ¿He hecho una estupidez?

—Eso sólo puede decirlo el tiempo, Serrano—sonrió otra vez Bermúdez, a medias. (67-70)

ESTE TEXTO SE ENMARCA dentro del capítulo tercero de la primera parte de *Conversación*. En este capítulo se nos informa que hace tan sólo tres días que el general Odría ha tomado el poder y su Ministro de Gobierno, el coronel Espina, que fuera compañero inseparable de Cayo Bermúdez en el colegio, lo hace llamar a Lima para entrevistarse con él. Han pasado muchos años sin verse y los dos han corrido suertes diversas, pues mientras Espina pudo

continuar sus estudios y ascender en el escalafón militar, Cayo Bermúdez cayó en desgracia de su familia y fue desheredado al casarse con una india, hija de la lechera del pueblo, contraviniendo los planes que su padre tenía para él. Espina, sin embargo, llegó a ser Ministro durante la presidencia de Bustamante (67), y al ser derrocado éste por el golpe militar del general Odría pasó a ser Ministro de gobierno del nuevo presidente.

Al personarse Cayo en Lima, y durante el transcurso de la entrevista que mantiene en el Ministerio con su antiguo amigo y compañero de colegio, Espina le informa de la situación del país y de los obstáculos con los que ha de lidiar el incipiente gobierno — los intereses de la oligarquía, los de los norteamericanos con empresas en Perú, y los del Ejército —, y le comenta, a continuación, que había considerado con el Presidente la posibilidad de que Bermúdez quisiese aceptar el cargo de la Dirección de Gobierno, puesto para el que necesitan a un hombre de confianza. Tras hablar brevemente del cargo y las condiciones, Cayo acaba aceptando, no sin haberse, previamente, hecho rogar por Espina.

Desde el punto de vista frásico, tratándose de un diálogo entre Espina y Bermúdez, predomina en este texto, en primer lugar, el discurso oral reproducido correspondiente a los dos personajes que sostienen la conversación. A la presencia del discurso oral reproducido habría también que añadir el empleo de la narrativización, usada exclusivamente en las acotaciones que complementan el diálogo entre Cayo Bermúdez y el coronel Espina, la mayoría de las veces atendiendo simplemente a la función indicativa que éstas tienen para el lector con respecto a los personajes que

toman la palabra: "dijo Bermúdez," "dijo el coronel Espina," "añadió el coronel;" otras, añadiendo algún matiz descriptivo sobre el acto de discurso oral: "dijo [Espina], con súbita energía," "el coronel contaba las sílabas, como si su seguridad y desenvoltura se vieran de pronto amenazadas," "dijo Bermúdez, ahogando un bostezo," "dijo, al fin, Bermúdez, tan bajo que el coronel avanzó la cabeza." La narrativización se opera aquí por inferencia: el narrador no penetraría nunca realmente en la mente de los personajes; las reacciones mentales de éstos resumidas en las expresiones de narrativización son inferidas de sus gestos externos. Este carácter puramente inferencial se explicita en expresiones del tipo "como si" ("como si su seguridad y desenvoltura se vieran de pronto amenazadas").

Se observa, no obstante, que el narrador se permite la intromisión en la narrativización — como vivificándola — de rasgos generalmente asociados al estilo indirecto libre (se señalarán en cursiva), sugiriendo más intensamente con ellos la imagen que Espina capta de Bermúdez: "el coronel lo observaba *como midiéndolo o adivinándolo*, y la *sonrisita* cordial que había estado flotando en sus labios se esfumó. Juntó las manos de uñas enceradas, adelantó la cabeza," "el coronel Espina consideró un momento el efecto de sus palabras, *pero* Bermúdez no había cambiado de expresión; el codo en el brazo del sillón, la cara sobre la palma abierta, escuchaba inmóvil," "calló, un gesto de *contrariedad o jätiga o duda o pesar*, torció su boca y achicó sus ojos. Permaneció unos segundos con una expresión ausente y luego buscó la cara de Bermúdez: estaba allí idéntica, absolutamente quieta,

esperando." En esta última cita se agregan a los rasgos de estilo indirecto libre señalados, el uso de dos puntos tras la frase que anuncia la actividad perceptual de Espina, y la enumeración asindética.

Incluso cuando la narrativización inferida dejaría lugar, más propiamente, al relato de sucesos no verbales, no dejan de inyectarse rasgos de estilo indirecto libre que mantienen el mismo efecto en cuanto a la expresión de las reacciones de Cayo Bermúdez que Espina trata de interpretar: "Bermúdez había sacado otro cigarrillo, lo había encendido. Chupó encogiéndose un poco la boca, se mordió apenas el labio inferior. Miró la brasa, el humo, la ventana, los muladares de los techos limeños." El narrador consigue aquí un efecto de retardamiento homólogo a la lentitud que tiene para el coronel Espina la respuesta de Cayo Bermúdez. Para ello, las acciones son dispuestas, dentro de la frase, en una estructuración oracional yuxtapuesta de múltiples miembros, marcada por una asíndesis que prolonga indefinidamente la secuencia, lográndose un efecto de morosidad, especialmente en las últimas frases. Resumiendo lo analizado desde el punto de vista frásico, el uso predominante del discurso oral reproducido junto con la narrativización, además de la elusión del estilo indirecto libre para la expresión de las reacciones profundas de los personajes, (que acercaría ideológica, o al menos afectivamente, a narrador y personaje) genera — por oposición — la clara expresión de distanciamiento ideológico del narrador con respecto al personaje, del que no asume el discurso mimetizándolo en el suyo.

Desde el punto de vista de la postura perceptual hay que señalar que el texto se limita a la focalización (a), aunque en varios segmentos se opera un fenómeno afín a la focalización (c), pero sin que lleguen a dejar el ámbito de la focalización (a). La focalización (a) se opera en el discurso verbal reproducido de los personajes, así como en los segmentos de narrativización y de relato de sucesos no verbales. En algunos de ellos observamos la inferencia de una reacción interna (que se señalará en cursiva) del coronel Espina ante su interlocutor que semeja la focalización (c): "el coronel contaba las sílabas, *como si su seguridad y desenvoltura se vieran de pronto amenazadas,*" "dijo, *al fin,* Bermúdez, *tan bajo que* el coronel avanzó la cabeza," "el coronel lo observaba *como midiéndolo o adivinándolo,* y *la sonrisita cordial* que había estado flotando en sus labios se esfumó," "sonrió Bermúdez, *pero* el coronel no se rio," "el coronel Espina consideró un momento el efecto de sus palabras, *pero* Bermúdez no había cambiado de expresión," "calló, un gesto de *contrariedad o fatiga o duda o pesar,* torció su boca," "Bermúdez había sacado *otro* cigarrillo."

Como se puede observar en estos últimos ejemplos citados, correspondientes al relato de sucesos no verbales, el empleo de determinados elementos oracionales hace patente la subjetividad que implica toda reacción del narrador; así:

1. el uso afectivo del diminutivo acompañado del artículo determinado ("la sonrisita") denota proximidad y experiencia, conocimiento con respecto al objeto o sujeto de la percepción ;

2. la utilización reiterada de la conjunción adversativa ("pero") contrapone las actitudes de los dos personajes, dando una sensación de ruptura con respecto a lo expresado en la oración precedente respectiva y sugiriendo lo inesperado de las reacciones de los personajes;
3. el empleo repetido de la conjunción disyuntiva ("o") denota más que una contraposición entre sentimientos, la suma de todos ellos. Este empleo de "o" con valor copulativo — en lugar de la predecible conjunción "y" — parece indicar, de esta forma, cierta inseguridad en el sujeto cuyas reacciones se describen;
4. del mismo modo, con el uso de la oración adverbial modal ("[lo observaba] como midiéndolo o adivinándolo"), que describe la percepción que tiene el coronel de Cayo Bermúdez se obtiene un efecto de conjetura e incertidumbre reforzado, de nuevo, por la conjunción "o."

Como se desprende de lo analizado desde el punto de vista perceptual, el empleo predominante de la focalización externa, apenas modificado por las escasas interferencias de un fenómeno afín a la focalización interna, que operan sólo a un nivel muy superficial, expresa una visión prácticamente externa de la escena observada. Esto conlleva un distanciamiento y sugiere una falta de aprobación por parte del narrador-autor implícito hacia ambos personajes, especialmente Cayo Bermúdez y lo que éste representa en el texto.

Los efectos de distanciamiento axiológico del personaje que resultan del uso de la postura frásica y perceptual por parte del narrador-autor implícito se extienden, en realidad, a la oligarquía, el grupo social con el que

habrá de lidiar Cayo Bermúdez en su nuevo puesto. Esto se evidencia al considerar la situación política del país y el papel que Cayo Bermúdez desempeñará con respecto a ésta. En efecto, en el fragmento objeto de nuestro estudio se revela la situación política del Perú de los primeros días del régimen del general Odría y se hacen alusiones explícitas e implícitas al gobierno precedente de Bustamante. Así, cuando Espina habla de los intereses de periódicos como "la Prensa" y "el Comercio," o de los intereses de la Sociedad Agraria, de los exportadores y compañías peruanas como la Cerro, o los de norteamericanas como la International, se refiere, por supuesto, a los intereses de la oligarquía, el grupo más poderoso del país a nivel económico, y, consecuentemente, el de mayor control sobre los hilos políticos que mueven el Perú. Cayo hace referencia también, a lo largo de la conversación, al poder del ejército — de hecho, Odría sube al poder mediante golpe militar — y, por extensión, al papel de las fuerzas armadas en el país. Las altas esferas del ejército, asimismo, están íntimamente relacionadas con la oligarquía, pues ésta las maneja de acuerdo con sus intereses. Pero quizás, lo más significativo de toda la conversación sea esa política de beneficios e intereses de los grupos de poder peruanos que aflora en boca de los personajes y que se expone, además, como un canon tradicionalmente reconocido y aceptado. Éste se condiciona, en efecto, a la satisfacción de un juego de intereses encadenados. Así se manifiesta sintéticamente en algunas frases del diálogo:

—Los exportadores, los antiapristas, los gringos y además el ejército —dijo Bermúdez—.

La platita y la fuerza. No sé de qué se puede quejar Odría. No se puede pedir más.

—El Presidente conoce la mentalidad de estos hijos de puta —dijo el coronel Espina—. Hoy te apoyan, mañana te clavan un puñal en la espalda.

Cayo Bermúdez, se muestra desde el inicio de la conversación irónico respecto al nuevo régimen y a su estabilidad, subordinada a los intereses que lo rodean. El hecho de que Espina, basándose en el conocimiento que tiene del carácter de Bermúdez, le ofrezca el cargo de la Dirección de Gobierno para que vele por la seguridad que necesita el régimen, muestra tácitamente lo que será una de las características fundamentales de Cayo Bermúdez, corroborada a medida que avance la novela: su maquiavelismo, su inagotable capacidad de intriga. Espina parece consciente de que Cayo Bermúdez sabrá contrarrestar eficazmente — empleando las mismas armas — las traiciones e insidias de que el nuevo gobierno va a ser objeto por parte de quienes han colocado al general Odría en el poder.

Es ante estos rasgos axiológicos — tan presentes, pues, en Bermúdez, como en el grupo social, la oligarquía, del que él será la contrapartida — ante los cuales el narrador-autor implícito muestra el distanciamiento axiológico que se ha visto manifestado a través de su empleo de las posturas frásica y perceptual.

CAYO BERMÚDEZ. COMENTARIO II.

MIENTRAS el auto bajaba por la carretera central, él leía papeles, subrayaba frases, anotaba los márgenes. El sol desapareció a la altura de Vitarte, la atmósfera gris se fue enfriando a medida que se acercaban a Lima. Eran ocho y treintaicinco cuando el auto paró en la Plaza Italia y Ambrosio bajó corriendo a abrirle la puerta: que Ludovico estuviera a las cuatro y media en el Club Cajamarca, Ambrosio. Entró al Ministerio, los escritorios estaban vacíos, tampoco había nadie en Secretaría. Pero el doctor Alcibiades estaba ya en su mesa, revisando los diarios con un lápiz rojo entre los dedos. Se puso de pie, buenos días don Cayo, y él le alcanzó un puñado de papeles: estos telegramas de inmediato, doctorcito. Señaló la Secretaría, ¿no sabían las damas ésas que tenían que estar aquí a las ocho y media?, y el doctor Alcibiades miró el reloj de la pared: sólo eran ocho y media, don Cayo. Él se alejaba ya. Entró a su oficina, se quitó el saco, se aflojó la corbata. La correspondencia estaba sobre el secante: partes policiales a la izquierda, telegramas y comunicados en el centro, a la derecha cartas y solicitudes. Acercó la papelera con el pie, comenzó con los partes. Leía, anotaba, separaba, rompía. Terminaba de revisar la correspondencia cuando sonó el teléfono: el general Espina, don Cayo ¿está usted? Sí, sí estaba, doctorcito, pásemelo. (222-23)

EL PRESENTE TEXTO TIENE como marco el capítulo primero de la segunda parte de *Conversación*. En este capítulo se puede observar un mecanismo de estructuración narrativa que posee una gran sistematicidad. La disposición del capítulo es simétrica. Se divide en cuatro partes, cada una de las cuales serían, a su vez, subdivisibles en tres, correspondiendo a Amalia, Cayo Bermúdez y Santiago Zavala, respectivamente y por este orden.

El fragmento escogido para nuestro análisis es el segundo de la segunda parte del capítulo y corresponde a Cayo Bermúdez. El antecedente inmediato sobre este personaje en el capítulo se refiere al despertar de Cayo Bermúdez

en su casa y a sus costumbres matutinas diarias antes de dirigirse a su oficina en el Ministerio. El narrador nos presenta al personaje usando, predominantemente, el relato de sucesos no verbales, y no alguna postura o posturas frásicas, y, desde el punto de vista perceptual, con focalización externa e interna simultáneamente, si bien esta última penetra sólo a un nivel muy superficial en el personaje, captando algunas de sus sensaciones, pero sin ahondar en detalles.

Este fragmento continúa argumentalmente — dentro del capítulo — al anterior sobre el mismo personaje. Cayo Bermúdez es conducido por Ambrosio, su chófer por aquel entonces — posteriormente, Cayo se lo traspasará a don Fermín Zavala, consciente del interés que Ambrosio despierta en el oligarca —, al Ministerio. Cayo Bermúdez entra en la oficina y se encuentra con el doctor Alcibiádes, su secretario personal, cruzan unas palabras, Cayo le da unas órdenes y se acomoda en su despacho, donde comienza su jornada atendiendo la correspondencia, hasta que es interrumpido por una llamada telefónica del que fuera su superior y la persona que le propuso para que ocupase el cargo de la Dirección de Gobierno, el general Espina, su antiguo amigo y compañero de colegio, destituido recientemente de su función como Ministro de Gobierno de Odría.

Con respecto a la postura frásica del narrador ante el discurso del personaje, habría que señalar la prácticamente generalización del relato de sucesos no verbales en el texto, que se aprecia desde el inicio del fragmento:

MIENTRAS el auto bajaba por la carretera central, él leía papeles, subrayaba frases, anotaba los márgenes. el sol desapareció a la altura de Vitarte, la atmósfera gris se fue enfriando a medida que se iban acercando a Lima. Eran ocho y treintaicinco cuando el auto paró en la Plaza Italia y Ambrosio bajó corriendo a abrirle la puerta.

Encontramos también algunos rasgos — pocos y muy concretos — de estilo indirecto libre en el relato de sucesos no verbales, (que se señalarán en cursiva): "Entró al Ministerio, los escritorios estaban vacíos, *tampoco* había nadie en Secretaría. *Pero* el doctor Alcibíades estaba *ya* en su mesa, revisando los diarios con un lápiz rojo entre los dedos." Es importante, además, la presencia del discurso oral reproducido de los personajes, que junto con el relato de sucesos no verbales — en el que se inserta — configuran la postura frásica del texto prácticamente en su totalidad. Los casos de discurso oral del personaje transpuestos al discurso del narrador mediante estilo indirecto libre corresponden a la orden que Cayo Bermúdez da a su chófer, en primer lugar — "que Ludovico estuviera a las cuatro y media en el Club Cajamarca" —, y al diálogo entre aquél y el doctor Alcibíades, posteriormente, si bien es con éste último con quien establece brevísimos diálogos, principalmente dándole órdenes y expresándole alguna queja. En algunos de estos casos se funde, incluso, el estilo indirecto libre con el discurso reproducido de los personajes: "¿no sabían las damas ésas [secretarias] que tenían que estar aquí a las ocho y media? ... sólo eran ocho y media, don Cayo;" "el general Espina, don Cayo ¿está usted? Sí, sí estaba, doctorcito, pásemelo."

Parece claro que — con respecto a la postura frásica — el uso del estilo indirecto libre, que opera sólo a un nivel muy superficial en los personajes, junto con el uso abundante del relato de sucesos no verbales, que implica objetividad, y unido al discurso reproducido de los personajes — especialmente en Cayo Bermúdez —, que el narrador transcribe, nos sugiere que el narrador no asume al personaje y no se responsabiliza de su discurso, en el que se transmiten rasgos de su psicología y axiología, con los que el narrador no se compromete.

En cuanto a la postura perceptual, encontramos predominio prácticamente absoluto de focalización (a) en el relato de sucesos no verbales, en los fragmentos de discurso oral en estilo indirecto libre y en el discurso reproducido de los personajes. La única matización que cabría hacer es en relación a los pocos rasgos de estilo indirecto libre que interfieren en el relato de sucesos no verbales del narrador y que se señalaron antes — "tampoco," "pero" y "ya" — con respecto a la postura frásica. Dichos rasgos, que mimetizan el discurso del personaje en el discurso del narrador, añaden un matiz de subjetividad y conllevan una focalización externa mediatizada por la percepción del personaje, por tanto la focalización es (c). En efecto, el personaje entra en el Ministerio y observa que no hay nadie ocupando los escritorios, a continuación comprueba con irritación ("tampoco") que también las mesas de las secretarías están desocupadas, aun cuando se supone que por la hora que es, en esos momentos deberían estar ocupando sus puestos en la oficina — como explicita más abajo al mostrar su queja a su secretario, el doctor Alcibíades —, aunque, a continuación se produce un

alivio en él ("pero") al constatar que, al menos, Alcibíades sí es un profesional que se incorpora con tiempo más que suficiente ("ya") a su trabajo. Se observan, pues, en el personaje de Cayo Bermúdez algunas reacciones internas — que se proyectan en su discurso — ante lo percibido externamente, esto es, asombro y enfado por la impuntualidad y falta de seriedad de los funcionarios ministeriales, primero, y, calma, posteriormente — y como contraste —, por la fidelidad y formalidad de su secretario en el trabajo. Estos rasgos de estilo indirecto libre tienen como consecuencia la producción de una mediatización — reducida a la mínima expresión en este texto — de la focalización a través del personaje.

La postura perceptual, en definitiva, con el uso predominante de focalización externa (a), correspondiente — desde el punto de vista frásico — al relato de sucesos no verbales y al discurso oral de los personajes, vendría a corroborar la conclusión obtenida en el análisis de la postura frásica. Efectivamente, hay en el texto un distanciamiento ideológico y afectivo muy claros entre el narrador-autor implícito y el personaje de Cayo Bermúdez, o, lo que es lo mismo, en la postura ideológica del narrador-autor implícito con respecto al personaje, debidos a la combinación de la elusión del estilo indirecto libre que transpusiera la interioridad profunda del personaje y el uso de la focalización externa.

Además de las consideraciones hechas hasta el momento, desde el punto de vista del contenido el texto pone especialmente de manifiesto los aspectos de la personalidad de Cayo Bermúdez que conciernen a la labor que

desempeña para el gobierno, así como a las relaciones de este personaje con sus subordinados. En efecto, desde el inicio se nos presenta a nuestro personaje afanado en sus funciones mientras es conducido al Ministerio, "él leía papeles, subrayaba frases, anotaba los márgenes." A su llegada al Ministerio, y al despedir a su chófer, Cayo emitirá una orden. Ésta será la tónica que marcará su discurso en las pocas ocasiones en que se pronuncia a lo largo del fragmento, así como su posición jerárquica con respecto a sus inferiores.

En el primer caso nos referíamos a la orden seca con que despedía a Ambrosio, momentos más tarde lo será en relación a los términos despectivos con que hará alusión a las secretarias — "las damas ésas" —, en que el uso del demostrativo pospuesto al sustantivo confiere a la frase un marcado matiz de desdén — que se refuerza y acentúa en el marco contextual —, para terminar con el tratamiento que dispensa al doctor Alcibíades, su mano derecha y un señor con un cargo serio y una reputación importante en el Ministerio. Con respecto a este último caso se observa que, si bien Ambrosio bajaba "corriendo" para abrirle la puerta del coche, por el temor que, probablemente, le causaba Cayo, el doctor Alcibíades se pone "de pie" ante la presencia de su superior, saludándole y tratándole con todo respeto. Lo que Alcibíades obtendrá por respuesta, sin embargo, — "y él le alcanzó un puñado de papeles: estos telegramas de inmediato, doctorcito" — será tan sólo una fría orden, acompañada de un gesto hosco y un tratamiento que más que revelar afectividad por el uso del diminutivo, resulta en lo contrario. El empleo aquí del apelativo por parte de Cayo Bermúdez parece vejar a

Alcibíades o, al menos, subrayar la jerarquía del Director de Gobierno frente a su subordinado, al que se volverá a dirigir usando el mismo término al final del texto, "sí, sí estaba, doctorcito, pásemelo."

Volviendo al momento del encuentro entre Cayo Bermúdez y el doctor Alcibíades en la oficina del Ministerio, es importante notar la función que este último está desempeñando: "el doctor Alcibíades estaba ya en su mesa, revisando los diarios con un lápiz rojo entre los dedos." En efecto, no se trata sino de una labor de control de las noticias publicadas en los diarios, típica, por otra parte, de un gobierno de dictadura como la ejercida por el general Odría en el Perú de la época, que sirve de telón de fondo — y a veces ocupa un primer plano — de la novela. El gerundio del tiempo progresivo "estaba revisando," unido al adjetivo "[lápiz] rojo," son los elementos oracionales que remiten — de forma metonímica este último sintagma — al control y censura de las noticias aparecidas en los medios de comunicación, amenazados por la "Ley de Seguridad Interior" (véase el capítulo I). El artífice de toda esta labor de control y vigilancia de la seguridad del régimen, a la que se alude al final del texto, fue el Director de Gobierno y, posteriormente, Ministro de Gobierno durante la presidencia de Odría, Alejandro Esparza Zañartu, encarnado en la novela en el personaje de Cayo Bermúdez.

La postura ideológica del narrador-autor implícito ante este personaje que veíamos emanar del tratamiento narrativo se justifica más fundamentadamente a la luz de estas consideraciones. En efecto, en este comentario han quedado corroborados el uso de los mismos fenómenos de postura frásica y perceptual que observábamos en el análisis del texto anterior

para la expresión de la postura ideológica del narrador ante el personaje de Cayo Bermúdez.

SANTIAGO ZAVALA. COMENTARIO I.

¿Había sido ese segundo año, Zavalita, al ver que no bastaba aprender marxismo, que también hacía falta creer? A lo mejor te había jodido la falta de fe, Zavalita. ¿Falta de fe para creer en Dios, niño? Para creer en cualquier cosa, Ambrosio. La idea de Dios, la idea de un «puro espíritu» creador del universo no tenía sentido, decía Politzer, un Dios fuera del espacio y del tiempo era algo que no podía existir. Andabas con una cara que no es tu cara de siempre, Santiago. Era preciso participar de la mística idealista y por consiguiente no admitir ningún control científico, decía Politzer, para creer en un Dios que existiría fuera del tiempo, es decir que no existiría en ningún momento y que existiría fuera del espacio, es decir que no existiría en ninguna parte. Lo peor era tener dudas, Ambrosio, y lo maravilloso poder cerrar los ojos y decir Dios existe, o Dios no existe, y creerlo. Se había dado cuenta que a veces hacía trampas en el círculo, Aída: decía creo o estoy de acuerdo y en el fondo tenía dudas. Los materialistas, apoyados en las conclusiones de las ciencias, decía Politzer, afirmaban que la materia existía en el espacio y en un momento dado (en el tiempo). Cerrar los puños, apretar los dientes, Ambrosio, el Apra es la solución, la religión es la solución, el comunismo es la solución, y creerlo. Entonces la vida se organizaría sola y uno ya no se sentiría vacío, Ambrosio. Él no creía en los curas, niño, y no iba a misa desde que era criatura, pero sí creía en la religión y en Dios, ¿acaso todos no tenían que creer en algo, niño? Por consiguiente, el universo no había podido ser creado, concluía Politzer, ya que hubiera sido preciso a Dios para poder crear el mundo un momento que no había sido ningún momento (puesto que para Dios el tiempo no existía) y hubiera sido preciso, también, que el mundo saliera de nada: ¿y eso te preocupaba tanto, Zavalita? decía Aída. Y Jacobo: si de todas maneras había que empezar creyendo en algo, preferible creer que Dios no existe a creer que existe. Santiago también lo prefería, Aída, él quería convencerse que era cierto lo que decía Politzer, Jacobo. Lo que lo angustiaba era tener dudas, Aída, no poder estar seguro, Jacobo. (117-18)

EL TEXTO QUE NOS OCUPA es un fragmento del capítulo sexto de la parte primera de *Conversación*. El pasaje debe ser enmarcado parcialmente en la conversación base que rige el argumento de la novela, en que Santiago dialoga con Ambrosio, antiguo chófer de su padre, en un garito de los suburbios periféricos de Lima, llamado La Catedral. En los antecedentes

inmediatos a nuestro texto, Santiago conversa con Ambrosio de su padre, don Fermín, sobre el que trata de obtener información del que fuera su chófer y amante, intentando aclarar dudas, alejar fantasmas y remordimientos que han quedado en él después de la repentina muerte que sobrevino a su padre. A lo largo de la conversación se refieren al ingreso de Santiago en San Marcos, hecho que fue interpretado por don Fermín como el causante de que se operase un cambio negativo en su hijo, así como de que la relación paterno-filial se rompiese (114-15). A partir de aquí se enlaza con la vida de estudiante sanmarquino del pequeño de los Zavala por aquellos años, que es rememorada por el propio Santiago. Éste recuerda su relación de amistad con Aída y Jacobo, jóvenes compañeros suyos de la Universidad, y cómo surgió la creación del círculo marxista — Cahuide —, la militancia política en contra del sistema de dictadura establecido por Odría, y, como consecuencia, la clandestinidad.

En el fragmento a analizar se mezclan la conversación de Santiago con Ambrosio en La Catedral, el recuerdo que vivifica Santiago de las conversaciones con Aída y Jacobo, cuando los tres eran inseparables en aquellos primeros años universitarios, evocaciones de fragmentos de una obra de Politzer, y apelaciones del protagonista a sí mismo ("Zavalita") como respuesta a las evocaciones de tales experiencias. Santiago reflexiona en parte abiertamente, dirigiéndose a Ambrosio, en parte silenciosamente, dirigiéndose a sí mismo, sobre la que él cree una posible causa de su frustración vital, humana: la carencia de fe, de una ideología política o religiosa, que le hubiese servido de punto de referencia y apoyo en su

adolescencia, en un momento de cambio y evolución, en el que se plantean cuestiones y surgen, entre otras, dudas ligadas a la existencia de Dios, y la génesis del mundo.

Desde el punto de vista frásico, tenemos, en primer lugar, generalización de discurso oral, o bien reproducido, o bien transpuesto en estilo indirecto libre. Así se advierte en el diálogo que Santiago y Ambrosio mantienen (marcado en el caso de este último por el apelativo "niño," con el que se dirige y refiere a Santiago, de igual forma que lo hiciera muchos años atrás cuando él era chófer del padre de Santiago y éste sólo un jovencito): "¿Falta de fe para creer en Dios, niño? Para creer en cualquier cosa, Ambrosio," ... "él no creía en los curas, niño, y no iba a misa desde que era criatura, pero sí creía en la religión y en Dios, ¿acaso todos no tenían que creer en algo, niño?." También en los fragmentos de una de sus conversaciones con Aída y Jacobo en sus tiempos de universitario sanmarquino, que Santiago trae al presente: "él quería convencerse que era cierto lo que decía Politzer, Jacobo. Lo que lo angustiaba era tener dudas, Aída, no poder estar seguro, Jacobo." En segundo lugar, se advierte la presencia de discurso mental reproducido en el monólogo interior de Santiago — "¿Había sido ese segundo año, Zavalita, al ver que no bastaba aprender marxismo, que también hacía falta creer? A lo mejor te había jodido la falta de fe, Zavalita" —, así como en las ideas que reproduce del ideólogo Politzer — "la idea de Dios, la idea de un 'puro espíritu' creador del universo no tenía sentido, decía Politzer, un Dios fuera del espacio y del tiempo era algo que no podía *existir*," "era preciso participar de la mística idealista y por consiguiente no admitir

ningún control científico, decía Politzer, para creer en un Dios que existiría fuera del tiempo, es decir que no existiría en ninguna parte," etc.

El discurso mental reproducido permite revelar al personaje en toda su autenticidad y complejidad, transido por su conflicto ideológico y emocional. Esa misma imagen del personaje es refrendada mediante el discurso oral (reproducido o en estilo indirecto libre), en las relaciones sociales del personaje, tanto en las conversaciones del pasado con Aída y Jacobo como en la conversación presente con Ambrosio en La Catedral. El lector puede, así, contemplar al personaje muy de cerca, expuesto en toda su vulnerabilidad.

Desde el punto de vista perceptual, la posturas frásicas dominantes son principalmente (d) y (b) en relación con ella; en segundo lugar (a). Por lo que respecta a la focalización que Santiago realiza desde el momento de La Catedral hacia el pasado, al situarse retroactivamente en su segundo año universitario y recordar desde su presente la militancia en el grupo marxista, su falta de ideología política o religiosa, las charlas con Aída y Jacobo, en que se sinceraba y exponía sus dudas, y la puesta en común de ideas y opiniones entre ellos tres, la focalización dominante es (d), ya que tenemos la focalización interna mediatizada por Santiago de todo ese cúmulo de sucesos acaecidos en el pasado desde su óptica presente.

En cuanto al discurso mental reproducido de Santiago, en respuesta a los objetos de la focalización (d), en que se interroga sobre el momento en que probablemente comenzó su infelicidad, la focalización es (b), por cuanto que penetramos en la mente de Santiago y se nos presentan sus pensamientos directamente. Igual sucede en relación a las teorías filosóficas de Politzer que

se intercalan autónomamente en el texto. Efectivamente, éstas no funcionan sino como flashes de una supuesta exposición de un capítulo de la obra de Politzer *Lecciones elementales de Filosofía*, que Santiago preparó para sus compañeros del círculo y que ahora vienen a la mente del personaje, al recuerdo de Santiago, en ese repaso interior por los acontecimientos que pudieron marcar su vida, destinándole al fracaso. Dichas teorías estarían conectadas a la angustia que embarga al personaje en el momento en que se produce la conversación con Ambrosio en La Catedral, así como asociadas al recuerdo de las tertulias que Santiago tenía con sus inseparables compañeros, Aída y Jacobo, durante su período en la Universidad. Finalmente, hay focalización (a) en el discurso verbal reproducido de Santiago con Ambrosio, de una parte, y con Aída y Jacobo, de otra.

En la postura perceptual usada en el texto, por consiguiente, hay predominio de focalización interna, ya en las reacciones presentes de Santiago o en su reproducción mental de los fragmentos de Politzer (b), ya en el recuerdo de los sucesos del pasado (d). Esto no vendría aquí sino a hacerse eco del actual estado ideológico y emocional del personaje, estableciendo, además, referencias a dos momentos de su vida, la primera, al momento actual de la conversación con Ambrosio en La Catedral, conversación base de toda la novela, y de rememoración de su pasado; la segunda, a uno de los momentos de su pasado que ahora vivencia como factor decisivo de su estado actual. En ambas situaciones se nos presenta un personaje atormentado tanto en sus cuestionamientos ideológicos y sus reacciones emocionales internas — como se demuestra en su discurso interior — como en sus relaciones externas (con

otros personajes). Volvemos a encontrar aquí, pues, los mismos efectos que encontraríamos en el análisis de la postura frásica, que quedan corroborados al mostrarse el personaje abiertamente, en toda su desnudez.

Por otra parte, y al margen del análisis de conceptos narratológicos, el planteamiento del que se podría partir al intentar abordar un análisis de este texto, sería, sin duda, el de la consciencia de insatisfacción y fracaso que caracteriza, de manera especial, a Santiago Zavala. Este sentimiento del personaje se hace extensible en la novela a los que le rodean y al mismo Perú. En efecto, desde las primeras líneas de *Conversación* (13) tenemos la oportunidad de contemplar a este personaje cuestionándose acerca de los sucesos que pudieron provocar su frustración, de los momentos en que su vida "se jodió." La pregunta que al respecto se dirigirá Santiago en múltiples ocasiones a lo largo de la novela, y al hilo de los diferentes sucesos y momentos de su vida que irá recordando, servirá de *leitmotiv* para dar unidad a la obra.

Nuestro texto comienza con una pregunta que enlaza con los otros pasajes de la novela en que el personaje, interiormente, continúa en su afán de búsqueda del momento y el hecho causante de su vacío existencial: "¿Había sido ese segundo año, Zavali'a, al ver que no bastaba aprender marxismo, que también hacía falta creer?." Con este interrogante Santiago nos remite al inicio de los cincuenta, cuando cursaba el segundo año académico en San Marcos y junto con sus compañeros del grupo marxista comienza a leer e interpretar las doctrinas políticas y filosóficas, pero sin que

se operase en él un cambio significativo de ideología. Aprende de esas lecturas y de los coloquios que sobre ellas mantiene con sus amigos del círculo, pero no llega a cuajar en él el marxismo, aunque tampoco consigue despertar la fe religiosa — a pesar de sus grandes deseos de adherirse a una doctrina ideológica o religiosa que le marcara unas directrices vitales — y comienza a tener dudas, y éstas le crean un estado de angustia, de inseguridad, provocados por esa falta de convicción que le atormenta:

lo peor era tener dudas, Ambrosio, y lo maravilloso poder cerrar los ojos y decir Dios existe, o Dios no existe, y creerlo ... cerrar los puños, apretar los dientes, Ambrosio, el Apra es la solución, la religión es la solución, el comunismo es la solución, y creerlo. Entonces la vida se organizaría sola y uno ya no se sentiría vacío, Ambrosio.

Vemos, además, cómo en cada una de las frases de la cita anterior hay una apelación de Santiago a su interlocutor, Ambrosio. En este caso se trataría de un diálogo entre los dos personajes en el tiempo presente, en La Catedral, a diferencia de los momentos discursivos en que Santiago apela a Aída o a Jacobo en el texto:

se había dado cuenta que a veces hacía trampas en el círculo, Aída: decía creo o estoy de acuerdo y en el fondo tenía dudas ... ¿y eso te preocupaba tanto, Zavalita? decía Aída. Y Jacobo: si de todas maneras había que empezar creyendo en algo, preferible creer que Dios no existe a creer que existe. Santiago también lo prefería, Aída, él quería

convencerse que era cierto lo que decía Politzer, Jacobo. Lo que lo angustiaba era tener dudas, Aída, no poder estar seguro, Jacobo

En dicho momento el personaje habría de situarse en el plano del recuerdo, evocando las conversaciones mantenidas en la intimidad con sus compañeros de entonces, y al término de las reuniones-coloquio comunes con los otros compañeros de la Federación — como queda de manifiesto en las líneas inmediatamente anteriores a nuestro fragmento (117) —, en el momento en que quedaban los tres a solas, más en confianza, y continuaban discutiendo sobre los temas que más les interesaban.

Conectado con lo que se acaba de mencionar sería necesario notar en nuestro fragmento el uso especial del procedimiento de los vasos comunicantes, es decir el que se basa en la simultaneidad de narración de historias pasando conscientemente de una a otra para obtener el efecto de que todas ellas se influyen y complementan mutuamente. Así — como ya se ha apuntado — nos encontramos, por un lado, con el discurso interior de Santiago, marcado por el uso repetitivo de "Zavalita;" además de la conversación que Santiago mantiene en el plano real con Ambrosio en La Catedral, marcada por la apelación constante a éste. Los efectos de dicha conversación se traducen en el acercamiento afectivo de Santiago a su interlocutor, y en la creación un clima de confianza, a la vez que es reveladora del estado anímico del personaje. Y por otro lado, tenemos las referencias a una de las conversaciones que Santiago sostuvo en el pasado con Aída y Jacobo, así como ideas recogidas del libro de Georges Politzer, *Lecciones*

elementales de filosofía. Estas ideas se añaden como pinceladas que se intercalan en el texto, viniendo a funcionar como un elemento que se conecta con las reuniones que el círculo celebraba, y en las que cada uno de los estudiantes preparaba y exponía un capítulo del libro de Politzer, a lo que seguía una discusión (116).

Con el uso de los vasos comunicantes se pueden conectar también diferentes niveles de realidad, por ejemplo. En un nivel objetivo se podrían situar, por un lado, las conversaciones que ocurren entre Santiago y Ambrosio en el antro La Catedral, y, por otro lado, la que ocurre entre Santiago y Aída y Jacobo — probablemente tras una de sus reuniones con los otros miembros del círculo marxista —, pues el relato que nos ofrece el narrador se reduce a lo puramente objetivo, es decir, a lo verbal y visual. Sin embargo, no ocurre lo mismo en el nivel subjetivo, cuando penetramos en el personaje de Santiago Zavala, de cuyos pensamientos y sentimientos se nos hace partícipes, revelándose el personaje en toda su intimidad a través de su discurso interior.

Esa intimidad del personaje a la que hacemos referencia es la perspectiva que domina el fragmento comentado. La crisis ideológica de Santiago (en infructuosa búsqueda del momento en que su vida "se jodió," *leitmotiv* de la obra entera) es patéticamente reflejada a través de un permanente vaivén temporal. La simultaneidad de los tiempos pasado y presente — obtenida mediante la técnica de los vasos comunicantes — es reflejo fiel de una inquietud constante que lleva a "Zavalita" de un presente desasosegado — su conversación en La Catedral con Ambrosio — a un pasado

difuso — quizás su época universitaria — en el cual, en un momento dado, "se jodió" su vida para siempre.

SANTIAGO ZAVALA. COMENTARIO II.

Salió del cafetín, bajó por la avenida hasta el Malecón, y en vez de tomar la escalera que descendía hacia el Regatas, siguió por la pista, despacio, distraído, piensa asombrado de lo que acababas de hacer. Veía allá abajo las dos playitas vacías del Club. La marea estaba alta, el mar se había comido la arena, las olitas rompían contra los diques, algunas lenguas de espuma lamían la plataforma ahora desierta donde en verano había tantas sombrillas y bañistas. ¿Cuántos años que no te bañabas en el Regatas, Zavalita? Desde antes de entrar a San Marcos, cinco o seis años que ya entonces parecían cien. Piensa: ahora mil.

—Claro que me acuerdo, niño—dice Ambrosio—.El día que usted se amistó con su papá.

¿Estaban construyendo una piscina? En la cancha de basquet, dos hombres en buzos azules tiraban a la canasta; la poza donde se entrenaban los bogas parecía seca, ¿seguía siendo boga el Chispas en esa época? Ya eras un extraño para la familia, Zavalita, ya no sabías cómo eran tus hermanos qué hacían, en qué y cuánto habían cambiado. Llegó a la entrada del Club, se sentó en el poyo que sujetaba la cadena, también la garita del guardián estaba vacía. Podía ver Agua Dulce desde allí, la playa sin carpas, los quioscos cerrados, la neblina que ocultaba los acantilados de Barranco y Miraflores. En la playita rocosa que separaba Agua Dulce del «Regatas», los cholos de la gente diría la mamá piensa, había unos botes varados, uno de ellos con el cascarón enteramente agujereado. Hacía frío, el viento le revolvía los cabellos y sentía un gusto salado en los labios. Dio unos pasos por la playita, se sentó en un bote, encendió un cigarrillo: si no me hubiera ido de la casa no hubiera sabido nunca, papá. Las gaviotas volaban en círculos, se posaban un instante en las rocas y partían, los patillos se zambullían y a veces emergían con un pescadito casi invisible retorciéndose en el pico. El color verde plomizo del mar, piensa, la espuma terrosa de las olitas que se despedazaban en las rocas, a veces divisaba una colonia brillante de malaguas, madejas de muimuis, nunca debí entrar a San Marcos papá. No llorabas, Zavalita, no te temblaban las piernas, vendría y te portarías como un hombre, no correrías a echarte en sus brazos, dime que es mentira papá, dime que no es cierto papá. (402-03)

EL FRAGMENTO OBJETO DE NUESTRO ESTUDIO debe ser encuadrado dentro del capítulo primero de la tercera parte de *Conversación*. Este capítulo comienza en la redacción de *La Crónica*, en el momento en que llega la noticia del

asesinato de la Musa, es decir, de Hortensia, la amante de Cayo Bermúdez. Santiago Zavala es mandado a cubrir el reportaje del homicidio y en el periódico deciden investigar y dedicar la página central a la información que — referida al caso — se vaya obteniendo durante la aclaración de los hechos. En el curso de la investigación sobre el caso de la Musa, las pesquisas conducen a los periodistas que están destinados a investigarlo — y entre ellos a Santiago — hasta el "bulín" ('prostíbulo') de Ivonne, donde trabajaba Queta, que fuera íntima amiga y amante ocasional de Hortensia. Tras interrogarla los periodistas, Queta cuenta lo que sabía sobre Hortensia y la relación de chantaje que mantenía con "Bola de Oro" — don Fermín Zavala, del que la Musa conocía su relación íntima con Ambrosio, chófer del rico oligarca —, por eso, Queta conjetura que fue Ambrosio, convencido por su patrón, el autor del crimen. Es en ese momento cuando Santiago se entera de la historia que toda Lima ya sabía sobre la relación homosexual de su padre y el chófer, y se derrumba moralmente.

Desde el inicio del capítulo hay referencias a la conversación base de la novela, entre Santiago y Ambrosio en La Catedral. En éstas Santiago le está contando — haciéndose el inocente — a Ambrosio el homicidio de Hortensia y le hace preguntas indirectas — intentando averiguar si su padre estuvo realmente implicado en el asesinato o no — de las que aquél, por miedo a ser descubierto, niega saber las respuestas. Además de las alusiones a la conversación base que rige la novela entre Santiago y Ambrosio, hay múltiples referencias a la conversación entre Santiago y Carlitos, su colega de *La Crónica*, a quien cuenta toda la información que se da en el capítulo.

En los antecedentes inmediatos al texto, y al hilo del diálogo que sostiene Santiago con Carlitos, aquél — que no ha visto a su padre durante años después de marcharse de casa — muestra su rechazo a volver a verlo y el miedo — “burgués,” según la acusación que Carlitos hace a Santiago — a que la noticia se publique en el diario (399-400). Estas actitudes del más pequeño de los Zavala serán importantes por el significado que tienen y por lo que habrá de suceder después. En efecto, y a pesar de la repulsa y conmoción que ‘a priori’ se provocan en Santiago, éste se pondrá casi de inmediato en contacto con su padre, con quien organiza una cita urgente. Es justo en los momentos preliminares al encuentro entre ambos — mientras Santiago se encamina al lugar fijado para la cita — cuando se sitúa nuestro fragmento.

Santiago, después de pasar una gran borrachera, ha telefoneado a su padre y se han citado en la puerta del Club Regatas. Mientras se dirige al punto de encuentro, paseando, contempla las inmediaciones del Club y comienza a recordar el tiempo en que solía ir al Regatas a bañarse, el tiempo en que compartía los patrones de vida de su familia, de la alta clase social limeña. Se da cuenta que han pasado años desde que renunciara a su familia y que ésta se torna ya desconocida para él. No puede apartar de su cabeza la idea de que su padre pueda mantener relaciones con Ambrosio y piensa que si no hubiese ingresado en San Marcos quizás todo habría podido ir bien en su vida. Esperando a su padre, se prepara — aun estando completamente deshecho — para mostrarse entero, ser fuerte, y no manifestar signos de debilidad, ni sensiblerías.

Desde el punto de vista frásico predomina en este fragmento un constante uso de discurso mental reproducido. Se trata de una reflexión, de un cúmulo de flashes del pasado, de ideas que le vienen al protagonista a la cabeza al encontrarse en los alrededores del Club Regatas Lima — “¿Cuántos años que no te bañabas en el Regatas, Zavalita? Desde antes de entrar a San Marcos, cinco o seis años,” “ya eras un extraño para la familia, Zavalita, ya no sabías cómo eran tus hermanos, qué hacían, en qué y cuánto habían cambiado,” “no llorabas, Zavalita, no te temblaban las piernas, vendría y te portarías como un hombre, no correrías a echarte en sus brazos, dime que es mentira papá, dime que no es cierto papá” —; dicho club fue uno más de los exponentes que marcaron una etapa de la vida de Santiago, quien aún después de tantos años, continúa asociándolo, inevitablemente, a su familia. En efecto, el discurso reproducido mental de Santiago — “si no me hubiera ido de la casa no hubiera sabido nunca, papá,” “nunca debí entrar a San Marcos, papá” — aflora en él para mostrar su estado de turbación, su deseo, incluso, de no saber; como una muestra de arrepentimiento por haber renunciado a los suyos y a la vida que le correspondía, y que de haber seguido le habría hecho, sin duda, más feliz. Es, en definitiva, una confesión abierta, el reconocimiento expreso — que cree que le es debido a su padre — del error cometido años atrás, a pesar de que en aquellos momentos don Fermín quiso evitarlo y sentenció ante Santiago que “el mundo no es el mundito de San Marcos” (216). También la última frase del texto — “dime que es mentira papá, dime que no es cierto papá” — reproduce el discurso mental de Santiago, que con este ruego desesperado — y tras la reflexión angustiada

durante su espera — vuelve a rondar el pensamiento de las relaciones homosexuales de su padre con Ambrosio, y expresa el dolor y la decepción que provocan en él esta idea.

El narrador, por su parte, se hace explícitamente presente en el texto con el relato de sucesos no verbales, si bien es preciso notar en éste una gran presencia de rasgos generalmente asociados al estilo indirecto libre en marcas que están indudablemente ligadas a la subjetividad del personaje y que serán señaladas en cursiva en los siguientes ejemplos:

Salió del cafetín, bajó por la avenida hasta el Malecón, y en vez de tomar la escalera que descendía hacia el Regatas, siguió por la pista, despacio, distraído, ... Vela allá abajo las dos playitas vacías del Club. La marea estaba alta, el mar se había comido la arena, las olitas rompían contra los diques, algunas lenguas de espuma lamían la plataforma ahora desierta donde en verano había tantas sombrillas y bañistas ...

Llegó a la entrada del Club, se sentó en el poyo que sujetaba la cadena, también la garita del guardián estaba vacía.

En efecto, las marcas léxicas señaladas en los dos ejemplos escogidos corresponden a la visión que Santiago tiene del espacio contemplado y muestran claramente la experiencia que el personaje posee con respecto a esos lugares, a ese paisaje con el que se siente familiarizado desde su infancia; así se demuestra en el uso del artículo determinado delante de palabras que corresponden a espacios o construcciones concretos, que, sin duda, le son

familiares a Santiago ("avenida," "escalera," "pista," "playitas," "diques," "plataforma," "poyo"); la yuxtaposición asindética de secuencias oracionales con estructuras paralelísticas (sujeto + verbo + complementos) en la última parte del primer fragmento ("la marea estaba alta, el mar..."); el uso conversacional de la locución adverbial ("en vez de"); además del uso del diminutivo con un matiz afectivo y de algo que le es muy cercano, muy común al protagonista ("cafetín," "playitas," "olitas"); y de adverbios de tiempo y cantidad ("ahora" y "tantas," respectivamente) que implícitamente establecen una comparación de lo percibido por Santiago en el momento de la contemplación con el recuerdo que guardaba del mismo marco espacial.

La postura frásica, en suma, indica una alta frecuencia en el uso del discurso del personaje transpuesto al discurso del narrador mediante estilo indirecto libre, y gran cantidad de marcas de estilo indirecto libre que interfieren en el relato de sucesos no verbales del narrador. Esto manifiesta, sin lugar a dudas, el acercamiento de que somos objeto — como lectores y de la mano del autor — al personaje de Santiago Zavala. En este caso, con un lector implícito colaborador, el discurso reproducido converge en la producción del mismo efecto, pues nos muestra desnudamente a un ser que se nos revela en su completa y total dimensión humana, con sus dudas, sus miedos y su dolor, pero, sobre todo, también con la fidelidad y el afecto que siente que le debe a su progenitor. Así, a pesar de su repulsa inicial (399), se decide a advertirle de la acusación de Queta a su presunta implicación en el asesinato de Hortensia para que éste se encuentre informado y preparado.

En cuanto al análisis de las posturas perceptuales del texto, habría que señalar el predominio de la focalización interna no mediatizada (b) y la focalización interna mediatizada (d). En efecto, si tenemos en cuenta, una vez más, que la postura frásica se pone al servicio de la postura perceptual, a los ejemplos señalados anteriormente al referirnos al discurso mental reproducido de Santiago y al estilo indirecto libre correspondería 'a priori' la focalización (b) y si acaso (c); pero si consideramos que el suceso que narra el fragmento objeto de nuestro estudio no nos es presentado directamente — en el momento en que acontece —, sino que es recordado por Santiago años más tarde y narrado por éste a Ambrosio, como parte de su larga conversación en La Catedral, entonces debería ser tomado como focalización-sujeto [interna] con objeto interno (d), mediatizada en este caso por Santiago que rememora para Ambrosio el reencuentro con su padre aquel día en el Regatas y de cómo se sentía él ante aquella cita y los hechos que lo provocaron a concertarla. En este caso, incluso los ejemplos más netos de discurso mental reproducido, a los que correspondería focalización (b), o los casos de focalización (a), correspondientes al relato de sucesos no verbales del narrador — aunque ya vimos, al analizar la postura frásica que éstos tenían una abundante interferencia de marcas de estilo indirecto libre, que tendrán como consecuencia la producción de una mediatización de la focalización a través de Santiago — serían considerados (d) al ser englobados como parte del recuerdo que Santiago tiene de aquel suceso. Así, además de los ejemplos citados al tratar la postura frásica, se podría ejemplificar con alguno más:

En la playita rocosa que separaba Agua Dulce del "Regatas," los cholos de la gente diría la mamá piensa, había unos botes varados, uno de ellos con el cascarón enteramente agujereado.

Vemos, en efecto, que "piensa" indicaría, en principio, focalización (b) con respecto al discurso verbal reproducido de doña Zoila Zavala, madre de Santiago — "los cholos de la gente" —, pero al tratarse, como se ha apuntado, de un pensamiento inserto dentro del proceso de recuerdo que realiza en el momento en que se produce el diálogo de Santiago con Ambrosio en La Catedral, habría de ser considerado como (d). Conviene hacer, a continuación, algunas consideraciones acerca del uso del tiempo en el texto. Así, quizás sería oportuno referirnos, de nuevo, a los dos planos temporales latentes en el texto. En efecto, de una parte, "piensa" marca el momento en que Santiago rememora el día en que fijó la cita con su padre para hablar después de tantos años de incomunicación y al hilo de la información que de Queta obtiene en el bulín de Ivonne, de esta manera, los "piensa" que encontramos a lo largo del texto marcan el momento más cercano al presente, el de la conversación de Santiago y Ambrosio en La Catedral; de la otra parte, sin embargo, tenemos que los verbos de ese discurso mental reproducido a que se refieren los "piensa" del fragmento, están enunciados en imperfecto, que será señalado en cursiva — "piensa asombrado de lo que *acababas* de hacer," "¿Cuántos años que no te *bañabas* en el Regatas, Zavalita? Desde antes de entrar a San Marcos, cinco o seis años que ya entonces parecían cien. Piensa: ahora mil," "el color verde plomizo del

mar, piensa, la espuma terrosa de las olitas que *se despedazaban* en las rocas," —, sin embargo, si el narrador nos presentase directamente el discurso interior de Santiago, en el momento en que sucedió — en el pasado —, entonces el discurso reproducido del personaje estaría marcado por los verbos en presente ("acabas," "bañas," "se despedazan"). A esto, además, habría que añadir el contraste de adverbios temporales "entonces," que nos sitúa temporalmente al Santiago que está en el Club Regatas, aguardando a que llegue su padre, y "ahora," que emplaza en el tiempo actual al Santiago que sostiene la conversación con Ambrosio, a quien le narra el suceso de aquel día en el pasado. A su vez, los adverbios de tiempo ("entonces"/"ahora") son auxiliados, respectivamente, por los numerales ("cien"/"mil"), que hacen más clara, si cabe, la percepción que el protagonista tiene con respecto al tiempo que ha pasado desde que él dejase de frecuentar el Club Regatas. En la única frase en que no ocurre completamente así — "en la playita rocosa que *separaba* Agua Dulce del "Regatas," los cholos de la gente diría la mamá piensa, *había* unos botes varados" —, aunque tenemos dos de los verbos en imperfecto en lugar de en presente, como en los ejemplos anteriores, sin embargo tenemos también "diría," que en el discurso mental reproducido de Santiago, de situarse en el presente habría sido "dirá," es decir un futuro de probabilidad que corresponde a un presente; sin embargo, al proyectarse el discurso mental de Santiago hacia el pasado, corresponde el uso del condicional "diría," que según las reglas de probabilidad equivale a un indefinido. La intervención del antiguo chófer de su padre, por otra parte — "claro que me acuerdo, niño —dice Ambrosio—. El día que usted se amistó

con su papá" —, funciona como una llamada de atención al lector con el verbo de la acotación del narrador en presente ("dice") y el indefinido ("amistó") del discurso de Ambrosio, que hace referencia al suceso del pasado.

Incluso el medio natural, el paisaje en que se enmarca la acción y que contempla Santiago, se hace reflejo del estado anímico del personaje:

Hacia frío, el viento le revolvía los cabellos y sentía un gusto salado en los labios.

El color verde plomizo del mar, piensa, la espuma terrosa de las olitas que se despedazaban en las rocas, a veces divisaba una colonia brillante de malaguas, madejas de muimuis, nunca debí entrar en San Marcos papá.

En el primer ejemplo, los fenómenos climáticos — el frío, el viento — contribuyen a acentuar la sensación de malestar que embarga al protagonista, cuya amargura y angustia se manifiestan también físicamente: "sentía un gusto salado en los labios." En el último ejemplo se aprecia, en efecto, que el mar que percibe Santiago no es el mar tranquilo, azul, que inspira calma, a quien lo contempla, sino que provoca y aun acrecienta la desazón por su color y estado de agitación. Esta visión del mar podría muy bien tornarse en imagen del estado emocional en que se encuentra Santiago, quien, como el mar que tiene en frente, se siente atormentado por los sucesos recientes. De igual forma que las olas arrastran a su paso y sacan a flote la tierra que se encuentra en el fondo, Santiago está recuperando, desde lo más profundo, recuerdos de su infancia y adolescencia, pensamientos ligados a su familia y a

su pasado, que lo atormentan con dudas sobre decisiones que un día tomó, y con un fuerte sentimiento de desarraigo familiar. Estos recuerdos, sus pensamientos ligados al pasado vienen a estrellarse con virulencia contra su realidad presente, de igual forma que la tierra dragada por la fuerza del arrastre de las olas, a su paso, al despedazarse en las rocas.

En suma, el hecho de que el narrador siga al personaje muy de cerca en lo que percibe externa e internamente y de que nos lo muestre, indicaría una gran cercanía perceptual e informacional, además de la lograda desde el punto de vista frásico, que tendría como efecto una intensa empatía afectiva, realizada mediante la constante mediatización de la focalización a través del personaje.

AMALIA. COMENTARIO I.

QUÉ distinta, en cambio, la señora Hortensia. Él tan feo y ella tan bonita, él tan seriete y ella tan alegre. No era estirada como la señora Zoila que parecía hablar desde un trono, ni cuando le alzaba la voz la hacía sentirse su inferior. Se dirigía a ella sin poses, como si estuviera hablando con la señorita Queta. Pero, eso sí, se tomaba unas confianzas. Qué falta de vergüenza para ciertas cosas. Mi único vicio son los traguitos y las pastillitas dijo una vez, pero Amalia pensaba su vicio es la limpieza. Veía un poquito de polvo en la alfombra y ¡Amalia el plumero!, un cenicero con puchos y como si viera una rata ¡Carlota, esa porquería! Se bañaba al levantarse y al acostarse, y lo peor, quería que ellas también se pasaran la vida en el agua. Al día siguiente de entrar Amalia a la casita de San Miguel, cuando le llevó el desayuno a la cama, la señora la examinó de arriba abajo: ¿ya te bañaste? No, señora, dijo Amalia, sorprendida, y entonces ella hizo ascos de niña, volando a meterte a la ducha, aquí tenía que bañarse a diario. Y media hora después, cuando Amalia, los dientes chocándole, estaba bajo el chorro de agua, la puertecita del cuarto de baño se abrió y apareció la señora en bata, con un jabón en la mano. Amalia sintió fuego en el cuerpo, cerró la llave, no se atrevía a coger el vestido, permaneció cabizbaja, fruncida. ¿Tienes vergüenza de mí?, se rio la señora. No, balbuceó ella, y la señora se rio otra vez: te estabas duchando sin jabonarte, ya me figuraba; toma, jabónate bien. Y mientras Amalia lo hacía—el jabón se le escapó de las manos tres veces, se frotaba tan fuerte que le quedó ardiendo la piel—, la señora siguió ahí, taconeando, gozando de su vergüenza, también las orejitas, ahora las patitas, dándole órdenes de lo más risueña, mirándola de lo más fresca. Muy bien, así tenía que bañarse y jabonarse a diario y abrió la puerta para salir pero todavía echó a Amalia qué mirada: no tienes por qué avergonzarte, a pesar de ser flaquita no estás mal. Se fue y a lo lejos otra carcajada.

¿La señora Zoila hubiera hecho algo así? Se sentía mareada, la cara ardiendo. Abotónate el uniforme hasta arriba, decía la señora Zoila, no uses la falda tan alta. Después, mientras limpiaban la sala, Amalia le contó a Carlota y ella revolvió los ojos: así era la señora, nada le daba vergüenza, también entraba a veces cuando ella se estaba duchando a ver si se jabonaba bien. (230-31)

PARA LLEVAR A CABO UN ANÁLISIS de este texto, habría que partir, a modo de referencia, del capítulo I de la segunda parte de *Conversación*, del cual es

parte. Este capítulo posee una estructuración caracterizada — como ya se ha apuntado — por el equilibrio y la simetría; en efecto, se divide en cuatro partes, siendo cada una de éstas, a su vez, fragmentadas o divisibles en otras tres, correspondiendo, siempre y por este orden, a los siguientes personajes: Amalia, Cayo Bermúdez y Santiago Zavala.

Así, el texto que ocupa nuestro análisis continúa la visión — iniciada ya en la parte anterior (tercera de este capítulo, 224) — que Amalia tiene con respecto a Cayo Bermúdez, frente a la que nos ofrece de Hortensia, amante de éste y "la señora" de Amalia. Enfrentaba, asimismo, en esa tercera parte su concepción de Cayo Bermúdez y de su antiguo patrón, el oligarca don Fermín Zavala. Las primeras frases, pues, se refieren al contraste Cayo Bermúdez-Hortensia, pero al referirse a esta última, la enlaza con doña Zoila Zavala, su antigua patrona, y surge — esta vez, en relación al trato que de ellas recibe Amalia — la comparación y el contraste entre ambas. A partir de ahí nos hace Amalia una descripción axiológica de Hortensia, con sus vicios: el alcohol y las drogas; y sus manías: la limpieza y la higiene personal, que en opinión de Amalia es el verdadero y más fuerte vicio de su señora. Se nos cuenta, además, la anécdota de cuando Amalia es enviada a la ducha por Hortensia, y se nos dejan entrever a los lectores las verdaderas intenciones que oculta la señora de la casa tras la excusa de la higiene exigida a su personal doméstico. A raíz de este suceso nos damos cuenta de la sencillez e ingenuidad que caracterizan a Amalia y a Carlota, la otra sirvienta; y del modo en que éstas ven las cosas, a pesar de que también manifiestan cierta reprobación hacia la conducta de Hortensia — aun sin dar alcance total a sus

intenciones —, que es comparada de nuevo con doña Zoila, a quien se critica indirectamente.

La postura frásica predominante en el discurso del narrador es el estilo indirecto libre con respecto a Amalia; así, refiriéndose a Hortensia, "No era estirada como la señora Zoila que parecía hablar desde un trono, ni cuando le alzaba la voz la hacía sentirse su inferior. Se dirigía a ella sin poses, como si estuviera hablando con la señorita Queta," "se bañaba al levantarse y al acostarse, y lo peor, quería que ellas también se pasaran la vida en el agua," "la señora siguió ahí, taconeando, gozando de su vergüenza, ... dándole órdenes de lo más risueña, mirándola de lo más fresca." También es frecuente la reproducción del discurso mental de Amalia, especialmente como reacción a los recuerdos, a las anécdotas que este personaje vivifica interiormente; así, en las primeras líneas del texto se nos presenta el discurso interior de Amalia como respuesta al análisis que ésta había hecho previamente (225-26) de Cayo Bermúdez, de su físico, de su carácter, de su comportamiento: "Qué distinta, en cambio, la señora Hortensia. Él tan feo y ella tan bonita, él tan serrote y ella tan alegre." La misma secuencia se opera ante el recuerdo de la actitud de Hortensia, de cuyo comportamiento Amalia se escandaliza; así, al estilo indirecto libre, en el que se plasmará el recuerdo de los sucesos, seguirá el discurso mental reproducido de Amalia como reacción. Sirvan, a modo de ejemplo, algunos casos de discurso reproducido, cuyos precedentes son recuerdos del personaje expresados en estilo indirecto libre: "Pero, eso sí," "Qué falta de vergüenza para ciertas cosas," "y lo peor." También es interesante la presencia del discurso oral reproducido de

Hortensia y de Zoila Zavala en el recuerdo de Amalia (dentro, pues, del estilo indirecto libre) — "¡Amalia el plumero!," ¡Carlota, esa porquería!," "también las orejitas, ahora las patitas;" "abotónate el uniforme hasta arriba," "no uses la falda tan alta" —, o no inserto en el discurso mental de Amalia: "te estabas duchando sin jabonarte, ya me figuraba; toma, jabónate bien," "no tienes por qué avergonzarte, a pesar de ser flaquita no estás mal."

Se observa, pues, que en el tratamiento de Amalia hay predominio de estilo indirecto libre. El efecto es dual: por una parte, estimula el acercamiento afectivo del lector a este personaje, hacia el que puede sentir cariño, cierta empatía y comprensión; por otra parte, provoca distanciamiento axiológico con respecto a Amalia, por acumulación de rasgos de ingenuidad y simpleza que el estilo indirecto libre vehicula eficazmente al mostrar, en constante interacción, el discurso — y por tanto la axiología implícita — del narrador con el discurso del personaje. Asimismo, el discurso reproducido de Amalia estaría, como ya se ha señalado, conectado al estilo indirecto libre — y por ende al discurso mental, al recuerdo que éste evoca — y es utilizado en el texto para reflejar las reacciones de Amalia ante los hechos que se cuentan. Sin embargo, en el tratamiento que el narrador-autor implícito confiere a Hortensia y Zoila Zavala está clara la intención de reproducir su discurso y no entrar en su interior para no estimular la empatía del lector con estos personajes y, por lo contrario, domine la postura de distanciamiento.

Por lo que respecta a la postura perceptual, y tomando como referencia los mismos ejemplos analizados desde el punto de vista frásico, habría que

hablar de focalizaciones (d) y (b) en tales ejemplos, por cuanto que Amalia se refiere a recuerdos de sucesos pasados, y al mismo tiempo se produce en ella una reacción ante ese recuerdo. En el primer ejemplo de estilo indirecto libre se advierte desde el punto de vista perceptual una reacción de extrañeza en Amalia al analizar el comportamiento de su nueva señora frente a la antigua, doña Zoila. Le parece a Amalia muy raro que siendo Hortensia la señora de la casa, no sea una persona afectada en sus maneras, así como el hecho de que le dispense un trato cordial, al que ella no estaba acostumbrada en el domicilio de los Zavala. La postura perceptual (d) quedaría, además, justificada no sólo por el recuerdo de Amalia, sino también por esa comparación, hacia el pasado, en el comportamiento de Zoila Zavala para con ella. Los restantes ejemplos de postura frásica en estilo indirecto libre se refieren, asimismo, a las anécdotas que Amalia repasa mentalmente, por cuanto serían evaluadas como (d) desde el punto de vista perceptual. Recordemos, además, que con el estilo indirecto libre, al que hacíamos referencia, se mezclaba y sucedía el estilo reproducido de las reacciones de Amalia a esos recuerdos, que analizadas como postura perceptual serían catalogadas como (b). En el resto, el enfoque perceptual predominante es (a), percepción no mediatizada de sucesos externos, ya sea en el discurso reproducido de Hortensia y Zoila Zavala, ya en el relato de sucesos no verbales por parte del narrador — en el que se habría de señalar la interferencia propia del discurso de Amalia (en cursiva) con el empleo del estilo indirecto libre; por ejemplo,

Y media hora después, cuando Amalia, *los dientes chocándole*, estaba bajo el chorro del agua, la *puertecita* del cuarto de baño se abrió y apareció la *señora* en bata, con un jabón en la mano. Amalia sintió *fuego en el cuerpo*, *cerró la llave*, no se atrevía a coger el vestido, permaneció cabizbaja, fruncida.

Tal interferencia es perceptible además de en las dichas circunlocuciones o vocablos, en rasgos impresionistas del discurso del narrador que mimetizan el proceso interior discursivo de Amalia: así, la yuxtaposición asindética de breves segmentos del discurso, el uso del gerundio en forma nominal (“los dientes chocándole”).

La misma intención manifestada en el uso del estilo indirecto libre, desde el punto de vista del análisis de la postura frásica, se consigue ahora en Amalia con el hecho que el narrador sigue al personaje muy de cerca en lo que percibe, y así se pone de manifiesto; el estilo indirecto libre se pone al servicio de tal clase de focalización.

Los efectos de sentido que el análisis narratológico revela, se confirman y complementan con la consideración de la imagen de los personajes que surge a través de la óptica de Amalia en interacción con ciertos aspectos del léxico empleado. Se inicia el texto con el contraste de las personalidades de Cayo Bemúdez y Hortensia por parte de Amalia. Él es caracterizado negativamente; ella, en cambio, posee belleza, alegría y simpatía. A continuación — y siguiendo con las comparaciones — distingue también a Hortensia de Zoila Zavala, su ex-patrona, esposa de don Fermín

Zavala y señora de la aristocracia limeña. Zoila Zavala vendrá a representar en este texto la capa más alta del estrato social, que incluye a los clanes oligárquicos junto con las familias aristocráticas de siempre. Doña Zoila Zavala es, asimismo, vista a través de Amalia — que funciona para el lector como filtro de las percepciones de los personajes que en el texto se presentan — sin ninguna simpatía. Amalia la califica de "estirada;" el término, empleado con un uso figurativo, evoca a la persona que no se presta al trato llano en sus relaciones con los demás, y que toma o tiene, en su actitud o comportamiento, aires de superioridad. Por extensión, significaría persona orgullosa, soberbia. El uso de este calificativo parece estar reafirmado con la comparación que Amalia realiza a continuación, "parecía hablar desde un trono." Tenemos aquí una metonimia: se nos da el efecto y detrás habría de buscarse la causa. En efecto, "trono" sería la simbolización del poder, de la autoridad suprema, detentada por monarcas y emperadores. Así, Zoila Zavala se considera muy importante y en una posición de mando y autoridad muy elevada, que se plasma en su actitud hacia Amalia, a la que "hacía sentirse su inferior;" y por contraste con Hortensia, adoptaba, además, "poses." Este término sugiere una actitud física o moral afectada, adoptada para producir un determinado efecto. El resultado que quería conseguir Zoila era ser vista como una señora, reiterar constantemente su estatus social, su riqueza y su nombre, para que todos la respetaran y admirasen.

Al contrario, Hortensia, la nueva patrona de Amalia, nos es presentada como alcohólica y drogadicta, además de la información que ya poseíamos de ella, es decir, amante y mantenida de Cayo Bermúdez — el

Director de Gobierno durante la presidencia de Odría —, con un pasado nada moral, de prostituta y cantante de cabaret. Sin embargo, estos vicios, que la propia Hortensia confiesa: "Mi único vicio son los traguitos y las pastillitas," son vistos como triviales por la ingenua Amalia, para quien, — por contraste — hábitos de su señora, como la limpieza o la higiene, son exagerados y elevados a la categoría de vicios mayores, quedando, de esta manera, redimida la imagen de Hortensia.

Amalia también parece permanecer ajena a las verdaderas intenciones que se ocultan tras la supuesta manía higiénica de su patrona: el vicio, la perversión, el "voyeurismo." Así, las dos criadas jóvenes, Amalia y Carlota, serán, inocentemente, las que alimenten los morbos de Hortensia, cuyo comportamiento queda cándida y banalmente justificado por aquellas: "así era la señora, nada le daba vergüenza, también entraba a veces cuando ella se estaba duchando a ver si se jabonaba bien," comenta Carlota, después que Amalia le contase el suceso de la ducha, cuyo significado real también escapaba al entendimiento de ésta. Una vez más se hace, pues, hincapié en el carácter bonachón de Amalia, sencillo, ignorante de la maldad de las personas y de la vida. Sin embargo, parece que a nosotros, lectores, sí nos quedan bastante claras las intenciones de la señora de la casa con respecto a su personal de servicio: "la examinó de arriba abajo," "gozando de su vergüenza." Ese "Gozar" supone aquí experimentar placer, disfrutar, deleitarse; y "vergüenza" vendría a significar el sentimiento penoso, que supone la pérdida de dignidad en una persona, y máxime si dicha persona es ingenua y desconocedora, en extremo, de la vida, como lo es Amalia. Es la de

la ducha una escena típica de "voyeurismo" porque en ella media el goce de la visión de otra persona, vista ésta como objeto de deseo sexual. Hortensia no se oculta; por el contrario, se queda "mirándola [a Amalia] de lo más fresca," abiertamente. Este último calificativo nos sugiere a una persona que trata a otra sin el miramiento o respeto debidos, así como despreocupada de lo que puedan pensar o decir de ella; y nos remite a las mujeres libertinas y a su comportamiento.

A pesar de todo, es muy significativo el hecho que no obstante la comparación o contraposición entre Hortensia y doña Zoila Zavala, dos figuras tan diferentes y de completamente opuestas clases sociales, salga ganando la primera. Efectivamente, la señora Zavala se perfila como un personaje más superficial, vacío, inhumano, por cuanto que aparece, en el retrato que de ella se bosqueja, exenta, incluso, de debilidades, frente a lo que se ha visto de Hortensia. Para ella, lo más importante es la moral formalista de su clase social, que hay que mantener siempre frente a la galería. No deja, a este respecto, de ser elocuente el que las únicas dos frases que de su discurso se reproducen — "abotónate el uniforme hasta arriba," "no uses la falda tan alta," — tengan que ver con el decoro, la decencia, la moralidad en el vestir, símbolo de las apariencias, en lugar de preocuparse, como Hortensia, de que la casa se mantenga limpia, por ejemplo, y de que su empleada doméstica cumpla con sus funciones. Será, en efecto, un desliz involuntario en el comportamiento de Amalia — causado por la yobimbina que el pequeño de los Zavala y su amigo Popeye mezclan en la bebida de la ingenua sirvienta

para intentar conseguir sus favores — el que causará su expulsión del hogar de los Zavala.

En definitiva, la consideración de la imagen de los personajes a través de la óptica de Amalia — y la que el lector obtiene de ésta — viene a completar y confirmar (como se anunciaba) los efectos de sentido que el análisis narratológico revelaba. Así, gracias a la constante mediatización de la focalización a través del personaje, se produce en el lector una gran empatía afectiva y, al mismo tiempo, el distanciamiento axiológico que resulta de la clara revelación de la ingenua axiología del personaje, además de por la combinación del estilo indirecto libre con la focalización interna, usada para reforzar la ironía.

AMALIA. COMENTARIO II.

Pasó unos días sin salir de la casa, ayudando a su tía en el arreglo. No abría la boca, pensaba la mataron, se murió. Se le paraba el corazón cuando tocaban la puerta. Al tercer día fueron con su tía a la Parroquia a bautizar a Amalita y cuando el Padre preguntó ¿qué nombre? ella contestó: Amalia Hortensia. Se pasaba las noches en blanco, abrazando a Amalita, sintiéndose vacía, culpable, perdón por haber pensado mal de usted, ella cómo podía saber, señora, pensando qué sería de la señorita Queta. Pero al cuarto día reaccionó: haces un mundo de todo, de qué tanto miedo, bruta. Iría a la policía, estuve en la Maternidad, averigüen, verían que era cierto y la dejarían en paz. No: la insultarían, no le creerían. Al atardecer su tía la mandó a comprar azúcar y cuando estaba cruzando la esquina una figura se apartó del poste y le cerró el paso, Amalia dio un grito: te espero hace horas, dijo Ambrosio. Se dejó ir contra él, incapaz de hablar. Estuvo así, tragándose las lágrimas y los mocos, la cara en el pecho de él, y Ambrosio la consolaba. La gente estaba mirando, no llores, hacía tres semanas que la buscaba, ¿y el hijito, Amalia? La hijita, sollozaba ella, sí, había nacido bien. Ambrosio sacó un pañuelo, le limpió la cara, la hizo estornudar, la llevó a un café. Se sentaron en una mesita del fondo. Él le había pasado el brazo, la dejaba llorar dándole palmaditas. Está bien, estaba bien, Amalia, ya basta. ¿Lloraba por lo de la señora Hortensia? Sí, y por lo que se sentía tan sola, tan asustada. La policía me anda buscando, como si ella supiera algo, Ambrosio. Y porque creía que él la había abandonado. Y cómo iba a ir a verte a la Maternidad, sonsa, ¿acaso él sabía, acaso iba a adivinar? Había ido a esperarla a Arenales y no viniste, cuando salió en los periódicos lo de la señora te estuve buscando como loco, Amalia. Había ido a la casa donde vivía antes tu tía, en Surquillo, y de ahí lo mandaron a Balconcillo, y de ahí a Chacra Colorada, pero sólo sabían la calle, no el número. Había venido, preguntado por todas partes, todos los días, pensando va a salir a la calle, la voy a encontrar. Menos mal que al fin, Amalia. ¿Y la policía?, dijo Amalia. No vas a ir, dijo él. Le había preguntado a Ludovico y creía que te tendrían encerrada lo menos un mes, preguntándole, averigüando. Mejor que ni le vean la cara, mejor que se vaya un tiempito de Lima hasta que nos olvidemos de ella. Y cómo se iba a ir, hacía pucheros Amalia, adónde se iba a ir. Y él: conmigo, juntos. Ella lo miró a los ojos: sí Amalia. Parecía de verdad, que lo tenía ya decidido. La miraba muy serio, ¿crees que voy a permitir que te metan presa ni un día?, su voz era muy grave, se irían de viaje mañana. ¿Y tu trabajo? Era lo de menos, trabajaría por su cuenta, se irían. Ella no le quitaba la vista, tratando de creer, pero no podía. ¿A vivir juntos? ¿Mañana? A la montaña, dijo Ambrosio, y le acercó la cara: por un tiempo, volverían cuando ya no se acuerden de ti. Ella sintió que todo se derrumbaba de nuevo: ¿Ludovico le había dicho? Pero por qué la buscaban, qué había hecho, qué sabía ella. Ambrosio la abrazó: no pasaría nada, se irían mañana en el tren, después tomarían un ómnibus. En la montaña nadie la encontraría. Se acurrucó contra él, ¿hacía todo

esto porque la quería, Ambrosio? Claro tonta, por qué crees. En la montaña había un pariente de Ludovico, trabajaría con él, los ayudaría. Ella se sentía atontada de susto y de asombro. No le digas nada a tu tía, no se lo diría, que nadie supiera, nadie sabría. No fuera que, ella no, claro, sí. ¿Conocía Desamparados? Sí, conocía. La acompañó hasta la esquina, le dio plata para el taxi, te sales con cualquier pretexto y se venía calladita. Toda la noche, los ojos abiertos, oyó la respiración de su tía y los ronquidos cansados que salían del cuarto de los viejos. Voy a cobrarle de nuevo a la señora, le dijo al día siguiente a su tía. Tomó un taxi y cuando llegó a Desamparados, Ambrosio apenas si miró a Amalita Hortensia. ¿Ésta era? Sí. La hizo entrar a la estación, esperar sentada en una banca entre serranitos con atados. Él se había traído dos grandes maletas y yo ni un pañuelo, pensaba Amalia. No se sentía contenta de irse, de vivir con él; se sentía rara. (479-81)

ESTE FRAGMENTO PERTENECE a la parte final del capítulo tercero de la tercera parte de *Conversación*. El suceso que en él se nos narra sobre Amalia y Ambrosio tiene como antecedentes, de un lado, la decadencia y final de Hortensia, quien deshecha por el alcohol y las drogas, sin trabajo y sin amante fijo que la mantenga, se ve obligada a mudarse una y otra vez de apartamento, mientras Amalia, que aún la sigue, fidelísima, desempeñando las labores domésticas, ha quedado embarazada de Ambrosio y decide sincerarse con su señora, de quien recibe apoyo moral, especialmente tras discutir con su compañero sentimental. Hortensia, por su parte, sigue ejerciéndole chantaje a don Fermín, de quien obtiene dinero y favores con amenazas de revelar a su mujer la relación que mantiene con Ambrosio, su chófer. Hortensia será asesinada mientras Amalia, sin saber nada, se encuentra dando a luz a una niña. Al salir del hospital tras su maternidad, Amalia se decide a visitar a Hortensia, extrañada por la ausencia de noticias suyas. Se dirige al domicilio de su antigua jefa y encuentra a Rita, sirvienta

también de unos vecinos del edificio, que informa a Amalia de lo sucedido y le explica cómo la policía está indagando sobre ella, a quien creen sospechosa por su desaparición — debida al alumbramiento de su hija. De otro lado, habría que buscar los antecedentes de Ambrosio no en la última ocasión en que aparece en este capítulo, previamente al texto, sino en la conversación que éste sostiene con su jefe, don Fermín Zavala — de la que sólo tenemos frases sueltas —, en la primera parte de la novela, a lo largo de los capítulos II (52), IV (90), V (103) y IX (188), en que revela que él ha asesinado a Hortensia por fidelidad y devoción a su patrón, que, sin embargo, le empuja y obliga a marcharse de Lima.

En nuestro fragmento, Amalia, aterrada, se refugia con su hija en la casa de su tía, pasa unos días bajo los efectos de la conmoción que le ha provocado la noticia del asesinato, y duda si presentarse o no a la policía para explicarles que ella es inocente. Ambrosio, que mientras tanto la ha buscado, se encuentra con ella, se reconcilian, y éste le propone a Amalia irse juntos de Lima, a un pueblecito de las montañas, con la falsa excusa de que lo más conveniente es que ella se oculte por un tiempo, cuando realmente es él quien va huyendo de la justicia por el asesinato de Hortensia, pero Amalia, claro está, lo ignora. Se ponen de acuerdo y deciden irse sin decir nada a nadie.

Por lo que respecta a la postura frásica, encontramos abundantes ejemplos de transposición del lenguaje de Amalia al discurso del narrador mediante estilo indirecto libre, con interferencia, a veces, del discurso reproducido (que se señalará en cursiva) del personaje principal: "*perdón por*

haber pensado mal de usted, ella cómo podía saber, señora, pensando qué sería de la señorita Queta, "iría a la policía, *estuve en la Maternidad, averigüen,* verían que era cierto y la dejarían en paz," "ella no le quitaba la vista, tratando de creer, pero no podía. *¿A vivir juntos? ¿Mañana?.*" Otras veces se insertan, incluso, segmentos de discurso oral reproducido (que serán señalados, de nuevo, en cursiva) de la conversación que mantienen Ambrosio y Amalia en el estilo indirecto libre que mimetiza el discurso de Amalia en el discurso del narrador: "La gente estaba mirando, *no llores,* hacía tres semanas que la buscaba, *¿y el hijito, Amalia? La hijita,* sollozaba ella, *sí,* había nacido bien," "¿Lloraba por lo de la señora Hortensia? *Sí,* y por lo que se sentía tan sola, tan asustada. *La policía me anda buscando,* como si ella supiera algo, *Ambrosio.* Y porque creía que él la había abandonado. Y *cómo iba a ir a verte a la Maternidad, sonsa,* ¿acaso él sabía, acaso iba a adivinar?," "¿hacía todo esto porque la quería, *Ambrosio? Claro, tonta, por qué crees.* En la montaña había un pariente de Ludovico, trabajaría con él, los ayudaría ... *No le digas nada a tu tía,* no se lo diría, que nadie supiera, nadie sabría. No fuera que, ella *no, claro, sí,*" etc.

Por lo que respecta a la narrativización, hay escasos ejemplos en el texto, empleados con la intención de que el lector no se pierda o confunda en la densidad de la narración, a veces subordinando el discurso oral reproducido a un verbo principal; a veces, con el clásico verbo enunciativo en pasado ("dijo") para atribuir el discurso oral a uno de los personajes envueltos en la conversación; otras veces con el pronombre personal sujeto seguido de los dos puntos; y las más de las veces con el simple uso de los dos

puntos después del relato de sucesos no verbales y precediendo directamente el discurso del personaje. Algunos ejemplos: "y cuando el Padre preguntó ¿qué nombre? ella contestó: Amalita Hortensia;" "¿Y la policía?, dijo Amalia. No vas a ir, dijo él;" "Y él: conmigo, juntos;" "y le acercó la cara: por un tiempo, volverían cuando ya no se acuerden de ti."

Encontramos también en el texto algún ejemplo de relato de sucesos no verbales: "Al atardecer su tía la mandó a comprar azúcar y cuando estaba cruzando la esquina una figura se apartó del poste y le cerró el paso, Amalia dio un grito." La mayor parte de los fragmentos del texto que podrían ser considerados como relatos de sucesos no verbales contienen también rasgos de estilo indirecto libre (que serán señalados en cursiva) que mimetizan el discurso del personaje, así, por ejemplo: "Pasó unos días sin salir de la casa, ayudando a su tía en *el arreglo*," "al tercer día fueron con su tía a *la Parroquia* a bautizar a *Amalita*," "tomó un taxi y cuando llegó a *Desamparados*, Ambrosio *apenas si* miró a *Amalita Hortensia* ... La hizo entrar a *la estación*, esperar sentada en *una banca* entre *serranitos con atados*."

En cuanto a la postura perceptual, hay en el texto predominio de focalización (b) en el discurso interior de Amalia — "pensaba la mataron, se murió," "perdón por haber pensado mal de usted, ... pensando qué sería de la señorita Queta," "haces un mundo de todo, de qué tanto miedo, bruta," etc. —, y de focalización (a) en el discurso oral reproducido de los personajes en el diálogo que mantienen entre ellos, tomando como referencia el momento en que ocurre, es decir, en el pasado. La focalización (b) es constante, incluso insertándose con frecuencia en los fragmentos de focalización (a).

Postura frásica y postura perceptual convergen, de nuevo, en la expresión de la postura del narrador ante el personaje. La focalización interna en los personajes, y más concretamente en el caso de Amalia, lleva implícito un acercamiento afectivo entre el narrador y dicho personaje que se traduce, en última instancia, en la empatía afectiva que se genera en el lector hacia ella. Al mismo efecto contribuye el abundante uso del estilo indirecto libre, sea en sí mismo, sea en los rasgos suyos que interfieren en los fragmentos de sucesos no verbales. El análisis del contenido del fragmento vendrá a apoyar las conclusiones obtenidas del estudio de las posturas frásica y perceptual.

Las posturas frásica y perceptual — recordemos — revelaban la interioridad de Amalia en unos momentos en que se encuentra envuelta o, al menos, directamente afectada por unos sucesos que imprimen un cambio radical a su vida. En este fragmento se nos muestra la reacción de Amalia tras conocer la noticia del asesinato de su antigua patrona, y, posteriormente, su estado emocional al reconciliarse con Ambrosio y ser convencida por él de irse juntos a la sierra, huyendo de la justicia.

Con respecto al primer caso, Amalia se comporta reaccionando como una niña: se refugia escondiéndose en casa de su tía, evitando arrostrar una situación ridícula que podría ser resuelta simplemente con una explicación. El problema de Amalia como el de todas las criadas que aparecen en esta novela — Símula, Carlota o Rita —, parece estribar en su ignorancia, en el desconocimiento que tienen del aparato social, y, en definitiva, en su falta de recursos. Son personajes que parecen haber sido extraídos de un medio rural y colocados por el autor en la gran ciudad, en la inhóspita Lima que se nos

bosqueja desde el principio de la obra (13). En el caso concreto de Amalia, ésta es incapaz de enfrentarse a la policía gubernamental, entre otras cosas porque no cree en su justicia y porque, además, le tiene miedo. El concepto de policía va asociado para Amalia a aquella misma que arrestó y torturó a Trinidad López, su compañero sentimental anterior, hasta acabar injustamente con su vida (103). Así, a pesar de no tener implicación alguna en el asesinato de Hortensia, Amalia asume, de alguna forma, la culpabilidad o relación con el homicidio que se le atribuye y se convierte en prófuga.

Con respecto al segundo caso, la reconciliación de Amalia con Ambrosio, ésta se torna la parte más absurda o irónica de la situación, puesto que Amalia no sólo se deja convencer para huir de Lima por su supuesta implicación en un asesinato con el que no tiene nada que ver, sino que además se va — sin saberlo — con el homicida de su patrona — que es su compañero sentimental, Ambrosio — creyendo que éste deja todo por acompañarla en su fuga y sólo por el amor que siente hacia ella.

En ambos casos, Amalia se revela, de una parte, como una joven bastante indefensa en el "mundo," amedrentada y falta de apoyo y afecto; de otra parte, manifiesta buenos sentimientos, y se muestra sensible, sencilla, *naïv* y tierna. La conjunción de estas características, aunque no genera el acercamiento ideológico al personaje por parte del narrador, sí permite la empatía afectiva que contribúan a sugerir las posturas frásica y perceptual.

V. CONCLUSIONES

CAPÍTULO V

CONCLUSIONES

ESTAS CONCLUSIONES SE PROPONEN relacionar la postura ideológica del narrador-autor implícito cuya expresión revela el análisis narratológico (cap. IV) con los personajes representativos, principales vehículos de la referencia de la obra al mundo real, según lo manifiesta el examen de su trayectoria vital (cap. III), y ese mundo real mismo, objeto final de dicha postura, según es concebido por el discurso histórico (cap. II). Con tal finalidad se articulan mis reflexiones en torno a cada personaje, conforme al mismo orden en que han sido tratados en los capítulos precedentes: don Fermín Zavala, Cayo Bermúdez, Santiago Zavala y Amalia.

El examen de la trayectoria vital de Don Fermín Zavala (cap. III), ha mostrado que el empresario limeño pertenece a la clase oligarca y actúa en la obra como prototipo de la misma. Dos vertientes de su vida se destacan en la obra: la familiar y la de sus relaciones con el gobierno. En cuanto a la primera, se ha observado su carácter afable, comprensivo y sensible, especialmente con el benjamín rebelde, Santiago. Parece ejemplificar así un modelo de patriarca para la concepción del núcleo familiar dentro de la oligarquía peruana conforme se revelaba en el discurso histórico (cap. II). El

primero de los textos que se ha analizado sobre don Fermín Zavala (cap. IV) presenta a este personaje en su vertiente familiar, y concretamente en su relación con Santiago; así el lector es introducido en el seno familiar de la clase dominante de la época. En la conversación con su hijo, don Fermín es caracterizado exclusivamente mediante el discurso oral reproducido y la focalización (a) o externa. Los mismos procedimientos — además de la narrativización — son empleados en el segundo caso, en la conversación — una reunión informal de "negocios" — entre don Fermín y Cayo. En esta ocasión se muestra al oligarca en su relación con el gobierno odriista. En esta vertiente de su vida, el empresario limeño había mostrado su activa participación — mediante el aporte de capital — en la instauración de Odría en el poder, y las cuantiosas ventajas económicas recibidas como recompensa; se mostraba, asimismo, su participación en la conspiración que habría de derrocar al presidente (cap. III). Don Fermín Zavala encarnaba, pues, aspectos que se atribuían a familias de la oligarquía peruana como la de los Aspíllaga o los Miró Quesada (cap. II), que se habían beneficiado enormemente del carácter dictatorial del gobierno de Odría, de su política de liberalismo económico y de la eliminación del sindicalismo. Por medio de los procedimientos narrativos indicados, en ambas vertientes de la vida de don Fermín Zavala, el narrador-autor implícito demuestra una carencia de valoración axiológica y afectividad hacia el personaje, y, por extensión sinecdótica, hacia la oligarquía peruana en general. La omisión del estilo indirecto libre vendría aquí, además, a subrayar que el narrador-autor implícito no comparte los valores que representa este personaje. El narrador

evita, así, la interferencia de la voz de este personaje en su discurso, limitándose a transcribirlo sin identificarse con él, especialmente cuando dicho discurso revela cualidades poco morales, que el narrador no desea que le sean asociadas. De similar forma, la ausencia de focalización interna impide el sentimiento de empatía por parte del lector hacia don Fermín.

El otro representante de la clase dominante, Cayo Bermúdez, sirve en la obra como símbolo del régimen de Odría. Este personaje se nos mostraba como un político frío, calculador, sin escrúpulos y maquiavélico, que no vaciló incluso en intrigar contra quien lo había introducido en el aparato político, el coronel Espina (cap. III). El personaje de Cayo Bermúdez se corresponde verosímilmente con el odiado Alejandro Esparza Zañartu (cap. II), principal agente de la represión política y del clima de terrorismo que había instaurado el gobierno del general Odría. Los textos examinados mostraron al personaje, respectivamente, en la conversación con el coronel Espina en que éste le ofrece la Dirección de Gobierno, y en un día común de su cargo político. El narrador-autor implícito acentúa en este personaje el tratamiento dispensado a don Fermín. Narratológicamente, el empleo de las posturas frásica y perceptual es básicamente el mismo: discurso oral reproducido, narrativización, relato de sucesos no verbales y focalización (a) o externa. Se introducen ocasionalmente en la narrativización y en el relato de sucesos no verbales, además, rasgos de estilo indirecto libre. El acercamiento al personaje que este empleo conlleva es extremadamente deliberado por parte del narrador. El estilo indirecto libre aparece sólo en la

expresión de órdenes y quejas, por lo cual el efecto en el lector es contrario al predecible: en lugar de un acercamiento afectivo, se provoca un rechazo del lector hacia Cayo Bermúdez. Es por ello que estos momentos esporádicos de focalización (c) — asociados siempre al estilo indirecto libre — no alteran en absoluto el efecto provocado por el predominio de la focalización (a). De este modo, el narrador-autor implícito, tanto a través de la postura frásica como de la perceptual, genera la clara expresión de distanciamiento ideológico con respecto a Cayo Bermúdez, de quien no asume el discurso mimetizándolo en el suyo. En este personaje, el distanciamiento se extiende a todo el gobierno odrriista, del que Bermúdez es perfecta sinécdoque y metonimia.

En oposición a los dos personajes comentados, Santiago Zavala, perteneciente a la oligarquía por nacimiento, pero disidente respecto a lo que ésta representa y al régimen de Odría, es tratado narratológicamente de forma sensiblemente distinta. Santiago es uno de esos hijos rebeldes e indóciles que suelen aparecer en el seno de familias oligarcas como la de los Zavala. Su trayectoria vital lo mostraba en oposición a las ideas políticas, inmoralidad y convencionalismos de su familia, pero también incapaz de ser consecuente y afrontar su vida con firmeza y energía (cap. III). A la luz de la importancia del núcleo familiar en la oligarquía peruana (cap. II), Santiago suponía una perturbación sustancial para la familia Zavala: los atacaba en la vinculación con el régimen de Odría, y en la separación con respecto a los grupos sociales inferiores por su casamiento con una joven de familia estancada en un estrato económico y social bajo. El tratamiento del

personaje por parte del narrador sugiere una relación de aproximación y distanciamiento relativos. En cuanto a la postura frásica, el empleo por parte del narrador del monólogo interior (discurso reproducido o estilo indirecto libre) permite revelar al personaje en toda su autenticidad y complejidad, transido por su conflicto ideológico y emocional. Esa misma imagen del personaje es refrendada mediante el discurso oral (reproducido o en estilo indirecto libre), en las relaciones sociales del personaje, tanto las de su pasado como la de su presente. El lector puede, así, contemplar al personaje muy de cerca, expuesto en toda su vulnerabilidad. La alta frecuencia en el uso de marcas de estilo indirecto libre que interfieren en el relato de sucesos no verbales del narrador manifiesta, sin lugar a dudas, el acercamiento al personaje de Santiago Zavala de que — como lectores y de la mano del autor — somos objeto. De este modo, se nos muestra desnudamente a un ser que se revela en su dimensión humana total, con sus dudas, su dolor, su disidencia y el paradójico afecto que mantiene, a pesar de las distancias ideológicas y éticas, hacia su progenitor. En cuanto a la postura perceptual utilizada en el texto, hay predominio de focalización interna, ya en las reacciones presentes de Santiago (b), ya en el recuerdo de los sucesos del pasado (b) y (d). Esto no vendría sino a hacerse eco del actual estado ideológico y emocional del personaje, estableciendo, además, referencias a dos momentos de su vida: la primera, al momento actual de la conversación con Ambrosio en La Catedral, conversación base de toda la novela; la segunda, a los momentos de su pasado que en el presente rememora como factor decisivo de su estado actual. En ambas situaciones se nos presenta un

personaje atormentado tanto en sus cuestionamientos ideológicos y sus reacciones emocionales internas — como se demuestra en su discurso interior — como en sus relaciones externas (con otros personajes).

En suma, el hecho de que el narrador transponga el discurso del personaje mediante el estilo indirecto libre y el discurso mental reproducido a su propio discurso, y lo siga muy de cerca en lo que percibe externa e internamente, tendría como efecto una intensa empatía afectiva. En contraposición a los personajes cercanos al poder — don Fermín y Cayo Bermúdez —, por tanto, el narrador-autor implícito demuestra un mayor deseo de identificación con Santiago y con los valores humanos e ideológicos que éste representa. Sin embargo, el empleo constante del discurso mental reproducido de Santiago, y el uso recurrente de "piensa" (que se inserta incluso en secuencias de estilo indirecto libre que reproducen el discurrir mental del personaje), viene a indicar que aun en este último caso el narrador-autor implícito no se identifica plenamente con el personaje, aunque sí se acerca afectivamente a él.

El último personaje a examinar es Amalia, representante de la clase baja peruana, criada primero de los Zavala y después de Hortensia, la amante de Cayo Bermúdez (cap. III), si bien el discurso histórico (cap. II) no decía nada con respecto a personajes tan marginales en el entramado social del odriismo. Esto último no impide, sin embargo, su verosimilitud social y económica si se consideran las condiciones habituales de las sirvientas en las sociedades latinoamericanas de la época. Con respecto al tratamiento

narratológico que el narrador-autor implícito confiere a Amalia, se muestran algunas concomitancias con el tratamiento recibido por Santiago, pero se superponen ciertas peculiaridades dignas de comentario. En cuanto a la postura frásica hay, en efecto, predominio de estilo indirecto libre — como en el caso de Santiago — en el discurso mental de Amalia, pero el efecto de su empleo es dual. Por una parte, estimula el acercamiento afectivo del lector a este personaje, hacia el que puede sentir cariño, cierta empatía y comprensión. Por otra, no obstante, provoca distanciamiento axiológico con respecto a Amalia por la ingenuidad y simpleza de ésta. Mediante el estilo indirecto libre se nos muestra la realidad a través del prisma del personaje; "su" realidad, en efecto, crea en el lector tanto distanciamiento ideológico por la simplicidad, casi estulticia, con que el personaje actúa en la sociedad limeña del ochenio odriista, como un sentimiento de ternura por la ingenuidad y sinceridad con que el personaje vive esa "realidad." Ligado íntimamente al discurso mental de Amalia (expresado en estilo indirecto libre), el narrador emplea el discurso oral reproducido como cauce de expresión de las reacciones del personaje al fluir de su conciencia. Desde el punto de vista del análisis de la postura perceptual, el narrador, del mismo modo, sigue al personaje muy de cerca en lo que percibe a través de las focalizaciones (b) y (d). De esta manera, gracias a la constante mediatización de la focalización a través del personaje, se produce en el lector una gran empatía afectiva y, al mismo tiempo, el distanciamiento axiológico que resulta de la clara revelación del ingenuo comportamiento del personaje.

A TRAVÉS DE LOS ANÁLISIS NARRATOLÓGICOS, complementados por el examen del contenido de la obra y por consideraciones de carácter histórico, *Conversación en La Catedral* se revela como una novela excepcional. Vargas Llosa consigue urdir un entramado ideológico coherente, sólido y, al mismo tiempo, sutil. Técnicamente virtuosa, la tercera novela del peruano se construye básicamente a partir de la interferencia de la voz de los personajes en la voz del narrador, o de la elusión de la misma. A partir de este complejo juego de voces, el escritor, agazapado ideológicamente dentro de su autor implícito entre múltiples capas narrativas, logra trazar en su obra un vivo panorama de la dictadura odriista. Es mediante la construcción de ese universo ficcional complejo y coherente, rico en perspectivas y voces, técnicamente perfecto, como el de Arequipa — ese autor deicida — se acerca más que nunca a la consecución de su meta última: la novela total.

BILIOGRAFÍA CITADA

- Alisky, Marvin. *Historical Dictionary of Peru*. London: The Scarecrow Press, Inc., 1979.
- Armas Marcelo, J.J. "Víctor Hugo en Lima, la horrible: *Conversación en La Catedral* (1969)." *Vargas Llosa: el vicio de escribir*. Madrid: Temas de hoy, 1991.
- Astiz, Carlos A. *Pressure Groups and Power Elites in Peruvian Politics*. New York: Cornell U.P., 1969.
- Booth, Wayne C. *The Rethoric of Fiction*. Chicago: University of Chicago Press, 1961.
- Bourricaud, François. *Pouvoir et société dans le Perou contemporain*. Paris: Armand Colin, 1967.
- Bourricaud François, et al. *La oligarquía en el Perú*. Lima: Moncloa-Campodónico, 1971.
- Carlos, Alberto J. "Conversación en *La Catedral*, novela política." En *Homenaje*, 405-12.
- Dent Candee, Marjorie, ed. "Manuel A. Odría." *Current Biography: who's news and why 1954*. New York: The H.W. Wilson Company, 1955. 492-94.

- Díez, L.A. "Conversación en *La Catedral*. Saga de corrupción." En *Homenaje*, 205-21.
- . "Relectura de *Conversación en La Catedral*: otras voces, otros ecos." *World Literature Today* 52.1 (1978): 63-67.
- Enkvist, Inger. *Las técnicas narrativas de Vargas Llosa*. Goterna: Acta Universitatis Gothoburgensis, 1987.
- Gallagher, D. "Vargas Llosa: la fecunda aventura." En *Homenaje*, 359-66.
- Genette, G. "Discours du récit." *Figures III: essais*. Paris: Editions du Seuil, 1966. 65-286.
- . *Nouveau discours du récit*. Paris: Editions du Seuil, 1983.
- Gilbert, Dennis. *La oligarquía peruana. Historia de tres familias*. Lima: Horizonte, 1982.
- Homenaje a Mario Vargas Llosa: variaciones interpretativas en torno a su obra*. Ed. Helmy F. Giacoman y J. M. Oviedo. New York: Las Américas, 1972.
- Kerr, R.A. "The Janus Mask" *Chasqui. Revista de literatura latinoamericana* 13.1 (1983): 18-31.
- Lanser, Susan S. *The Narrative Act: Point of View in Prose Fiction*. Princeton: Princeton U. P., 1981.
- Lipski, John M. "Narrative Textures in *Conversación en La Catedral*." *Revista de estudios hispánicos* 13 (1979): 66-79.
- Loyola, Hernán. "Vargas Llosa. *Conversación en La Catedral*." En *Homenaje*, 331-40.
- Luchting, Wolfgang A. *Mario Vargas Llosa, desarticulador de realidades*.

- Bogotá: Plaza y Janés, 1987.
- Masterson, Daniel M. "Caudillismo and Institutional Change: Manuel Odría and the Peruvian Armed Forces, 1948-1956." *The Americas* 40. 4 (April 1984): 479-89.
- Matilla Rivas, Alfredo. "Conversación en *La Catedral*: estructura y estrategias." En *Homenaje*, 69-88. También en *Nueva Narrativa Hispanoamericana* 2.2 (1972): 149-71.
- Morales, Ángel Luis. "Algunos aspectos de la técnica narrativa de *Conversación en La Catedral*." *Revista de estudios hispánicos* 1.3-4 (1971): 59-67.
- Moreno Turner, Fernando. "*Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa." En *Homenaje*, 173-180.
- Ortega, Eudoxio H. *Manual de historia general del Perú*. Lima: Historia Crítica, 1970.
- Oviedo, J.M. "*Conversación en La Catedral*: pirámide de voces y contextos políticos." *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Barcelona: Barral, 1977. 204-64.
- Pike, Fredrick B. *The Modern History of Peru*. New York: Frederick A. Praeger Publishers, 1967.
- Puente Candamo, J. A. de la y C. D. Valcárcel. *Historia general de los peruanos (hasta 1972)*. Vol. III. Lima: Iberia, 1973.
- Renart, J.G. "Problemas semióticos de la narrativa ideológica de personaje: 'Tulio Montalbán' y 'Julio Macedo' de Unamuno." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 11 (invierno 1987): 377-402.

- . "Bases narratológicas para una nueva lectura de *El infierno tan temido* de Onetti." *Revista Iberoamericana* 58.160-161 (julio-diciembre 1992): 1133-51.
- . "Ilusión de realidad y superación de la paralepsis en *El infierno tan temido* de Onetti." *Deslindes* 4-5 (diciembre 1994): 137-81.
- . Apuntes del curso ESP 5959. Universidad de Ottawa, 1996.
- Szulc, Tad. *Twilight of the Tyrants*. New York: Holt, 1959.
- Tauro, Alberto, dir. "Manuel A. Odría." *Diccionario enciclopédico del Perú*. Vol. II. Lima: Mejía Baca, 1966.
- Uspensky, B. *A Poetics of Composition*. Berkeley: University of California Press, 1970.
- Vargas Llosa, Mario. *La ciudad y los perros*. Barcelona: Seix Barral, 1963.
- . *La casa verde*. 8ª ed. Barcelona: Seix Barral, 1969.
- . *García Márquez. Historia de un deicidio*. Barcelona: Barral eds., 1971.
- . *Conversación en La Catedral*. 5ª ed. Barcelona: Seix Barral, 1989.
- Vitoux, P. "Le jeu de la focalisation." *Poétique* 51 (september 1982): 359-68.